ALFRED HITCHCOCK Y LOS TRES INVESTIGADORES



MISTERIO DE LA SERPIENTE SUSURRANTE

La intervención del mago del suspense, como ha dado en llamársele, ya sea en cine, televisión o novela, es de por sí garantía de intriga y desenlace inesperado.

En esta ocasión Hitchcock dedica su atención a los jóvenes, ofreciéndoles una serie de novelas de acción. Los adolescentes, al leer las aventuras de Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores se sienten incorporados al formidable equipo de Jupiter Jones, Pete Crenshaw y Bob Andrews. Junto a ellos practican métodos deductivos que agilizan sus mentes, vencen el miedo a lo desconocido, luchan por causas justas y gozan el placer de ser útiles a sus semejantes.



M. V. Carey

(Basado en los personajes de Robert Arthur)

Misterio de la serpiente susurrante

Alfred Hitchcock y Los Tres Investigadores - 17

ePub r1.2

Titivillus 13.10.16

Título original: *The mystery of the singing serpent*
M. V. Carey, 1972
Traducción: Miguel Giménez Sales
Ilustraciones: Ed Vebell
Cubierta: Ángel Badía Camps
Retoque de portada: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Prólogo

¡Bienvenidos, amantes de lo misterioso!

Estamos de nuevo reunidos para leer otro caso estimulante de los Tres Investigadores, cuyo lema oficial es «Investigamos todo». ¡Con toda seguridad de haber sabido en qué embrollo se metían, cuando aceptaron el caso de la serpiente susurrante, hubiesen cambiado el lema!

Bien, en esta ocasión se vieron mezclados en un caso de brujería, en el que el misterio y la intriga les condujeron de un enigma a otro, hasta que… en fin, yo no soy un charlatán ni me gusta anticipar los acontecimientos. Prometí no contar mucho de lo ocurrido y deseo atenerme a mi promesa.

Por tanto, sólo diré que los Tres Investigadores son Jupiter Jones, Pete Crenshaw y Bob Andrews, todos los cuales viven en Rocky Beach, un pequeño distrito de California a muy pocos kilómetros de distancia de Hollywood. Su puesto de mando es un remolque averiado situado en el Patio Salvaje de los Jones, que es en realidad una chatarrería fabulosa que poseen los tíos de Jupiter.

Los tres muchachos componen un equipo excelente. Jupiter tiene una mente muy aguda y es sagaz en las deducciones. Pete es menos intelectual, aunque nervudo y valeroso. Bob es muy estudioso y un investigador estupendo. Juntos han solucionado muchos misterios sumamente difíciles.

Y no diré más por ahora, puesto que estoy seguro de que todos mis lectores desean que este prólogo termine cuanto antes, a fin de llegar pronto al argumento de esta intriga.

ALFRED HITCHCOCK

Capítulo 1

La chica de la Appaloosa

—Sería mucho más dichosa, Jupiter, si no bajases a desayunarte con un bañador puesto —refunfuñó tía Mathilda Jones.

Jupiter Jones se subió hasta los codos las mangas de su jersey y alargó la mano hacia el jugo de naranja.

—Voy a nadar con Bob y Pete —aclaró—. Llegarán dentro de un momento.

Al otro lado de la mesa, tío Titus Jones se quitó una migaja de pan de su bigote negro.

—No comas demasiado —le advirtió a Jupiter—. No hay que nadar nunca con el estómago lleno.

—Y no vayas a sufrir un calambre —añadió tía Mathilda.

Luego, apartó la taza de su café a un lado y empezó a hojear «Los Ángeles Times».

Jupiter se zampó una sola tostada.

—¡Caramba con mi querida Betsy! —exclamó tía Mathilda, suspirando.

Jupiter la miró interesado. Tía Mathilda no era muy dada a los suspiros.

—Tenía yo diecisiete años el año en que se estrenó aquella película —trató de explicar tía Mathilda—. La vi en el Odeón.

Tío Titus la contempló sin comprender.

—Estuve una semana sin poder dormir —continuó tía Mathilda.

Le pasó el periódico a tío Titus. Jupiter se levantó y contempló por encima del hombro de su tío la foto de un hombre delgado, con pómulos muy pronunciados, una nariz afilada y ojos negros y penetrantes. En la foto, el hombre miraba intensamente una

reluciente bola de cristal.

—Ramón Castillo en «La madriguera del vampiro» —leyó Jupiter—. Ah, fue un gran maestro del maquillaje.

Tía Mathilda se estremeció.

—Hubieras tenido que verle en «El aullido del Hombre-Lobo». ¡Qué aullidos! Bueno, no los suyos sino los del público.

—Lo sé —asintió Jupiter—. La dieron el mes pasado por televisión, ¿no recuerdas?

Tío Titus terminó de leer el artículo que acompañaba a la foto del difunto gran actor de carácter.

—Aquí dice que los bienes de Castillo se pondrán a subasta el día veintiuno —concluyó el tío—. Creo que iré.

Tía Mathilda le escuchó, frunciendo ligeramente el ceño. Sabía que a tía Titus le encantaban las subastas. También sabía que el Patio Salvaje, que poseían ella y tío Titus, era famoso por su colección de piezas únicas. La gente que visitaba el Patio buscaba de todo, desde vigas de acero a bañeras antiguas y relojes de sol. Sin embargo, algunas de las adquisiciones más extraordinarias de tío Titus habían resultado algo difíciles de volver a vender. Tía Mathilda era una gran creyente de las ganancias rápidas y fáciles.

—Venderán toda la colección del Castillo —explicó tío Titus—. Todos sus trajes y hasta la bola de cristal que utilizó en «La madriguera del vampiro».

—Hay tratantes especializados en esa clase de objetos —asintió tía Mathilda—. Por supuesto, las pujas serán muy elevadas.

—Es de suponer —afirmó tío Titus, dejando el periódico a un lado—. Los coleccionistas acudirán a manadas.

—Seguro —tía Mathilda se levantó y empezó a retirar el servicio de la mesa. Cuando se hallaba a medio camino del fregadero, se detuvo a escuchar. De la calle llegaba el

clip-clop

de unos cascos de caballo—. La pequeña Jamison —decidió la tía.

Jupiter corrió a la ventana. Sí, era la chica Jamison, y como de costumbre montaba en su «Appaloosa». La yegua parecía contonearse, con la cabeza muy erguida. Era una yegua magnífica, de color castaño con manchas blancas en los cuartos traseros.

—Buena yegua —comentó Jupiter—. Típica de la raza «Appaloosa».

No efectuó ningún comentario respecto a la postura de la muchacha que se sentaba muy recta en la silla, sin mirar ni a derecha ni a izquierda.

—Supongo que va hacia la playa para correr al galope —masculló tía Mathilda—. Debe de ser una chica muy sola. Marie me contó que tiene a sus padres en Europa.

—Lo sé —asintió Jupe.

Marie era la doncella de Jamison, y amiga de tía Mathilda. Cuando tenía la tarde libre, Marie iba a tomar el té con tía Mathilda, y le contaba todo lo referente a la familia Jamison.

Gracias a Marie, por tanto, Jupe sabía que cuando el señor Jamison compró la mansión Littlefield unos meses atrás no reparó en gastos para restaurar la casa. Sabía, asimismo, que la araña que iluminaba el comedor había pertenecido a un palacio de Viena, y que la señora Jamison poseía un collar de diamantes que antaño había adornado la garganta de la emperatriz Eugenia. También sabía que la muchacha que montaba la yegua de raza «Appaloosa» era Allie, la hija del señor Jamison, y que la yegua le pertenecía a ella sola en propiedad. Jupe sabía incluso que en aquellos momentos una tía de Allie, procedente de Los Ángeles, era la que llevaba las riendas de la casa… y que, en opinión de Marie, aquella tía era muy rara.

La joven y la yegua desaparecieron al doblar la esquina. Tía Mathilda dejó los platos en el secador.

—Tienes que mostrarte amable con esa muchacha —le dijo a Jupe—. Los Jamison sólo viven a tres manzanas calle abajo. Prácticamente, son nuestros vecinos.

—Pues esa chica no parece demasiado amistosa —replicó Jupe—. Tengo entendido que sólo habla con los caballos.

—Tal vez es muy tímida —opinó tía Mathilda.

Jupe no contestó, porque en aquel preciso momento Bob Andrews y Pete Crenshaw aparecieron en la calle montados en sendas bicicletas, igual que Jupe, Bob y Pete, llevaban zapatillas, bañadores y jerseys.

—Hasta luego —se despidió Jupe de su tía, corriendo para reunirse con sus amigos.

Los tres empezaron a descender por la calle, pedaleando Jupiter furiosamente en su bicicleta. Jupe había sido un niño-actor, al que

anunciaban en los carteles como Baby Fatson[1]. Sí, era fácil comprender por qué. A pesar de su peso extra, no obstante, iba delante de Bob y Pete cuando llegaron a la esquina y torcieron por la pronunciada pendiente hacia el camino de la costa.

—¡Cuidado! —chilló de pronto Pete.

Una yegua relinchó aterrada. Jupe distinguió un trasero enorme al frente. Se llevó las manos a la cabeza, para protegerla instintivamente, y al caer se echó a un lado. La bicicleta salió rodando calle abajo. Hubo otro grito. Más alto, más agudo… no era ya el relincho de un caballo.

Un instante después, unos cascos golpearon el asfalto muy cerca de la cabeza de Jupe. El chico rodó de lado y después se incorporó. La yegua «Appaloosa» se había encabritado, con las orejas pegadas a su cabeza. La hija de los Jamison yacía tendida, inerte, en la calle.

Bob y Pete saltaron de sus «bicis» y Jupe se unió a ellos; los tres corrieron hacia la joven. Pete se inclinó y la tocó en un hombro.



La jovencita jadeaba, tratando de respirar más normalmente. Con un esfuerzo convulsivo, consiguió llenar de aire los pulmones y gritó:

—¡Quita tus manos de mí!

—Eh —gruñó Bob—, ten calma, ¿eh?

Allie consiguió incorporarse y, sentada en la calle, se agarró una rodilla, por donde la sangre manaba, manchando los descoloridos tejanos de la niña. Ésta tenía los ojos secos, pero jadeaba casi sollozando, o al menos hipando.

—Vaya, te has quedado sin resuello —reconoció Pete.

Ella le ignoró y dedicó sus miradas a Jupiter.

—¿No sabes que los caballos tienen derecho de paso? —le preguntó.

—Lo siento —tartamudeó Jupe—. No… no te vi.

La muchachita se levantó con dificultad. Miró a su yegua y otra vez a Jupiter. Tenía los ojos muy claros, casi del mismo matiz que su cabello largo y sedoso, pero en aquel momento su expresión era de frío enojo.

—Si has herido a mi yegua…

—No creo que la yegua haya sufrido daño alguno —respondió Jupe ásperamente.

La chica cojeó hacia la yegua.

—¡Eh, chiquita! —la llamó con voz dulce—. ¡Quieta, chiquita! ¡Ven aquí!

La yegua se acercó y colocó su enorme cabezota sobre un hombro de su ama.

—¿Te has asustado? —inquirió ésta.

Sus manos acariciaron suavemente la sedosa crin de la yegua.

Tía Mathilda apareció por la esquina.

—¡Jupiter! ¡Pete! ¡Bob! ¿Qué ha pasado?

Allie acarició de nuevo a la yegua, y de repente trató de encaramarse a la silla. La yegua dio un paso atrás.

—¡Sostén a la yegua, Pete! —ordenó Jupe—. Yo ayudaré a la chica.

—¡No necesito ayuda de ninguna clase! —objetó ella.

Tía Mathilda se apresuró hacia el grupo. Contempló a Allie Jamison, a sus tejanos rotos, su cabello enmarañado y su rodilla ensangrentada.

—¿Qué ha pasado? —repitió.

—Han asustado a mi yegua —acusó la joven.

—Y ella se cayó —añadió Pete.

—Fue un accidente —defendió Jupe.

—Ya. Jupiter, ve a decirle a tu tío que traiga una de las camionetas. Yo acompañaré a la señorita Jamison a su casa para que pueda cuidarse la rodilla.

—No necesito que nadie me acompañe a casa —se obstinó la joven.

—La camioneta, Jupiter —repitió tía Mathilda—. Pete, sostén las riendas de esta yegua.

—¿Muerde? —preguntó Pete.

—Ciertamente no —repuso tía Mathilda que, en realidad, sabía muy poco sobre aquel tema—. Los caballos no muerden. Pegan coces.

—¡Caracoles! —Se sobresaltó. Pete.

Capítulo 2

Un visitante nocturno

Cuando Bob, Pete y Jupiter condujeron la yegua hacia la casa de los Jamison, la camioneta del Patio Salvaje se hallaba ya en el sendero de ladrillos. Tía Mathilda y Allie no estaban a la vista.

Pete examinó las macizas pilastras que sostenían el techo por encima de la veranda del porche.

—¡Lástima que tía Mathilda no lleve hoy su ancha falda almidonada! —exclamó Pete.

—Sí —rió Jupiter—, ésta parece una de esas mansiones tan antiguas del viejo Sur.

—Una enorme mansión sureña —remachó Bob—. Bueno, ¿dónde hallaremos el establo de la yegua?

Pete señaló hacia el fondo de la propiedad.

—Por allí hay un prado vallado.

—Perfecto —aprobó Jupe.

Llevaron a la yegua por el sendero y pasaron por un patio enlosado, al que daba sombra una parra wisteria.

Detrás de la casa, el sendero de ladrillos se abría, desplegándose en forma de patio trasero. Junto al prado vallado había un garaje para tres coches. Se hallaba abierta una portalada doble, y en su interior había un establo. De los muros colgaban unos avíos de pesca.

Se abrió la puerta trasera de la casa y Marie, la doncella, se asomó por allí.

—Chicos, ¿queréis quitarle la silla a la «Reina India» y llevarla al prado? Luego, entrad, que la señorita Osborne quiere veros.

Marie desapareció de nuevo en el interior de la casa, cerrando la

puerta a sus espaldas.

Pete contempló a la yegua.

—¿«Reina India»?

—Creo que Allie Jamison la llama «Reinecita» —asintió Jupe—. Al menos, esto le contó Marie a tía Mathilda.

—¿Quién es la señorita Osborne? —Quiso saber Bob.

—La tía que vive en esta casa mientras los señores Jamison viajan por Europa —le explicó Jupe—. Y según Marie, es una mujer muy… peculiar.

—¿En qué es peculiar?

—No lo sé exactamente, pero Marie cree que hay algo raro en ella. Bien, si vamos a conocerla, podremos juzgar por nosotros mismos.

Jupe le quitó la silla a la yegua. Bob abrió la cerca del prado y el animal echó a trotar hacia la hierba. Jupe halló un estante en el garaje donde dejó la silla y también un gancho para la brida. Luego, los muchachos abrieron la puerta posterior de la casa y pasaron directamente a una cocina inmensa y soleada.

Atravesaron la cocina en dirección a un vestíbulo central donde había una escalinata. A la izquierda se hallaba un comedor, y los muchachos admiraron más allá de las lágrimas de cristal de la famosa araña palaciega, el patio sombreado por la parra. A la derecha del vestíbulo se hallaba el salón, decorado de un verde muy pálido. Más allá, se abría una puerta que daba a una habitación atestada de libros.

Allie Jamison estaba en el salón, tendida en un sofá, con una toalla bajo la pierna. A su lado se sentaba una mujer aproximadamente de la edad de tía Mathilda, o tal vez un poco mayor. Lucía una túnica muy larga de terciopelo púrpura, adornada en la garganta por una cinta plateada. Su cabello poseía el delicado matiz de la lavanda.

—Tía Pat, mamá me matará si este sofá se mancha de sangre —decía Allie—. Iré arriba y…

—Queridita, no te muevas. Acabas de sufrir un gran shock.

La mujer no levantó la vista hacia los recién llegados, y Jupe observó que le temblaban las manos en tanto cortaba la pernera de los tejanos de Allie desde el tobillo.

—¡Dios mío! —gritó asustada—. Todavía te sangra la herida.

—Sí, es un buen arañazo —corroboró tía Mathilda, que estaba instalada en una butaca cerca de la chimenea—. Sin embargo, los niños sobreviven siempre a esos cortes.

—Necesito unas telarañas —manifestó la señorita Osborne.

—¿Telarañas? —repitió tía Mathilda.

—¿Telarañas? —Se ofendió Marie, que sostenía un balde lleno de agua.

Bob y Pete se movieron con inquietud, y el segundo interrogó a Jupe con la mirada. Jupe sonrió.

—Telarañas —le dijo a Marie—. Es eso que hacen las arañas.

Marie se puso roja de cólera.

—En esta casa no hay telarañas. Lo limpio todo escrupulosamente cada semana y lo rocío con D.D.T.

—Oh, qué lástima —exclamó la señorita Osborne—. Bien, en tal caso, trae el frasco dorado de mi botiquín.

Marie fue a cumplir la orden y por primera vez la tía de Allie concentró su mirada en los chicos.

—Gracias por haber ayudado a mi sobrina —les dijo—. Naturalmente, todo se hubiera podido evitar de haber llevado ella su cinta púrpura. El color púrpura protege a los seres humanos, como ya sabréis.

—Claro —concedió Jupe.

Marie regresó con un frasco dorado.

—Esto servirá —anunció la tía de Allie—. No tanto como las telarañas, pero es muy bueno. Lo hice yo misma.

Destapó el frasco y aplicó una pomada blancuzca a la rodilla de Allie.

—¿Aprobaría esta cura la Asociación Americana de Médicos? —preguntó la joven.

—Querida, puedes estar segura de que te curará —afirmó la señorita Osborne—. Yo misma recogí las hierbas a la luz de la luna. Mira… ya ha dejado de sangrar la rodilla.

—No me gusta defraudarte, tía Pat —replicó Allie—, pero ya había dejado de sangrar antes de que me aplicaras ese mejunje. ¿Ahora qué? ¿He de sentarme en un sillón de ruedas?

—Creo que un vendaje… —empezó la señorita Osborne.

—Ya me cuidaré yo de esto. No cuesta mucho.

Allie se puso de pie y se encaminó hacia el vestíbulo. Pasó junto

a los muchachos como si fuesen seres invisibles, pero se detuvo al pie de la escalinata.

—Gracias —murmuró—. Bueno, os doy las gracias por haber traído a casa a «Reina India».

—No las merecemos —repuso Pete, que había permanecido siempre lo más lejos posible de la yegua.

Allie subió a sus habitaciones.

—Estoy segura de que Allie os está muy agradecida —indicó la señorita Osborne—. Ahora está un poco trastornada, y vosotros habéis sido tan amables y tan… tan… Oh, temo no haberme enterado de vuestros nombres.

Tía Mathilda se puso de pie.

—Yo soy la esposa de Titus Jones, y éste es mi sobrino Jupiter Jones. Los otros dos son Pete Crenshaw y Bob Andrews.

La señorita Osborne miró a Jupe, abriendo mucho los ojos color violeta.

—¡Jupiter Jones! ¡Caramba, entonces fuiste el famoso Baby Fatson!

A Jupiter no le gustaba que le recordasen su nombre artístico. Su rostro se puso muy colorado.

—Fue el niño más famoso del mundo entero —sonrió Pete.

—¡Ah, qué estupendo haber tomado parte en ese maravilloso mundo del cine! —ponderó la señorita Osborne. Luego su mirada se dirigió hacia el ventanal y exclamó—: ¡Oh, viene el señor Ariel!

Tía Mathilda y los chicos se volvieron a mirar. En la calle, un caballero ataviado completamente de negro estaba saliendo de un taxi. A Jupiter le pareció que tenía la cara más pálida que había visto en su vida. Parecía como si hubiera pasado toda su existencia encerrado en una profunda cueva. Llevando una maleta en la mano, el caballero de negro avanzó por el senderito que conducía al porche de la casa.

—¡Vaya, viene a quedarse! —la señorita Osborne se hallaba claramente emocionada—. Lo deseaba tanto…

—Bien, no queremos molestar —decidió tía Mathilda—. Además, ya es hora de que nos vayamos.

Y antes de que la señorita Osborne pudiera oponerse, empujó a los muchachos hacia la veranda. En el sendero se cruzaron con el caballero de negro.

Tía Mathilda hizo una pausa antes de trepar a la camioneta.

—Chicos, si pensáis nadar, será mejor que vayáis cuanto antes. ¿Queréis que os lleve hasta el lugar donde han quedado las bicicletas?

—No, gracias —negó Jupiter—. Iremos andando.

Tía Mathilda sacudió la cabeza.

—¡Jamás en toda mi vida! ¡Jamás había oído que fuese bueno aplicar telarañas a una herida! ¡Vaya idea!

Se encaramó a la camioneta, se instaló ante el volante y cerró la portezuela.

—Es un antiguo remedio casero para las hemorragias —replicó Jupiter, que había leído mucho y tenía el cerebro atestado de innumerables conocimientos.

—¡Un remedio espantoso! —rectificó tía Mathilda, haciendo retroceder la camioneta.

—Y muy peculiar —opinó Pete—. Marie tiene razón. La tía de Allie es una señora muy… especial.

—Al menos, es muy supersticiosa —agregó Jupiter.

Luego, se olvidó del tema de Allie Jamison. Hasta bien entrada la noche, en el momento de dormirse, no volvió a acordarse de la casa Jamison y del frasquito de pomada, fabricada con hierbas recogidas a la luz de la luna. Sonrió y se tapó con las ropas de la cama hasta la barbilla. Se hallaba casi dormido cuando llamaron a la puerta.

—¡Señora Jones! ¡Señora Jones, déjeme entrar por favor!

Jupiter saltó de la cama, cogió su batín y corrió hacia el vestíbulo. Tía Mathilda bajaba también por la escalera, seguida de tío Titus. Jupe les siguió y vio cómo su tía abría la puerta, descorriendo los cerrojos.

Marie, la doncella de la casa de los Jamison, casi cayó dentro del vestíbulo.

—¡Oh, señora Jones! —gimió.

Llevaba bata y zapatillas.

—¿Qué ocurre, Marie? —indagó tía Mathilda.

—¿Puedo quedarme aquí a pasar la noche? —inquirió la atribulada Marie.

Se dejó caer en una silla y empezó a llorar.

—Marie… ¿qué pasa?

—¡El canto…!

—¿Qué?

—El canto, sí… —Marie se retorcía las manos—. Hay algo en la casa que está cantando… —asió a tía Mathilda por un brazo—. Es horrible… ¡Nunca había oído nada parecido! ¡Oh, no, no puedo volver allí!

Capítulo 3

Un cliente insistente

Lo más gentilmente que pudo, tía Mathilda se zafó del apretón de Marie.

—Llamaré por teléfono a la casa de los Jamison —le anunció.

Marie lanzó un resoplido.

—Llame si gusta —gimió—, pero yo no vuelvo allá.

Tía Mathilda marcó el número de los Jamison y logró hablar con la señorita Patricia Osborne. La charla fue breve.

—La señorita Osborne afirma que no ha sido nada extraño —informó luego tía Mathilda, al colgar el teléfono.

—¡Claro que ha de decir esto la señorita Osborne! —Se enfadó Marie.

—¿Qué quieres decir? —inquirió tía Mathilda.

—Quiero decir… que ella es muy peculiar y que son muy peculiares las cosas que suceden en esa casa y que yo no volveré allí nunca más. ¡Ni por todo el oro del mundo!

Marie se negó a decir nada más, y también a volver a casa de los Jamison. Pasó la noche en la habitación de los invitados de casa de los Jones y por la mañana tío Titus fue a recoger su maleta, que Allie ya había preparado. Luego tío Titus condujo a Marie a casa de su madre en Los Ángeles.

—¿Qué habrá oído Marie? —preguntó Jupiter cuando la criada se hubo marchado.

Tía Mathilda limitóse a encogerse de hombros.

Jupiter seguía pensando en ello varios días más tarde, mientras cruzaba la calle para ir desde su casa al Patio Salvaje, a media mañana. Hans y Konrad, los dos hermanos bávaros que trabajaban

en el patio como ayudantes, se hallaban limpiando una repisa de mármol. Tío Titus la había comprado a una empresa de derribos que estaba desmantelando una casa incendiada en Hollywood Hills.

—Pete está en tu taller —le comunicó Hans.

—Quería utilizar la imprenta —añadió Konrad.

Jupe asintió. No era preciso que le dijesen que la imprenta estaba funcionando. La había reconstruido él mismo con diversas piezas sueltas, y aunque la máquina era bastante útil, resultaba muy ruidosa. Ya había reconocido los chirridos y los gruñidos familiares en el momento en que pasó por la puerta del Patio Salvaje.

Jupe dejó atrás rápidamente las pilas de maderos y los montones de vigas de acero, hasta llegar a su taller al aire libre. Ocupaba un rincón del Patio, fuera de la vista de la zona principal, que era el dominio particular de tía Mathilda. El taller se hallaba separado de la calle por la alta valla de madera que rodeaba todo el Patio, y estaba parcialmente protegido contra el tiempo por un tejado de dos metros de anchura instalado a todo lo largo de la alta valla. Tío Titus había construido dicho tejadillo para resguardar de las inclemencias del tiempo su chatarra más valiosa.

En el taller, Jupe encontró a Pete Crenshaw inclinado sobre la imprentilla, imprimiendo un montón de tarjetas. Jupe cogió una al azar y la examinó.

LOS TRES INVESTIGADORES

"Investigamos Todo"

? ? ?

Primer Investigador	Jupiter Jones
Segundo Investigador	Pete Crenshaw
Tercer Investigador	Bob Andrews

Pete paró la imprenta.

—¿Satisfecho, primer investigador? —preguntó.

Jupiter asintió.

—Queda muy bien, muy claro. Y es maravilloso saber que la firma de Los Tres Investigadores tiene tanto éxito. Cuando la iniciamos no estaba seguro de que alguna vez llegásemos a necesitar otro montón de tarjetas nuevas.

Pete no hizo ningún comentario. Todavía había tenido menos confianza cuando se juntó con Jupiter y Bob para fundar Los Tres Investigadores. Pero los superiores poderes deductivos de Jupiter, el talento de Bob para una investigación detallada y sus propias habilidades atléticas habían resultado ser una maravillosa combinación. Los tres jóvenes detectives habían solucionado unos misterios que habían parecido insolubles a personas mucho mayores.

Los investigadores tenían su puesto de mando en un remolque móvil, de unos diez metros de largo, escondido detrás de un montón de chatarra, no lejos del taller. Tío Titus les había regalado el remolque a los muchachos, cuando vio que estaba demasiado estropeado para venderlo. Y los chicos lo repararon para sus necesidades.

Dentro del puesto de mando había un buen laboratorio para analizar las pruebas físicas y un cuarto oscuro para el revelado fotográfico. También había un despacho para las conferencias, y un teléfono que los muchachos pagaban con el dinero que ganaban ayudando en el Patio Salvaje. En el remolque había asimismo un archivo completísimo, preparado por Bob, relativo a los diversos casos solucionados por los Investigadores.

—No ha sido aburrido —concedió Pete.

—No lo ha sido —asintió Jupe. Luego contempló la tarjeta que tenía en la mano, con sus tres signos de interrogación—. El símbolo universal de lo desconocido —exclamó—. El signo de interrogación siempre es intrigante. Y el misterio también. Por ejemplo, tenemos lo de Marie.

—¿La doncella de los Jamison?

—Sí. ¿Qué oyó dentro de aquella casa que tanto la asustó? ¿Fue algo verdaderamente extraño o fue sólo su imaginación? Dijo que la señorita Osborne era muy peculiar, pero nunca explicó en qué

sentido ni por qué.

—Bueno, la señorita Osborne aplica telarañas a las heridas —replicó Pete.

De repente, Jupiter levantó una mano en advertencia. Un instante después, se oyó un rumor más allá del montón de chatarra que separaba la zona del taller del resto del Patio.

Pete salió rápidamente del taller. Poco después, Jupe le oyó exclamar débilmente:

—Me pareció haber olido un caballo.

Allie Jamison surgió de repente en la puerta del taller, seguida de Pete.

—¡Muy gracioso! —gruñó.

—¿Cuánto tiempo llevas espiando? —Quiso saber Jupiter.

—Bastante —repuso la joven.

Sin esperar la invitación, sentóse en una silla destartalada que había junto a la imprentilla.

—¿Bastante para qué? —inquirió Jupe anhelantemente.

La muchacha cogió una tarjeta del montón ya impreso y la estudió.

—El dinero mensual que me dan mis papás no me permite recurrirá un detective Pinkerton[2] —rezongó—. ¿Cuál es vuestro precio?

—¿Deseas solicitar la colaboración de Los Tres Investigadores? —preguntó Jupe.

—Desde ahora mismo.

—Hemos de saber algo más del asunto para decidir si nos interesa o no —le espetó Jupiter Jones.

—Claro que os interesa —replicó Allie—. Os he escuchado a los dos y sé que os interesa. Os morís de ganas de saber qué sucedió en mi casa la noche que se marchó Marie. Además, no tenéis más remedio que servirme.

—¿Por qué? —Quiso saber Pete.

—Porque vosotros sois muy descuidados —contestó Allie—. En el fondo de la valla de madera que rodea este patio hay una pintura que representa el incendio de San Francisco, de mil novecientos cinco.

—Ocurrió en mil novecientos seis —la corrigió puntualmente Jupiter.

—No importa. Lo que sí importa es que en la pintura hay un perrito. Bien, yo he examinado la valla. Cuando se mete el dedo a través del ojo derecho del perrito, se abre una puerta secreta de la valla. O sea, que vosotros poseéis una entrada secreta al Patio. ¿Lo sabe tía Mathilda?

—¡Chantaje! —exclamó Pete.

—No se trata de chantaje —declaró la joven—. No quiero dinero. Seré yo el que os pague. Lo que quiero es ayuda, y me han dicho que vosotros sois los mejores investigadores de la ciudad… aunque ello no signifique mucho.

—Gracias —se burló Pete.

—De nada. Bien, ¿me ayudaréis, o tendré que ir a hablar con tía Mathilda?

Jupiter sentóse sobre un cajón vacío.

—¿Qué deseas, exactamente?

—Deseo que ese Hugo Ariel se largue de casa cuanto antes —explicó Allie.

—¿Ariel? ¿No es el hombre vestido de negro que vimos el día en que te caíste de la yegua? ¿Un individuo muy pálido?

—El mismo. Y la razón de que esté pálido es que jamás sale de día. Su padre debía ser un topo.

—Llegó a tu casa la misma mañana de tu caída. Y aquella noche, Marie se marchó, muy asustada —Jupiter se tironeo del labio inferior—. Oyó algo extraño —sugirió—. ¿No fue una figuración suya?

—No lo fue.

De repente, Allie Jamison se mostró dispuesta a las confidencias. Estaba doblando la tarjeta entre sus manos, nerviosamente, para volver a desdoblarla después y repetir infinitas veces la operación.

—Aquello tuvo que ver algo con Ariel —dijo lentamente—. No sé cómo, pero provoca un ruido, un rumor… un sonido que yo no había oído nunca.

—¿Todavía vive en tu casa? —preguntó Pete.

—Sí, y tía Pat opina que es maravilloso. Claro que tía Pat está bastante chiflada. Ya antes de llegar Ariel, solía trazar un círculo alrededor de su cama con un cuchillo todas las noches, para mantenerse libre de influencias perversas. Ahora se ha aficionado a encender velas… muchas velas. Son velas especiales. Las venden en

una tienda de Hollywood, y las hacen de colorines. El color púrpura sirve para proteger a los seres humanos, según ella, el azul para otra cosa, y el naranja también es bueno y el rojo es muy poderoso… En fin, una sarta de tonterías. Todas las noches, tía Pat y Ariel entran en la biblioteca, encienden velas y cierran la puerta.

—¿Y después…? —la instó Jupiter.

—Después, a veces, oigo el rumor. —Allie se estremeció ligeramente—. Lo oigo incluso estando arriba, aunque lo oigo mucho mejor desde el salón. Sale de la biblioteca.

—Marie aseguró que era como un canto —dijo Jupe.

Allie se contempló las manos.

—Sí, podría llamarse canto, sólo que… jamás había escuchado un canto como ése. Es realmente… pavoroso.

Jupiter frunció el ceño.

—Marie dijo que algo cantaba. No dijo alguien sino algo. Como si el canto no fuese hecho por un ser humano.

Allie se irguió en su silla y miró fijamente a Jupiter.

—Bueno, eso no importa. Es Ariel quien provoca ese canto o rumor y yo no puedo soportarlo. ¡Esto se tiene que terminar!

—¿Tan malo es?

—Peor. Tan malo es que no podemos encontrar ya criados. La agencia de colocaciones nos ha enviado ya dos doncellas desde que se marchó Marie. Y no se han quedado. Toda la casa está llena de polvo y yo me muero de hambre, puesto que soy muy mala cocinera y tía Pat aún es peor. Y no se me permite hacer el menor ruido porque Ariel duerme de día y vaga por la casa toda la noche. ¡No me gusta y quiero que se vaya de casa!

—Ayudar a despedir a un invitado no entra precisamente en nuestras directrices —objetó Jupiter—. ¿No crees que si hablaras francamente con la señorita Osborne…?

—He hablado con tía Pat hasta dolerme las muelas —le interrumpió Allie—. Pero se limita a sonreír y me mira como si yo tuviera pajaritos en la cabeza, y siempre cambia de tema y vuelve a hablar de su afición al cine y a los chismes cinematográficos.

—¿Chismes cinematográficos? —repitió Pete.

—Colecciona chismes y objetos de películas viejas —explicó Allie—. Tiene de todo, desde las pestañas postizas que Della La Fonte lucía en «Fiebre en primavera» a la espada que John

Maybanks usó en «La venganza de Marko». Cuando una antigua estrella cinematográfica decide desprenderse de sus recuerdos, tía Pat acude a la subasta. Ahí va a parar todo su dinero.

—No parece una manía perjudicial —opinó Jupe.

—Tampoco lo es encender velas —replicó Allie—. Sólo que si es Ariel quien las enciende, no lo aguanto más. Ya es demasiado. ¡Tiene que irse de casa… él y su horrible ruido!

Pete se apoyó en la imprentilla.

—Bien, Jupe, tal vez resulte divertido —expresó—. Podríamos disponer la cama de Ariel de una manera especial, ponerle ranas en la bañera y lagartijas en los zapatos.

—A Ariel le encantarían las lagartijas —se burló Allie—. ¡Lo que hemos de hacer es poder acusarle de algo!

—¿Otro chantaje?

—Se lo merece por alborotar mi casa. Sólo que no hallo nada tangible de qué acusarle. No habla conmigo… y creo que ni siquiera me ve. Y tía Pat no me cuenta nada en absoluto. Hay algo muy raro en ese hombre, y mi tía no quiere que yo sepa de qué se trata.

—Pero si ella sabe ya… —murmuró Pete.

—Lo que ella sepa no puede ser muy malo —le cortó Allie—. De lo contrario, ya lo habría despedido. Mi tía será todo lo loca que queráis, pero no es mala. Lo que necesito es algo con que poder acusar a ese individuo. Necesito saber de dónde vino y qué intenta. Y ahí es donde intervenís vosotros.

Allie hizo una corta pausa, mirando a los dos muchachos.

—Escuchad; esta noche tía Pat da una reunión. Ha telefoneado invitando a varias personas y Ariel ha preparado un brebaje para el ponche. Si hay una fiesta, habrá otras personas en casa y tal vez ellas nos darán una pista sobre Ariel.

Por lo tanto, como se trata de mi casa, estáis invitados a la fiesta.

—¿Hemos de probar el ponche? —preguntó Pete con marcada repugnancia.

—No, vosotros no os mezclaréis a los invitados. Sólo vigilaréis. Después, seguiréis a los invitados hasta sus casas, o lo que decidamos. Yo me reuniré con vosotros a las ocho junto al garaje. Cruzad por la parte posterior de la residencia, a fin de que nadie os vea desde la casa. —Allie se puso de pie—. Será mejor que no

faltéis a la cita —les advirtió—, o le contaré a la señora Jones lo de la puerta secreta en la valla del Patio.

Jupe y Pete vieron cómo se alejaba la joven.

—Bueno, tenemos una nueva cliente, nos guste o no —suspiró Jupe.

Apartó a un lado un enrejado que había detrás de la imprenta, dejando al descubierto un tubo ancho y ondulado, ensamblado con fragmentos de madera vieja. Era el Túnel Dos, otro paso secreto del Patio Salvaje. Conducía por debajo de los montones de chatarra que ocultaban el remolque móvil de los Tres Investigadores. Al extremo del tubo, se abría una trampilla que daba directamente al puesto de mando.

—¿Qué haremos? —preguntó Pete.

—No creo que Bob trabaje en la biblioteca esta mañana —repuso Jupe—. Le llamaremos y le contaremos que estamos invitados a una fiesta.

—Voy contigo —asintió Pete—. Además, quiero clavar las tablas sueltas de la valla, en la parte de atrás. No me gusta tener que renunciar a esa entrada secreta, pero con Allie Jamison por aquí, no nos queda otro remedio.

Capítulo 4

La serpiente susurrante

Era ya al atardecer cuando Jupiter Jones, Pete Crenshaw y Bob Andrews llegaron a la casa de los Jamison.

—No es una fiesta muy importante —susurró Jupiter.

Había tres coches estacionados delante de la casa: uno deportivo, color naranja; una camioneta verde y un sedán polvoriento, color marrón.

Más allá de la casa, los Tres Investigadores acortaron camino por un solar, hasta llegar al garaje situado detrás de la mansión. Allie Jamison les aguardaba ya.

—El grupo está reunido —anunció—. Se hallan en el comedor y las puertas del patio están abiertas. No hagáis ruido y seguidme.

Pasaron por el patio enladrillado, hasta llegar al otro sombreado por la parra. Allie se detuvo al borde de este patio.

Jupiter apartó una rama de wisteria y miró, por encima del hombro de la joven, hacia el comedor.

Lo que vio no se parecía a ninguna otra fiesta. En la habitación se hallaban cinco personas, muy calladas en tomo a la mesa. La señorita Osborne llevaba una túnica púrpura con mangas muy anchas y cuello alto. Frente a ella, también de pie, se hallaba el hombre llamado Hugo Ariel, ataviado completamente de negro, como la primera vez que le vieron los chicos. Su pálido rostro resplandecía bajo la luz de dos altos cirios colorados, colocados en unos candelabros de plata bruñida. Llevaba muy corto el pelo negro, si bien peinado hacia delante, lo que hacía que sobre las cejas le cayesen varios mechones.

A la izquierda de Ariel había una mujer delgada, que llevaba un

vestido anaranjado. Igual que la señorita Osborne, se había teñido el pelo, mas con un color poco acertado, ya que el tono pelirrojo no se armonizaba bien con el anaranjado del traje.

Delante de la pelirroja había una damita rubia, de tez blanca, que exhibía un vestido verde pálido. Y a su lado se hallaba el quinto miembro de la reunión. Éste parecía fuera de lugar. Los otros estaban muy erguidos, esperando algo. El quinto miembro se hallaba casi de bruces sobre la mesa. Todos iban bien vestidos para la reunión, excepto el quinto componente de la misma, que lucía una chaqueta ajada y arrugada, y una camisa que estaba pidiendo a gritos una lavandería. Asimismo, su ralo cabello necesitaba un buen corte.

Allie indicó por señas a los muchachos que la siguiesen por el sendero exterior. Cuando se hallaron a bastante distancia del patio emparrado, se detuvo.

—Un grupo encantador, ¿verdad? —preguntó.

—¿Piensan quedarse de pie? —inquirió Pete a su vez.

—No lo sé —replicó Allie—. Estuve dando vueltas entre los invitados hasta que Ariel comenzó a dirigirme agudas miradas con sus ojillos de pescado. Ese tipo de chaqueta arrugada es el dueño de una charcutería y se llama Noxworth. La delgaducha del vestido naranja se llama Madelyn Enderby, y es la peluquera de tía Pat. Dice que vibra muy bien con el color naranja. Supongo que es verdad. Al menos, se retuerce mucho. La rubia es propietaria de una tienda de alimentos vegetarianos.

Débilmente llegó, procedente del patio, el ruido de unos aplausos.

—Algo ocurre —susurró Allie—. Vámonos.

Los Tres Investigadores y Allie regresaron al patio emparrado y atisbaron por entre los ramajes a tiempo de ver a la señorita Osborne entregar a Ariel una copa de cristal llena de un líquido casi incoloro. Ariel cogió la copa sin mirar a la tía de Allie y la sostuvo en alto, hacia los cirios. Su rostro tenía la fijeza de una máscara, tan blanca como el yeso y carente de expresión. Sólo movía los ojos, que relucían oscuramente bajo la luz de las velas.

—Podemos empezar —anunció Ariel.

Todos los reunidos en torno a la mesa se movieron con cierta inquietud, y Jupe oyó cómo alguien suspiraba.

—Esta noche no estamos presentes todos los miembros de la hermandad —continuó Ariel—. Es posible que no logremos nada, o que el doctor Shaitan nos envíe sus espíritus. La voz de la serpiente puede hablar a través de muchos kilómetros. En fin, podemos intentarlo.

Rozó la copa con sus labios y le pasó la bebida a la mujer del vestido naranja.

—¡La hermandad no fallará! —exclamó la mujer naranja, tomando un sorbo de la copa—. Vaya, cuando tuve aquel altercado con mi portera, yo…



—¡Silencio! —tronó Ariel—. Interrumpe usted el rito.

La mujer calló y le entregó la copa a la señorita Osborne, que bebió también y la pasó al grasiento señor Noxworth. Éste probó el líquido y le dio la copa a la rubia del vestido verde, quien, finalmente, la devolvió a Hugo Ariel.

—Sentémonos —ordenó éste.

Todos los miembros de la reunión obedecieron.

—Señorita Osborne, declare sus intenciones —volvió a ordenar Ariel.

Tía Pat inclinó la cabeza.

—Quiero la bola de cristal. Quiero que Margaret Compton sea alejada, por algún medio, para que no pueda conseguirla.

—¿Debemos de invocar al poder de Belial?

—Yo pido que se haga —afirmó tía Pat.

Ariel tendió la mirada en torno a la mesa.

—¿Qué dicen ustedes? —les preguntó a los demás.

—Yo tengo mis propios problemas —balbuceó Noxworth.

—Los problemas de un miembro son los problemas de toda la comunidad —le reprochó Ariel.

—Pidamos a Belial que envíe a Margaret Compton a un largo viaje —insinuó la mujer del vestido naranja—. Un viaje que empiece… ¿cuándo es la fecha?

—La semana del veintiuno —le apuntó tía Pat.

Los negros ojos de Ariel pasaron de tía Pat a la rubia, para acabar posándose en Noxworth.

—Entonces, estamos de acuerdo —decidió.

Se recostó en su silla y cerró los ojos. Los otros continuaron sentados, contemplando fijamente las llamas danzantes de los cirios. Durante unos minutos no ocurrió nada. Las personas reunidas en el comedor parecían figuras pintadas en la tela, por lo inmóviles que estaban.

De pronto, Allie y los Tres Investigadores lo oyeron. En la noche, a través de una oscuridad casi completa, oyeron el rumor. Primero muy débil, como un suave latido, una pulsación regular. Una pulsación que parecía agitar el aire. Era un sonido cantarín, y sin embargo, no era ninguna canción. No contenía palabras. Ni sílabas. Era solamente una elevación y un decaimiento de unas notas… que no eran notas. Un sonido agudo, y también dulce. Alto y penetrante,

para convertirse después en un bajo murmullo. Languidecía y cesaba un instante, y de pronto estallaba de nuevo, como en unas guturales y odiosas oleadas.

Los Tres Investigadores le escucharon con pánico creciente. La espantosa canción era un rumor jamás oído en la tierra ni comparable a nada. Les amenazaba con maldad, con terror, con un poder profundo y oscuro. Les ordenaba que se uniesen a su interminable agonía. Bob tragó saliva ruidosamente y Pete casi dejó de respirar.

Sólo Jupiter continuó lo suficientemente tranquilo para concentrarse en aquella escena. Observó que en el comedor nadie se había movido. Hugo Ariel había vuelto el rostro hacia el techo. Sin embargo, su cuerpo ni se había estremecido.

Al fin, Allie se retiró, abandonando el patio emparrado. Los chicos la siguieron, retrocediendo medrosamente por el senderito, mientras la espantosa canción les seguía como algo vivo y malvado.

Al llegar al patio trasero, Allie se apoyó en la pared de la casa. Los Tres Investigadores empezaron a serenarse.

—¿Fue esto lo que oyó Marie? —preguntó Jupe.

Allie se limitó a asentir con el gesto.

Pete se pasó la mano por el cabello.

—Yo también me marcharía de esta casa —declaró.

Allie suspiró profundamente.

—Yo no puedo marcharme —murmuró finalmente—. Es mi casa y ella es mi tía. ¡Es Ariel el que tiene que irse!

—Pero no puede ser Ariel quien produzca ese sonido —objetó Jupe rápidamente—. ¡No podría efectuar un ruido como éste sin mover un solo músculo!

—De acuerdo, no podría hacer un ruido como éste… pero lo hizo —replicó Allie.

En el garaje la yegua coceaba contra el establo y relinchaba agudamente.

—¡«Reinecita»! —gritó Allie—. ¡Oh, allí hay alguien!

Jupiter saltó hacia la portalada del garaje, la abrió de par en par y de repente se vio arrojado al suelo por el empuje de alguien que huyó a escape, forcejeando salvajemente en la oscuridad, hasta fugarse por entre el solar contiguo.

—¡Jupe! —gritó Pete, arrodillándose sobre los ladrillos del

patinillo.

—Estoy bien —gruñó el aludido, levantándose lentamente—. ¿Le habéis visto?

—Un tipo recio —contestó Bob—. No muy alto. Con un bigote muy poblado. Tal vez un bigote estilo morsa.

Allie les contempló a los tres con respeto.

—No perdéis detalle, ¿eh? ¿Cómo te has fijado en todo eso en plena oscuridad?

—Hay luna —indicó Jupiter—. Y los investigadores poseemos unos rapidísimos poderes de observación —añadió pomposamente —. Por ejemplo, ¿te has fijado en que el canto ha cesado?

En la cocina se encendió la luz y los muchachos se refugiaron, replegándose hacia las sombras del garaje.

La puerta de la cocina se abrió de pronto.

—¿Quién hay ahí fuera? —gritó tía Pat.

—Yo, tía Pat —respondió Allie—. Estaba comprobando si «Reinecita» estaba bien.

—Estás loca con esa yegua —comentó la señorita Osborne—. Vamos, entra inmediatamente.

La puerta de la cocina se cerró.

De la parte delantera de la casa llegó el ruido de un coche al ponerse en marcha.

—La reunión ha terminado —susurró Bob.

—Volved mañana por la mañana —pidió Allie.

—De acuerdo —prometió Jupiter.

La joven se marchó sin hacer ruido, en dirección a la casa.

—¡Larguémonos de aquí! —propuso Pete—. Y si no vuelvo a escuchar nunca más ese cántico que no es cántico… tanto mejor para mi.

Capítulo 5

La misteriosa hermandad

A la mañana siguiente, los Tres Investigadores se inclinaron en la valla, viendo cómo la yegua de Allie Jamison pacía en el prado particular.

—Algunas personas ni tienen tanto para comer —observó Pete.

—La mayoría de personas no comen hierba —repuso una voz a sus espaldas.

Al volverse los muchachos divisaron a Allie, ataviada con sus acostumbrados tejanos descoloridos, si bien llevaba una blusa recientemente planchada. Si la noche anterior estaba asustada, ya se había recuperado. La mirada que dirigió a los tres amigos fue de desafío.

—Y bien… ¿alguna idea brillante?

Jupiter Jones miró hacia la casa de los Jamison.

—¿Ocurrió algo anoche, después de marcharnos? —Quiso saber.

—Nada —replicó Allie—. Ni siquiera se reanudó el cántico. Ni hubo más misteriosos intrusos con bigote tipo morsa. Nada en absoluto —Allie trepó a lo alto de la valla—. ¿Qué hay del individuo que estaba escondido en el garaje? ¿Qué creéis que buscaba allí?

Bob sonrió y meneó negativamente la cabeza.

—No sabemos nada de él y, sin datos, sólo podemos hacer suposiciones. Es posible que se trate de un ladrón ordinario que planteaba el medio de entrar en la casa, o tal vez fuese un vagabundo buscando un sitio donde mejor pasar la noche.

—O alguien que tenga que ver algo con ese extraño sonido —apuntó Jupiter Jones—. Hugo Ariel dijo que la voz de la serpiente

llegaba desde muchos kilómetros de distancia.

—Pero las serpientes no cantan —objetó Allie—. Silban.

—Y tú nunca habías oído ese sonido hasta que llegó Ariel —razonó Jupiter—. Por tanto, Ariel es el responsable del mismo. Sin embargo, anoche, cuando empezó el cántico, él estaba sentado en el comedor a la vista de todos nosotros, sin hacer ningún movimiento. En realidad, más bien parecía sumido en trance. No podía ser el cantante… por llamarlo de algún modo. El ruidito aquel tuvo que ser producido de otra forma.

—¿Mediante una cinta grabada tal vez? —sugirió Pete—. Ya sabéis que puede servir para reproducir unos ruidos terroríficos. Si Ariel emplea una cinta magnetofónica, tal vez el individuo del garaje fuese su cómplice. Pudo plantar el equipo reproductor cerca del comedor, y esperar a que concluyera la sesión para escapar… sólo que nosotros le sorprendimos.

—Es posible —aceptó Jupiter la idea—, pero será mejor que no formulemos ninguna conclusión todavía. Tal vez Ariel no tenga ninguna relación con el bigotudo ése. Para utilizar una cinta grabada no necesitaría ningún cómplice, en realidad.

Allie cuadró los hombros.

—De modo que volvemos al lugar donde estábamos, y Ariel continúa libre para hacer lo que quiera en casa. No quiero tener a ese invitado. En cambio, otros amigos de tía Pat no me molestan.

—¿Los otros de anoche, por ejemplo? —preguntó Jupe—. Ese Noxworth me pareció un individuo bastante extraño.

—Puedes decirlo. ¿Cómo es posible que sea el dueño de una charcutería? ¡Debería quedar excluido por el Departamento de Salud Pública!

—Sí, es muy desaliñado —precisó Jupiter—. De todos modos, por lo que anoche dijo Ariel, él y tu tía son miembros de una misma hermandad, sea cual sea. Y ayer noche, todos los invitados se unieron en su deseo de que alguien llamado Margaret Compton fuese alejada durante la semana del veintiuno, a fin de que tu tía pueda obtener una bola de cristal.

—¡Una locura! —exclamó Allie—. ¡Una verdadera locura!

Jupiter se permitió una sonrisa de superioridad.

—Creo que ya sé de qué bola de cristal se trata —dijo plácidamente.

—¿Tú?

—El veintiuno se celebrará la subasta de los bienes del difunto Ramón Castillo, el artista de cine. Entre los objetos a subastar, se encuentra la bola de cristal que utilizó en la película «La madriguera del vampiro». Mis tíos hablaron de ello el otro día. Tú nos explicaste que tu tía colecciona cosas de películas famosas, ¿verdad? Entonces, ¿por qué no ha de querer esa bola de cristal?

—Huy… ante la idea de poseerla, su boca se le debe estar haciendo agua —admitió la joven.

—Y quiere que una persona llamada Compton esté lejos de la ciudad para que no acuda a la subasta.

—Tía Pat y Margaret Compton no se tienen ninguna simpatía —asintió Allie.

—¿También es coleccionista Margaret Compton?

—Naturalmente, muy afortunada. Es una viuda millonaria y tiene mucho más dinero que tía Pat. Si desea una cosa, puede pujar tan alto que tía Pat se queda sin ello.

—Y Hugo Ariel, encendiendo cirios y haciendo sonidos extraños, trata de impedir que esa Margaret Compton asista a la subasta.

—Muy servicial —reconoció Allie—, mas ¿por qué lo hace? No puede ser por dinero. Tía Pat posee unas pequeñas rentas procedentes de unas acciones, pero nada más. Y si se gasta mucho en una bola de cristal le quedará poco para dárselo a Ariel.

—O sea, que ignoramos el motivo —intervino Bob.

—Pero tenemos ya un objeto —replicó Jupiter—. Lo que queremos es lograr que Ariel se marche de casa de Allie. Bien, no estamos seguros de que tenga un cómplice, por lo que supondremos que no lo tiene. Si registramos la casa, quizá hallemos el equipo que emplea para producir esos sonidos. Entonces, podríamos acusarle ante tía Pat y creo que esto le haría perder la fe en él.

Allie sonrió torvamente.

—¡Le arrojaría de casa, cogido de una oreja! —exclamó—. ¡Buena idea! Registrar la casa, hoy será muy fácil, porque a Ariel le llamaron por teléfono.

—¿No es esto algo fuera de lo corriente? —preguntó Jupiter.

—Sí. Nadie le llama nunca. Ni va a ninguna parte. Pero esta mañana llamó por teléfono y una voz masculina preguntó por Ariel. Tuve que aporrear su puerta para que se levantase.

—Estoy seguro de que escuchaste por una extensión telefónica —sonrió Pete.

—No tuve tiempo —se quejó Allie—. Sólo habló por teléfono un par de segundos. Dijo: «Muy bien», y colgó. Luego, le comunicó a tía Pat que esta noche habrá reunión de toda la hermandad.

—¿No le has preguntado a tu tía de qué hermandad se trata? —Quiso saber Bob.

—Claro que se lo he preguntado, sin el menor resultado. Me ha contestado que es un club al que pertenece. Añadió que soy muy amable al interesarme tanto por su vida social. Oh, está muy excitada. Esta noche saldrá, y Ariel se irá con ella. Por tanto, si queremos registrar la casa en busca del aparato que produce ese horrible ruidito, nadie nos interrumpirá.

Jupiter reflexionó, tironeándose del labio.

—Es posible que lleve el aparato encima —murmuró—. En cuyo caso, no encontraremos nada.

—¿No piensas probar? —preguntó Allie—. Puede estar bajo una alfombra, o entre los cortinajes o…

—Sí, es posible —admitió Jupiter—. ¿Eres buena registrando habitaciones?

—Bueno, no lo he hecho nunca —contestó Allie—, pero no creo que para hacerlo sea necesario seguir un cursillo por correspondencia.

—Estupendo. Esta noche tú registrarás toda la casa. No te olvides del garaje, por si había un cómplice. Busca todo lo que no te resulte familiar… una pieza de maquinaria, un magnetófono en miniatura… algo así.

—Me alegro de haberos contratado como detectives —exclamó Allie con sarcasmo—. Mientras tanto, yo hago todo el trabajo.

—Mira por todas partes —le aconsejó Jupiter—. Tal vez esté debajo de una mesa, o del aparador…

—¿También en la parra? —sugirió Allie.

—Sobre todo en la parra. Y no te caigas del emparrado.

—No temas. Y mientras yo esté andando por las ramas… ¿qué haréis vosotros?

—Seguiremos a tu tía y a Ariel hasta el lugar de la reunión de la hermandad.

Capítulo 6

La casa de Torrente Canyon

—Has sido muy amable al traer tu propio coche, Worthington —dijo Pete cálidamente.

El aludido sonrió. Conducía su «Ford» por la Costa Highway, a varios centenares de metros detrás de la Corvette púrpura propiedad de Pat Osborne.

—Un «Rolls-Royce» dorado y plateado no es el coche ideal para seguir a otro —replicó Worthington.

Algún tiempo antes, Jupiter intervino en un concurso apadrinado por la compañía «Rent and Ride Auto Rental» y había ganado el uso, durante treinta días, de un antiguo «Rolls-Royce», con apliques dorados y plateados. Con el coche iba también Worthington, que era el perfecto chófer inglés. De esta forma, había conducido a los Tres Investigadores en varios de sus casos. Al transcurrir los treinta días de premio, un cliente agradecido consiguió para los muchachos el uso ilimitado del coche. Worthington se hallaba ya tan interesado en las pesquisas de Jupiter Jones, Pete Crenshaw y Bob Andrews, que se consideraba parte substancial de la firma, como un cuarto investigador oficioso.

Cuando Jupiter llamó aquella mañana a la agencia de coches, el chófer le ofreció generosamente utilizar su propio auto para seguir a la señorita Osborne y a Hugo Ariel a la reunión de la misteriosa hermandad.

—Tuerce hacia el Sunset Boulevard —indicó Worthington.

—No te dejes atrapar en la señal de tráfico —le avisó Jupiter Jones, sentado a su lado.

—Oh, no.

Worthington pasó el semáforo en el mismo instante en que el verde cambiaba a naranja.

—Espero que llegue a su destino antes de que anochezca demasiado —suspiró el chófer, que siguió guiando el «Ford» por la colina que asciende desde el océano.

Sunset Boulevard se extendía sinuosamente al frente, dejando a cada lado mansiones con grandes parques y jardines. Los muchachos perdían de vista al «Corvette» cuando el Boulevard trazaba una curva, pero siempre volvían a divisarlo. Al fin, el pequeño coche se detuvo.

—Torrente Canyon —murmuró Worthington—. Ya no podemos perderlo de vista porque se trata de una calle sin salida.

El «Corvette» arrancó de nuevo, torciendo hacia la calle, seguido por otro coche deportivo color naranja, procedente de Sunset Boulevard.

—La peluquera de tía Pat —susurró Jupiter.

—Sigue su pelo rojo, Worthington —le indicó Pete—, probablemente resplandece en la oscuridad.

El chófer rió y torció hacia Torrente Canyon. Siguió al coche anaranjado hasta que éste frenó y se detuvo sobre un ribazo herboso, al lado de una tapia de ladrillos. A un lado de la calle se veían otros coches estacionados. Los muchachos se agacharon dentro del «Ford», cuando Worthington pasó junto al «Corvette» púrpura.

En aquel momento, salían del coche la señorita Osborne y Hugo Ariel.

Worthington miró por el espejo retrovisor.

—La mujer del vestido anaranjado está saludando con la mano a la señorita Osborne —murmuró.

Bob y Pete volvieron el rostro para mirar por la ventanilla posterior.

—He visto el coche marrón que anoche estaba también delante de casa de los Jamison —explicó Bob.

—El del propietario de la charcutería —añadió Pete—. Seguro que esta noche habrá ahí dentro mucha gente.

Worthington llevó el «Ford» hacia la derecha y lo detuvo en un trecho de la calle sin pavimentar.

—He contado once coches —dijo.

Los chicos miraron hacia atrás, viendo cómo la mujer del vestido naranja, Ariel y Pat Osborne se reunían delante de una gran verja de hierro con púas en lo alto. Ariel habló brevemente con ambas mujeres y luego se dirigió hacia la puerta de la verja. Alargó una mano y cogió algo que había metido en un hueco del muro.

—Supongo que es un teléfono —dijo Bob.

Era un teléfono. Ariel se aplicó el auricular al oído, escuchó, murmuró unas palabras y volvió a dejar el aparato en el hueco. Unos segundos más tarde, los Tres Investigadores oyeron un zumbido estridente. Hugo Ariel se apoyó contra la cancela, que se abrió. Las dos mujeres le siguieron y la cancela se cerró a sus espaldas.

Worthington y los muchachos aguardaron sin hablar. Pero en la calle de Torrente Canyon no apareció ningún otro coche. Nadie más se acercó tampoco a la cancela. Al cabo de quince minutos, Jupiter abrió la portezuela del «Ford».

—La hermandad debe estar ya totalmente reunida —anunció—. Ahora sólo tenemos que descubrir de qué clase de hermandad se trata.

Los demás saltaron del coche y siguieron a Jupiter hasta la cancela.

—A tu tío Titus le encantaría esto —exclamó Bob con admiración, tocando un adorno repujado de la verja.

—Dudo mucho que esté a la venta —gruñó Jupiter.

Asió el pesado aldabón de bronce y trató de bajarlo y levantarlo. Imposible.

—Cerrado —observó—. Era esperar demasiado.

Pete investigaba el hueco del muro.

—¿Probamos el teléfono? —preguntó—. No hay marcador. Debe estar conectado directamente con la casa.

—Claro, maese Pete —asintió Worthington.

Pete sonrió y sacó el aparato del hueco. Al momento oyó un clic.

—La noche es oscura —dijo una voz por el auricular.

—Ah… sí, pronto será noche cerrada —repuso Pete—. Señor —añadió—, represento a la Compañía de Caramelos Unidos, y esta semana ofrecemos un chocolate especial…

Sonó otro clic y se desconectó la comunicación.

—¿No les interesa el chocolate? —preguntó Jupe.

—Seguro que no. Serán diabéticos. —Pete dejó el aparato en su sitio—. Es la forma más rara de contestar a una llamada, que he oído en mi vida. ¿Sabéis qué ha dicho ese individuo? Dijo: «La noche es oscura».

—Sin duda, es una parte del santo y seña —razonó Jupiter—. Si fuésemos miembros de esa hermandad, conoceríamos la respuesta.

Bob miró por entre la verja.

—Está oscureciendo —observó—, y sin embargo, fijaos en la casa. ¿La veis al final del senderito? No hay una sola luz en todo el lugar.

Era cierto. Ninguna ventana de la casa estaba iluminada. La mansión era solamente una masa oscura contra el cielo.

—Hay once coches en la calle —reflexionó Jupiter—. Y en dos coches llegaron tres personas… las que vimos cruzar la cancela. Lo cual significa que, al menos, hay nueve personas más dentro de la casa. Doce en total.

—Bien, ¿qué hacemos? —se interesó Worthington—. Seguramente habrá luces dentro.

—Pueden tener unos cortinajes muy gruesos —indicó Jupiter.

—Y utilizar cirios —añadió Bob—. Los cirios deben de ser muy importantes para esa gente, y no los veríamos a través de gruesas cortinas.

Los Tres Investigadores se hallaban en la calle, cada vez más oscura, pensando en el grupo que se había reunido la noche antes en casa de los Jamison, en los cirios iluminados, el comedor con su triste luz, y en la copa que había pasado de mano en mano. También se acordaban del extraño sonido que había oído… el cántico terrible, sin palabras ni melodía alguna.

—¿Lo oiremos esta noche? —preguntó Pete, casi para sí mismo.

—¿Oír qué? —Quiso saber Worthington.

—No estamos seguros de lo que es, Worthington —replicó Jupiter—. Suponemos que es lo que Ariel denomina la voz de la serpiente. Sin embargo, aquí de pie no nos enteraremos.

—Tal vez haya otra puerta —sugirió Bob.

—Tal vez —asintió Jupe—, y podría estar entornada. La mayoría de personas suele atrancar bien la puerta principal, dejando abierta la posterior. Por esto, la policía jamás deja de trabajar.

—De acuerdo, vamos a verlo —propuso Pete.

—Worthington, ¿por qué no te quedas en el coche con el motor en marcha? —dijo Jupe—. No sabemos nada acerca de esa hermandad y es posible que tengamos que irnos… muy rápidamente.

El chófer vaciló.

—Muy bien —dijo al fin—. Daré la vuelta al coche y mantendré el motor en marcha.

Remontó la calle y los muchachos oyeron el ruido de la portezuela del «Ford» al abrirse y cerrarse y después el del motor al ser puesto en marcha. Divisaron el destello de los faros, y Worthington obligó al coche a efectuar una vuelta en redondo, bajando por la calle hasta cerca de la esquina con el Boulevard. Luego, detuvo el auto a un lado de la calle. Apagó los faros y de repente la calle quedó sumida en una tremenda oscuridad.

—Ojalá hubiésemos traído una linterna —rezongó Pete.

—Estamos mejor sin ninguna —razonó Jupe—. No tenemos por qué llamar la atención. Bien, vamos.

Los Tres Investigadores iniciaron un atento circuito en torno a la tapia. Caminaban lentamente, deteniéndose de vez en cuando a escuchar. No se oía ningún ruido al otro lado del muro. Una vez, Bob pegó un brinco y estuvo a punto de chillar, cuando un animalejo nocturno se escurrió por entre sus piernas.

—Un zorro —murmuró Pete.

—¿Lo has visto?

—No, pero digamos que fue un zorro.

—¡Silencio! —les advirtió Jupiter.

Volvían a estar ya en la calle. Habían vuelto a pasar por delante del coche de Worthington, cuyo motor zumbaba suavemente. Y llegaron de nuevo a la cancela. Había concluido su inspección sin haber hallado nada. No había más puertas. Sólo sabían que la propiedad era grande, casi como una manzana de casas, y sin vecinos cerca, así como que la casa se hallaba al final del sendero, una especie de avenida, siempre en tinieblas.

—Tendremos que saltar ese muro —decidió Jupiter—. Pete, tú eres el atleta. Yo me apoyaré en la pared y tú treparás sobre mi espalda.

—¡Estás loco! —exclamó Pete.

—No veo otro camino —objetó Jupe—. Si tú no quieres, saltaré

yo, pero opino que es más lógico que seas tú. Una vez estés arriba, me ayudarás a subir y entre ambos, luego, ayudaremos a Bob. Es el único medio de ver qué ocurre.

Pete suspiró, como había hecho ya tantas veces desde que se uniera a Jupiter y Bob.

—No estoy muy seguro de querer saber qué ocurre en esa casa —refunfuñó.

Pero cuando Jupe se agachó, colocando las manos sobre su cabeza y apoyándose en el muro, Pete obedeció. Colocó una rodilla sobre la espalda de su amigo, tanteó el muro con las manos, puso un pie sobre el hombro de Jupe y se incorporó.

—¡Ahí voy! —anunció, colocando ambas manos sobre la parte superior de la tapia. Luego empezó a izarse.

Sentóse un momento en el muro para avizorar el oscuro parque que rodeaba la casa en tinieblas. Y fue entonces cuando sucedió.

De repente, sonó el timbre de alarma… un sonido estridente, ensordecedor, persistente.

—¡Abajo! —gritó Jupe desde la calle.

De pronto, destellaron unos focos. Había ocho, dos en cada esquina del muro. Pete se asió a los ladrillos, cegado por el resplandor azulíneo.

—¡Salta! —le gritó Jupe.

Pete trató de saltar. Dio media vuelta y dejó colgar sus piernas sobre el muro. Pero, bajo sus manos, un ladrillo se deslizó y cayó al suelo. Y Pete también cayó… ¡hacia atrás, dentro del parque!

Capítulo 7

¡Atrapado!

Pete aterrizó de espaldas sobre el césped. Rodó un poco y consiguió ponerse de rodillas. El timbre de alarma dejó de sonar. Pete parpadeó y apartó la cabeza de la luz de los focos.

Un hombre robusto se hallaba ya entre el muchacho y la tapia.

—¡Pequeño ladrón! —gritó el hombre. No se movió, pero el tono de su voz dejó a Pete helado—. ¿Qué haces aquí?

Pete abrió la boca para disculparse, pero tenía la garganta muy seca. Comenzó a levantarse, y el hombre dio un paso amenazador hacia él. Pete se inmovilizó, agachándose.

—¿Pete? —gritó de pronto Jupiter Jones desde el otro lado de la cancela—. Pete, ¿lo has encontrado?

El hombre dio media vuelta, mirando a su alrededor.

—¿Quién es?

La luz de los focos iluminaba la figura de Jupiter al otro lado de la puerta.

—Eh, señor… —gritó, dirigiéndose al hombre que amenazaba a Pete—, ¿lo ha visto usted?

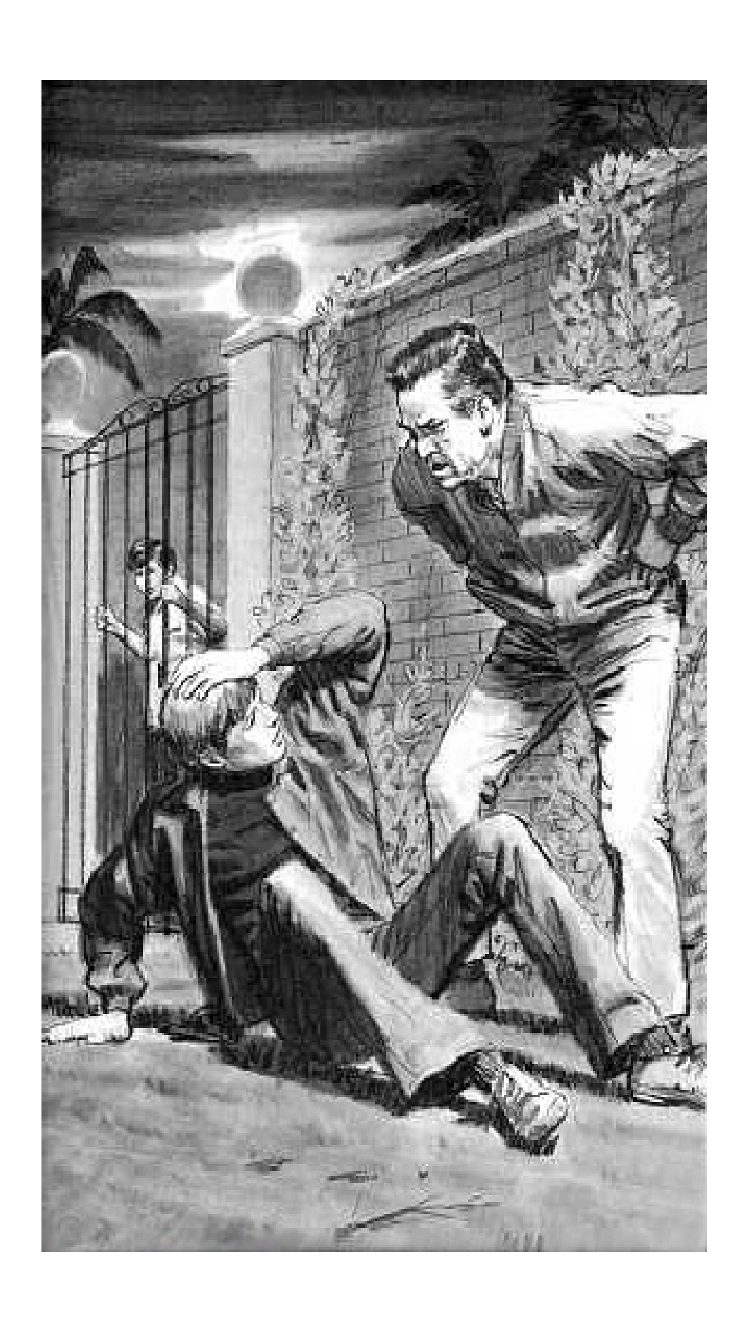
Pete empezó a calmarse. Jupiter estaba fingiendo y, fuese cual fuese el truco, sabía que sería bueno.

—¿Ver a quién? —preguntó el hombre.

—Al gato —respondió Jupiter brillantemente—. ¡Pobre de mí si no lo encuentro! Es un siamés llamado «Blameless», y mamá no sabe que se ha escapado. Le vi saltar por esa tapia…

—¡Y eso qué! —rugió el hombrón.

—Probablemente ha trepado a un árbol —continuó Jupiter.



—Mala suerte —replicó el hombre, apartándose de la cancela y llevando su mata de pelo gris hacia atrás con una mano. Luego, miró a Pete enfurruñado—. Hale, chaval. ¡Largo de aquí!

Pete se puso de pie.

—¡Eh, por favor! —suplicó Jupiter—. Déjeme entrar… «Blameless» me conoce y si me ve maullará…

—¡Yo sí que maullaré si no os largáis de aquí ahora mismo! —tronó el hombre, cogiendo a Pete del brazo y empujándole hacia la puerta.

—¡Mamá me matará! —gimió Jupiter.

—Todos tenemos nuestros problemas —observó el hombre—. ¡Largaos ya, o llamo a la «poli»!

Jupiter retrocedió un paso, al acecho. Al aproximarse el hombre a la cancela, con la mano tocó algo escondido entre la hiedra que crecía en la tapia.

La cancela se abrió.

—Y si volvéis a subir por esa tapia os daré algo que os ayudará a olvidaros de los gatos para toda la vida —amenazó finalmente el hombre.

Empujó a Pete a la calle y volvió a cerrar con fuerza.

—¡Si ve al gato…! —suplicó Jupiter.

—¡Narices! —le atajó el otro.

Jupe y Pete bajaron por la calle hasta el sitio donde les aguardaba Bob. Los focos de la propiedad se apagaron, y todo volvió a quedar en tinieblas.

—¡Ufff! —suspiró Pete.

—Buena idea, Jupe —alabó Bob.

Los muchachos oyeron cómo el vigilante de la propiedad daba unos paso por el sendero interior y se detenía.

—Está esperando para asegurarse de que nos marchamos —susurró Jupiter—. Bien, será mejor que nos vayamos y que Worthington nos siga con el coche. Ese individuo ya ha entrado en sospechas. Y si nos ve subir al auto, comprenderá que no estábamos buscando a ningún gato extraviado.

—Vámonos —aceptó Pete rápidamente.

Los tres chicos descendieron hacia Sunset Boulevard, charlando en voz alta sobre los gatos tontos que desaparecen a pesar de tener un hogar calentito, y en particular de los valiosos siameses, y del

terrible destino que les aguarda a los chiquillos que permiten que se escapen los animales favoritos de sus padres. Cuando pasaron junto al «Ford», Jupe le susurró a Worthington que les siguiera unos minutos.

Los investigadores se detuvieron en la esquina de Sunset y Torrente, fuera de la vista y el oído del celoso vigilante.

—Una casa interesante —murmuró Jupiter—. Al menos celebran una reunión de doce personas, pero no hemos vislumbrado ninguna luz. Y hay un sistema de alarma que supongo es electrónico. Además, para pasar por la puerta se necesita un santo y seña.

El «Ford» traqueteó por la calle y se paró. Los muchachos abrieron la portezuela y saltaron al interior del vehículo.

—¡Un individuo encantador! —ponderó Worthington, agitando la mano en dirección a la casa.

—¿Le oíste? —preguntó Pete.

—Sí, hablaba muy alto —asintió el chófer—. Estuve tentado de intervenir. ¿Te hiciste daño, maese Pete?

El joven se reclinó contra el respaldo del asiento.

—No, pero pienso que a ese tipo no le hubiese importado nada que me lo hiciera.

Worthington internó el coche por el tráfico de Sunset Boulevard. Había un camión que se aproximaba por la izquierda, y cuando Worthington esperaba que pasara, un coche descendió a toda marcha por el Torrente Canyon, y se detuvo junto al «Ford». El conductor del coche hizo sonar la bocina con impaciencia.

—Es el coche deportivo color naranja —murmuró Bob—. La peluquera se marcha.

—Entonces, todo el grupo debe estar ya disgregándose —supuso Jupiter—. Será mejor que busquemos un teléfono al momento. Allie debe estar aún registrando la casa, buscando una prueba contra Hugo Ariel. No es conveniente que la descubran en tal actividad.

Worthington torció el coche hacia Sunset.

—En una estación de gasolina, a medio kilómetro de aquí, hay una cabina telefónica —anunció.

En la gasolinera, Jupe llamó a la casa de los Jamison. Allie contestó antes del segundo timbrazo.

—Se ha terminado la asamblea de la hermandad —le advirtió Jupiter—. Nosotros no hemos descubierto casi nada. ¿Has

terminado ya el registro?

—Sí, y sin hallar nada.

—¿Has mirado por todas partes?

—He peinado prácticamente toda la casa. También he utilizado un imán. No he hallado nada más que el polvo acumulado desde que Marie se marchó.

—Entonces, si Ariel emplea un aparato para producir ese rumor, lo lleva encima —dedujo Jupe—. O posee un cómplice.

—Lo cual me lleva a un extremo interesante —repuso Allie—. Tenemos un nuevo criado.

—¿Cómo?

—Sí, esta vez no es criada, sino criado. Esta noche ha llamado un individuo, que dijo haber estado en Rocky Beach y haberse enterado de que estábamos sin criada. Pensó que tal vez necesitábamos alguna ayuda, lo cual es cierto. Bien, quiso concertar una cita para visitar a la dueña de la casa.

—¿Y bien…?

—Pues me imaginé que, estando mamá en Europa, yo era la dueña de la casa. Al fin y al cabo, tía Pat se toma muy poco interés por los asuntos domésticos.

—Allie, no habrás concertado una cita con un completo desconocido que te ha llamado por teléfono, sin al menos…

—Oh, no, hice algo mejor —le atajó ella, orgullosamente—. Le pedí que viniera a verme… y le he contratado.

Jupe aguardó, sabiendo que aún faltaba algo.

—¿No me preguntas por qué le he contratado? —inquirió la joven.

—Bien, ¿por qué has contratado sus servicios?

—Porque luce un gran bigote estilo morsa —replicó Allie—. Tú dijiste que el hombre que estaba escondido en el garaje anoche llevaba un bigote como una morsa. Claro que no sé si se trata del mismo individuo. Pero si lo es, debe de tener un interés especial por saber qué ocurre aquí. Tal vez se trate del cómplice. De modo que me pareció estupendo poder vigilarle sin que lo supiera. Se presentará mañana por la mañana a las ocho, y espero que le meta unas cascaras de huevo en el café de Ariel.

—¿Qué dirá tu tía?

—Ya pensaré algo que contarle. Nos veremos mañana, junto al

viejo corral.

La joven colgó y Jupe regresó al coche.

—¿Está bien Allie? —se interesó Pete.

—No lo sé —repuso Jupe—. O es la chica más lista que conozco, o es la más idiota… o quizá las dos cosas.

—¿Cómo es posible que sea lista e idiota a la vez? —se admiró Pete.

—No lo sé, pero creo que Allie lo ha conseguido —afirmó Jupiter Jones.

Capítulo 8

Una serpiente ataca

Cuando los Tres Investigadores llegaron a casa de los Jamison a la mañana siguiente, Allie estaba sentada en los peldaños del porche, sonriendo como una gatita de Cheshire.

—¡Un encanto de hombre! —exclamó—. ¡Escuchad!

Jupiter, Bob y Pete escucharon. Del interior de la casa surgía el zumbido de una aspiradora.

—Ni siquiera se lo indiqué —continuó Allie—. Metió su maleta en el cuarto de Marie, dio un vistazo a la casa, se dirigió al armario de las escobas y empezó a trabajar. Lo siento por las telarañas de tía Pat.

—Entonces, ¿vivirá aquí? —indagó Bob.

—Estupendo, ¿verdad? —replicó Allie—. Le tendremos estrechamente vigilado.

—Ojalá resulte estupendo —suspiró Jupiter—. ¿Qué dijo tu tía cuando la explicaste que habías contratado a un criado?

—¿De quién es la casa? —inquirió Allie—. Le conté que había hecho indagaciones, que ese individuo parecía muy buena persona, y mi tía dijo que «muy bien, querida», y se fue a la cama. Le marean los detalles.

—¿Dónde ha trabajado antes ese hombre? —Quiso saber Jupe.

—Ni lo dijo, ni traté de averiguarlo —respondió Allie virtuosamente.

—¡No te lo eres ni tú! —exclamó Pete.

—¿Quieres verle? ¿Podréis saber si se trata del tipo del garaje?

—Lo dudo —respondió Jupe—. Apenas le vi. Bob le vio mejor.

El aludido asintió.

—Si es él, no le acuses, Bob —advirtió Jupiter—. Finge que no le reconoces.

Allie abrió la puerta y los muchachos la siguieron dentro de la casa.

El nuevo criado estaba limpiando la alfombra verdidorada del salón. Levantó la vista, vio a los jóvenes en el vestíbulo con Allie y desconectó la aspiradora.

—¿Deseaba algo, señorita Jamison? —preguntó.

—Nada, Bentley —repuso la joven—. Vamos a buscar un poco de soda.

Ya en la cocina, Allie cogió cuatro botellines de soda del refrigerador.

—¿Es él? —inquirió.

—No estoy seguro —vaciló Bob—. La talla es la misma y el bigote parece igual… Pero estaba muy oscuro cuando aquel hombre derribó a Jupiter. Además, todo ocurrió con tanta rapidez…

—No parece pertenecer a esa clase de individuos que se dedican a derribar a la gente —opinó Pete—. Más bien parece… hum… ¡neutra!

—Beige —asintió Allie—. Es una persona beige. Ni demasiado alta ni demasiado baja, ni muy gorda ni muy delgada. El pelo color de arena y los ojos sin un matiz especial. Sería casi invisible a no ser por el bigote —sacó un abridor del cajón de la mesa y procedió a descorchar las botellas de soda—. Bien, ¿cuál es vuestro informe de anoche?

Jupiter procedió a relatar todo lo ocurrido la noche anterior.

—Creo que yo os gano —decidió Allie, cuando Jupe terminó su relación—. Anoche vosotros sólo conseguisteis caer al otro lado de una tapia, mientras que yo encontré a un hombre genuinamente y cien por cien misterioso.

—Y sin embargo, nos contrataste para librarte de un individuo misterioso —le recordó Pete—. Las mujeres sois muy veleidosas. A propósito, ¿no temes que el ruido de la aspiradora despierte a vuestro huésped?

—Ariel ha salido —explicó Allie, tomando un trago de soda.

—Creí que jamás salía de día.

—Pues esta mañana ha salido. Cogió el coche de tía Pat y se marchó a un lugar ignorado.

Tía Pat apareció en la puerta de la cocina.

—Allie, ¿quién es ése que está en el salón? —preguntó.

Llevaba una bata casera color lavanda, con un cinturón púrpura, y su tocado era perfecto.

—El criado nuevo, tía Pat —le recordó Allie—. Contraté anoche sus servicios, ¿no recuerdas?

—Oh, sí, qué estupendo. ¿Cómo dijiste que se llamaba, queridita?

—No te lo dije, pero es igual. Se llama Bentley.

—Bentley… Bentley… ¡Ah, como la marca de coches! Me acordaré… si no acabo por llamarle «Citroën» —sonrió distraídamente a los muchachos, los cuales le dieron los buenos días.

—¿Sabe guisar? —preguntó la señorita Osborne.

—Dijo que sí.

—Entonces, iré a consultar con él la lista de la comida.

Y la señorita Osborne salió de la cocina.

Allie se apoyó en la fregadera.

—No me importa que se lleve toda la platería, si es capaz de confeccionar una comida decente. En esos potes y bandejas hay más alimentos de los que percibe el ojo —volvió la cabeza y miró hacia el patio posterior—. Y hablando de las cosas que puede percibir el ojo —observó—, si miráis hacia el Este, veréis a Ariel tratando de salir del coche de tía Pat.

Los muchachos se echaron a reír. A Ariel le costaba gran trabajo liberar sus enormes patas del interior del pequeño auto de tía Pat, la famosa «Corvette» color púrpura. El larguirucho individuo se retorcía hacia un lado con grandes esfuerzos, hasta que por fin obtuvo su objetivo, saltando al suelo y alisándose la camisa, muy arrugada.

—Me gustaría saber qué persigue —murmuró Allie.

Ariel abrió la puerta trasera de la casa y entró. Posó sus acuosos ojos por un instante en la muchacha y reanudó su camino sin hablar.

Allie se interpuso en su paso.

—Señor Ariel, creo que todavía no le he presentado a mis amigos.

Ariel pareció tremendamente enfadado, pero se detuvo y

permitió a Allie se los presentase. Cuando Bob, amistosamente, le tendió su mano, Ariel dejó que le estrechase la suya, floja y blandengue. Una vez terminadas las presentaciones, dio la vuelta en torno a Allie, como si fuese un poste de circulación, y continuó hacia el vestíbulo, cerrando tras sí la puerta de la cocina.

—¿Qué os parece? —inquirió Allie—. Eso es todo lo que siempre consigo de él. Se comporta como si yo fuese una… una… cosa… un objeto. Quisiera verle lejos de aquí, incluso sin ese horrible cántico…

—¡Señor Ariel! —gritó la voz de tía Pat, alta y excitada—. ¿Lo ha conseguido?

Allie fue hacia la puerta de la cocina, se inclinó ligeramente y aplicó el oído al resquicio resultante.

—No tiene por qué estar ansiosa —la tranquilizó Ariel, hablando desde el vestíbulo—. Los deseos de la hermandad… los deseos de usted, se verán cumplidos. Se ha entregado la serpiente. Todo está en manos de Belial. Usted sólo tiene que esperar.

—¡Pero el día veintiuno no queda lejos! —protestó tía Pat—. ¿Está seguro de que hay tiempo? Oh, tal vez sea un capricho tonto, pero lo quiero, y si Margaret Compton llega allí antes…

—¿Vacila su fe? —preguntó Ariel.

El tono de su voz era severo.

—¡Claro que no! —negó rápidamente tía Pat—. Creo profundamente.

—Entonces, excúseme —dijo Ariel—, ya que ahora he de descansar. Esos negocios son agotadores.

—Lo comprendo —musitó tía Pat.

Ariel subió por la escalera.

—Por lo visto, piensa dormir otro día entero —se quejó Allie—. ¡Vaya gandul!

—La serpiente ha sido entregada —repitió Jupiter—. ¿Qué habrá querido decir con esto?

—¿Que alguien envía serpientes por correo? —sugirió Pete.

Allie meneó la cabeza.

—Tía Pat odia a las serpientes. Se trata de un modo de hablar. Dicen una cosa y quieren decir otra muy diferente. La otra noche dijeron que la serpiente puede hacer oír su voz a muchos kilómetros de distancia, ¿os acordáis?

—Y todos lo oímos, exacto —asintió Jupiter—. Y todos oímos también el cántico, rumor o lo que sea.

—Y no era una serpiente —insistió Allie—. Las serpientes no cantan.

—Pero ocurre algo aquí —observó Jupe—. Algo que está relacionado con Hugo Ariel, la casa de Torrente Canyon y ese extraño canto. Y todo puede tener relación también con el criado nuevo. Por el momento, sólo podemos vigilar y aguardar. Si sucede algo fuera de lo corriente, comunícanoslo. Yo he de volver al Patio Salvaje.

—Y yo tengo trabajo en la biblioteca local —adujo Bob.

—Por mi parte, aún tengo que podar el jardín —añadió Pete.

—¡Vaya un trío de detectives privados! —se burló Allie—. Todos tienen trabajo en otro lado. Está bien. Id a vuestros quehaceres, si todo no se trata de escalar muros y caer a la otra parte, y ya os avisaré si ocurre algo.

Los muchachos apuraron sus botellines de soda y se separaron al salir, con destino a sus respectivas ocupaciones. Cuando Jupiter llegó al Patio Salvaje, tía Mathilda estaba dando órdenes a Hans y Konrad, que descargaban el mayor de los dos camiones.

—Jupiter, te necesito —le dijo tía Mathilda.

—Sí, tía.

—Tu tío Titus ha perdido la cabeza. ¡Mira qué ha comprado!

Jupiter lo miró. El camión estaba cargado con estufas de hierro viejas.

—¡Estufas sólo buenas para quemar maderas! —resopló tía Mathilda—. ¡En estos tiempos! Se hallaban en un almacén del este de Los Ángeles, que iban a derribar. Tu tío dijo que eran tan baratas que no podía dejarlas allí. Oh, Jupiter, ¿crees que las venderemos?

—Ya hallaremos un medio.

—Bueno, ayuda a Hans y a Konrad a descargar el camión, y ponlas en algún lugar donde yo no las vea. ¡Vaya una idea!

Tía Mathilda se alejó refunfuñando y Jupiter dedicóse a ayudar a Hans y Konrad a descargar las estufas y a almacenarlas en un rincón al fondo del Patio. Era una labor lenta, ya que las estufas pesaban mucho y tenían unas puertecitas que a cada instante se abrían. Después de almorzar hubo otros trabajos que realizar. Jupe trabajó hasta las tres, y entonces cruzó la calle hacia su casa para

tomar una ducha. Halló a su tío Titus muy enfrascado ante el noticiario que daban por televisión.

—¡Es terrible! —exclamó su tío al verle.

—¿Terrible… qué?

—Las cosas que hace la gente en las carreteras… ¡Fíjate en esto!

En la pantalla de televisión, Jupiter contempló una escena ya excesivamente familiar. Un coche se había estrellado contra un saliente de un puente, en la carretera de Hollywood. El patrullero de la policía estaba dirigiendo el tráfico junto al aparatoso choque.

La voz del locutor se unió a la imagen.

—La conductora del auto, la señora Margaret Compton, fue llevada al hospital Ángel de la Merced, donde han informado que su estado no es grave.

—¡La señora Margaret Compton! —repitió Jupe sobresaltado.

—¿La conoces? —preguntó su tío.

—He… he oído su nombre, tío Titus —balbuceó Jupe—. Oh, perdona, he de llamar a una cliente.

Capítulo 9

Una reunión secreta

A las siete de aquella noche, Jupiter salió de casa y se dirigió al Patio Salvaje de los Jones. Le había comunicado a su tía que tenía que terminar un trabajo en el taller, por lo que tal vez volvería tarde. Sin embargo, al llegar al taller, Bob y Pete le esperaban ya con sus bicicletas.

—¡Hemos de reunimos con Allie en la Cueva de Swanson! —anunció Jupe rápidamente.

—¿Salimos por la Puerta Verde número Uno? —preguntó Bob.

—Será mejor —asintió Jupe—. Está bastante lejos de casa y tía Mathilda no nos verá.

Pete se dirigió a un lugar de la valla, no lejos del taller, y metió dos dedos dentro de una hendidura. Empujó, y se separaron dos tablas. Pete se asomó a la calle, miró arriba y abajo, y anunció que no había moros en la costa. Jupe cogió su bicicleta, que estaba apoyada contra la imprenta, y los tres muchachos se deslizaron por la abertura.

Cuando las tablas volvieron a estar juntas, Bob se detuvo para contemplar pensativamente la valla. Lo mismo que la parte del fondo, la parte delantera de la valla estaba recubierta de pinturas debidas a los artistas de Rocky Beach. Precisamente en aquel lugar se veía una escena de tormenta oceánica, con una embarcación velera que luchaba entre enormes olas. En primer plano, casi bajo la mirada de Bob, un pez levantaba su cabecita para contemplar a la nave.

—Allie se enteró del secreto de la Entrada Roja Rover —murmuró Bob tristemente—. Ojalá no haya husmeado un poco y

haya descubierto esta entrada. No me gustaría que supiese que este pez señala el sitio donde se abre la Puerta Verde número Uno.

—Si lo descubriera —replicó Jupiter Jones—, tendríamos que clausurar dicha entrada y construir otra. Por ahora, no hay que inquietarse. Tenemos una emergencia por delante.

—De acuerdo —se conformó Pete—, vámonos.

Los muchachos montaron en sus bicicletas y pedalearon calle abajo, alejándose de la casa de los Jones y el Patio Salvaje, hasta llegar a la Coast Highway. Cinco minutos más de pedaleo les dejó en la Cueva de Swanson. Allie Jamison ya estaba allí, apoyada en un saliente rocoso de la arena. Cerca se hallaba la yegua de la joven, con las riendas colgando.

—Margaret Compton ha tenido hoy un accidente en la carretera —exclamó Allie al verles.

—Se lo he contado a Bob y a Pete —repuso Jupiter. Sentóse frente a la joven—. ¿Cómo está tu tía? ¿Qué ha ocurrido desde que hablé contigo por teléfono?

—Está muy trastornada. Llora constantemente. No ha dejado de llorar desde que se enteró del accidente por el noticiario.

Bob se recostó en la roca.

—El asunto se mueve, ¿eh? —comentó.

—Y muy de prisa —afirmó Jupe—. Fue solamente esta mañana cuando Hugo Ariel le dijo a la señorita Osborne que había sido entregada una serpiente y que sus deseos se verían cumplidos. Y esta noche, la señora Compton está en el hospital con algo mucho más serio de que preocuparse que la subasta de los bienes del Castillo. No podrá estar presente en la subasta para quedarse con la bola de cristal tan codiciada por la tía de Allie.

—Tía Pat no lo quería de ese modo —declaró la muchacha—. Cuando se enteró del accidente empezó a chillar: «¡Podía haberse matado, y la culpa hubiera sido mía!». Ariel la ayudó a subir a su habitación, y cerraron la puerta. Claro que yo estaba en el vestíbulo y escuché.

—Claro —confirmó Pete.

Allie no le hizo caso.

—Mi tía dijo que ella ignoraba que el asunto tomaría este cariz —prosiguió Allie— Ariel replicó que había sido el deseo de mi tía, y que había llegado el momento de que ella hiciera algo. No lo

entendí muy bien, pero fuese lo que fuese, mi tía se negó a hacerlo. Ariel objetó que ya no podía esperar más, aunque al final prometió tener un poco más de paciencia… pero no mucha. Poco después, él salió y bajó al salón. Cuando Ariel no estuvo a la vista subí a la habitación de mi tía, pero no quiso contarme nada. Me despidió casi con malos modos, y me marché… pero no muy lejos.

—Te quedaste en el vestíbulo —adivinó Pete.

—Seguro, y oí cómo mi tía hablaba por teléfono. Pidió hablar con el señor Van Storen.

—¿Cuánto tardaste en ponerte en el otro aparato? —preguntó Jupiter.

—Demasiado —confesó Allie—. Cuando cogí el receptor de abajo, mi tía le estaba diciendo a alguien que le enviaría el criado nuevo con una carta de autorización, y una voz masculina contestó: «Muy bien, señorita Osborne». Después, ambos colgaron.

—¿Y luego? —la instó Bob.

—Luego, oí cómo mi tía se movía por arriba. Llamó a Bentley, el cual subió, y cuando volvió a bajar se iba metiendo en un bolsillo un paquetito envuelto en papel manila. Salió, marchándose en el coche de tía Pat. Me dijo que iba a cumplir un encargo.

—¿Le interesó esto a Ariel? —Quiso saber Jupe.

—Le interesó mucho —afirmó Allie—. Subió la escalera como una exhalación. Tía Pat ya le aguardaba. Oí cómo él le chillaba a ella y cómo ella le chillaba a él. Tía Pat explicó que había enviado a Bentley a Beverly Hills para recoger una crema especial para la cara. Nada más.

—¿La creíste?

—No, ni tampoco Ariel. Pero Bentley regresó más tarde con la crema facial, de forma que Ariel no pudo protestar. Pero era una mentira. Tía Pat no se pone cremas en la cara, compradas en perfumerías. Ella misma se prepara una con pétalos de rosa, glicerina y algo más.

—¿Interrogaste a tu tía? —preguntó Jupe—. ¿O hablaste con Bentley?

—No necesité hacer nada de eso —replicó la muchacha—. Sé adonde fue Bentley. El señor Van Storen es un socio de la firma Van Storen y Chatsworth de Beverly Hills. Es joyero de mucha fama. Asimismo, conozco al combinación de la caja de seguridad que hay

en el dormitorio de mamá, de modo que la abrí. Faltaba el collar de mamá.

Los muchachos permanecieron sentados unos instantes en la arena, en silencio, reflexionando sobre aquella noticia.

Jupiter fue el primero en hablar.

—¿Quieres decir que tu tía le entregó el collar que en otros tiempos perteneció a la emperatriz Eugenia a un hombre al que apenas conoce, para que lo llevase a los joyeros?

—Jamás dije que mi tía fuese inteligente —se disculpó Allie—. Es una mujer mayor, y por eso se supone que tiene el sentido de la responsabilidad. Seguramente, fue por esto que mamá le dio la combinación de la caja… a fin de que pudiese salvar el collar si ocurría algún accidente, como un incendio.

—¿Está enterada tu tía de que tú sabes que ha desaparecido el collar? —preguntó Bob.

—Claro. La atosigué tan pronto como la encontré sola. Pero afirma que mamá le pidió que llevara el collar a los joyeros para que lo limpiasen, en tanto ella estaba en Europa.

—No es una historia verosímil, ¿verdad? —Quiso saber Jupe.

Allie hizo una mueca de tristeza.

—No es ninguna cosa urgente que limpien un collar —razonó—. Y mi tía no necesitaba enviar a Bentley con el coche. Van Storen habría podido enviar a buscarlo.

—O sea, que tu tía se vio en un conflicto para llevar el collar a los joyeros sin que se enterase Ariel —reflexionó Jupiter—. Bien, creo que podemos llegar a varias conclusiones.

—¿Por ejemplo…?

—Primero, por lo que tu tía dijo respecto al accidente sufrido por Margaret Compton, fue causado, o ella así lo cree, porque deseaba que la pobre mujer no la superase en la subasta. Invocó para ello el poder de la hermandad. Y ahora se siente culpable.

Jupiter miró a sus compañeros como pidiendo su aprobación antes de continuar.

—Segundo, Ariel ejerce cierta presión sobre ella. Ha dejado de representar el papel de invitado distinguido y trata de sacarle algo. ¿Vio salir al criado con el paquete?

—No —denegó Allie—. Sólo vio entrar a Bentley en el coche y arrancar.

—¿Sabe que el collar estaba guardado en la caja fuerte?

—No lo sabe, o al menos eso creo. Jamás ha intentado acercarse a la caja. Sólo quiso saber por qué tía Pat había enviado a Bentley a un recado.

—Lo que nos enfrenta de nuevo con el misterioso Bentley —meditó Jupiter—. ¿Es el mismo hombre que estaba escondido aquella noche en el garaje, mientras tu tía estaba reunida con la hermandad? ¿O es un desconocido que se enteró de que no teníais criados? Y si es el mismo que me derribó al suelo, ¿qué hace en tu casa? Sabemos que, por lo menos, no es cómplice de Ariel, ya que en tal caso, éste no necesitaría sospechar de él.

Jupe se quedó reflexionando, tironeándose del labio, como era costumbre suya cuando meditaba profundamente.

—Hay varias cosas que debemos descubrir inmediatamente —decidió—. Ante todo, si el collar ha sido entregado a los joyeros.

—¡Diantre! —exclamó Allie—. ¿Por qué no se me ocurriría esta tarde? ¡Pude llamar a Van Storen inmediatamente!

—Mañana por la mañana —le ordenó Jupiter—. Puedes llamar desde el Patio Salvaje, y así nadie te oirá. Por la mañana también, hemos de averiguar si el accidente de Margaret Compton está verdaderamente relacionado con la hermandad. Por ejemplo, si Ariel le entregó una serpiente.

—¡Pero tía Pat jamás le enviaría a nadie una serpiente! —protestó Allie—. No le gusta Margaret Compton, pero jamás desearía para ella una cosa semejante. ¡Ni a su peor enemigo le enviaría una caja con una serpiente!

—Entonces, ¿qué fue entregado?

—No lo sé.

—Ariel dijo que tu tía no tenía por qué preocuparse —recordó Bob—, porque todo estaba en manos de Belial. Bien, busqué en la biblioteca y vi que Belial es el nombre de un demonio. Ariel también mencionó la otra noche al doctor Shaitan. Lo busqué asimismo y hallé que Shaitan es otro nombre aplicado a Satanás.

—¡Demonios y serpientes! —Se estremeció Pete—. ¡Mala combinación!

Allie estaba sentada en la arena, cogiéndola con las manos y dejando deslizarse por entre sus dedos.

—¿En qué estará mezclada tía Pat? —reflexionó.

—No lo sabemos —respondió Jupe—, pero podría ser algo espantoso.

Capítulo 10

La cobra dorada

Allie se presentó a la mañana siguiente en el Patio Salvaje con aspecto de no haber pegado un ojo en toda la noche. Los Tres Investigadores esperaban a la joven cerca de la oficina del patio.

—Tía Pat sigue llorando —informó ella—. Ariel duerme, como novedad. Y Bentley está lavando las ventanas.

—Tía Mathilda —replicó Jupe—, está lavando los platos del desayuno, de forma que podemos utilizar el teléfono del despacho para llamar a los joyeros.

Allie no vaciló. Se instaló ante la mesita del despacho, marcó el número de la joyería y fingió de modo excelente la voz de su tía Pat, preguntando cuándo estaría listo el collar de la emperatriz Eugenia. Escuchó unos instantes y replicó:

—Muy bien, gracias.

Luego, colgó.

—Tienen el collar —les comunicó a los chicos—. Me han dicho que tardarán varios días y que ya nos notificarán la fecha de entrega. ¡Qué alivio!

—De modo que está seguro —respiró Jupiter— y, sea lo que sea el criado nuevo, al menos no es un ladrón de joyas. Ahora tenemos que averiguar si en la vida de la señora Compton, del día de ayer, figuró una serpiente.

—No supondrás que Ariel pusiera una serpiente en el coche de la señora Compton, ¿verdad? —exclamó Pete.

Allie se estremeció.

—Una serpiente causaría un susto suficiente para despeñar un auto por un puente —contestó Jupe—. Sin embargo, ya veremos.

—¿Qué piensas hacer? —Quiso saber Allie.

—Por mi parte —intervino Bob antes de que respondiese Jupiter—, iré a la biblioteca y buscaré todo lo relativo a las serpientes, los demonios y cultos extraños.

—Pete y yo iremos al hospital a visitar a la señora Compton —decidió Jupiter—. Hans se marcha a Los Ángeles con la camioneta pequeña y podremos ir con él.

Allie se levantó y se dirigió a la puerta del despacho.

—Me marcho a casa y vigilaré a todo el mundo.

—Ya te llamaremos —le prometió Jupiter.

La joven asintió y se marchó. Poco después, Hans detuvo la camioneta a la puerta del despacho.

—¿Listos? —preguntó.

Jupe y Pete treparon a la cabina, junto a Hans. Permanecieron callados durante el trayecto hasta Los Ángeles, cada cual sumido en sus propios pensamientos. Al llegar al Boulevard Vermont, Jupe le pidió a Hans que parase delante de una tienda de flores. Allie compró una violeta africana con varios capullos, y escribió algo en una tarjeta. Hans, luego, llevó a los muchachos al hospital del Ángel de la Merced.

Detuvo la camioneta delante del hospital.

—¿He de esperarme? —Quiso saber—. Además, ¿qué vais a hacer?

—Necesitamos hablar con una señora respecto a una serpiente —le informó Jupe.

Hans tragó saliva.

—Bueno, Hans, no hagas preguntas —dijo Pete—. Serás mucho más feliz si no sabes nada.

Jupe saltó del camión.

—Es preferible que entre yo solo —decidió—. No necesitamos llamar demasiado la atención.

—Está bien —se conformó Pete—. Aguardaré con Hans.

Jupe subió la escalinata del hospital con la violeta en la mano.

—¿La señora Margaret Compton? —preguntó en recepción—. ¿Puede recibir visitas?

La recepcionista consultó un archivo.

—Sala 203, ala Este —informó—. El ascensor está al fondo del pasillo, a la derecha.

Jupiter le dio las gracias y recorrió el pasillo, hasta llegar al ascensor, que lo condujo a la primera planta. La puerta del ascensor le dejó delante de una salita de enfermeras, donde reinaba una intensa actividad, mientras un médico hablaba por teléfono, una ayudante dejaba una bandeja de vasos pequeños, y una enfermera no hizo caso de Jupiter.

El muchacho carraspeó un poco.

—La señora Margaret Compton, de la sala 203. ¿Puede recibir visitas?

La enfermera consultó unos diagramas.

—Acaban de administrarle un sedante —repuso con severidad.

—O… —Jupiter Jones se fingió muy compungido—. Bien, ya volveré —vaciló un poco—, pero me gustaría ver a tía Margaret, y esta tarde he de trabajar. Si no llego a tiempo a la cafetería me quitan parte de la paga.

—¡Oh, está bien! Un momento. Veré si puede recibirte, chico.

La enfermera se alejó por el corredor con un susurro de faldas de nilón. Volvió al cabo de medio minuto.

—Está despierta. Entra, pero no te quedes mucho tiempo. Necesita dormir mucho.

Jupe le aseguró que estaría muy poco y corrió casi hacia la sala 203. La puerta ya estaba abierta. Sólo había un lecho, con una mujer tendida en el mismo, una mujer de faz rubicunda, ojos adormilados y una mata de pelo blanco. Estaba firmemente sujeta por un enyesado que abultaba bajo las mantas, y le llegaba desde el pie a la cintura.

—¿La señora Compton? —preguntó Jupiter.

Los ojos grises, de gruesos párpados, de la herida, se posaron en la violeta africana que sostenía Jupe.

—¡Oh, qué bonita! —murmuró la señora Compton.

—Es una violeta especial —repuso Jupiter—. Es de Western Flower Mart, y el cliente que la adquirió se mostró muy ansioso de que se la entregásemos a usted directamente.

La mujer buscó bajo la almohada y sacó el estuche de unas gafas, que se caló.

—La tarjeta, por favor, dame la tarjeta.

Jupiter dejó la planta en la mesilla de noche y le dio la carta a la mujer. Ésta bizqueó un poco y al fin consiguió enfocar la vista en la

escritura.

—«Con mis mejores deseos para su pronta curación» —pudo leer.

La mujer pareció extrañada y le dio varias vueltas a la cartulina entre sus dedos.

—No está firmada.

Jupiter lo sabía mejor que ella.

—Igual que lo de ayer —continuó Margaret Compton—. También había una tarjeta sin firmar. ¡Qué descuido no firmar las tarjetas o las cartas!

—Tal vez yo pueda ayudarla —se ofreció Jupe—. El caballero que compró esa flor era alto y delgado. Con el pelo negro y el rostro muy pálido.

—Hum… —gruñó la señora Compton. Parecía a punto de dormirse.

Jupiter buscaba en su cerebro algún medio de introducir las serpientes en la conversación. De pronto, la enferma se incorporó levemente.

—¡Es gracioso! El hombre que ayer me entregó la cobra también era así. ¿Pero quién… quién…?

—¿Una cobra? —repitió Jupiter Jones.

—Sí… Oh, muy bonita… muy…

La señora Compton pareció volver a quedarse dormida. Jupiter la urgió con rapidez:

—¿Una cobra? ¡Qué raro! ¿Colecciona usted reptiles?

La enferma abrió los ojos.

—¡No, oh, no! ¡Y menos cobras! Claro que ésta era un brazalete. Corrientemente, no me gustan… —cerró los ojos un segundo.

—¿Corrientemente no le gustan los objetos en forma de serpiente?

—No, las serpientes son horribles. Pero el brazalete era… era precioso. Y me lo puse. Ojalá supiera quién me lo envió —la mano de la herida se dirigió hacia el cajón de la mesita de noche—. Te lo enseñaré. En mi bolso.

Jupiter abrió el cajón y le entregó a la señora Compton un pequeño bolso que encontró. Ella hurgó con la cerradura, lo abrió y rebuscó dentro.

—Mira…

—Muy interesante —comentó Jupiter.

Sacó el brazalete y le dio vueltas en su mano. Sí, era muy interesante: un aro de metal dorado con una abertura que permitía deslizado a la muñeca. Junto a la abertura, el arco dorado estaba decorado con un cabeza de cobra. Los ojillos de la serpiente eran unas diminutas piedras preciosas. Detrás de la cabeza, el aro de metal se achataba, formando la caperuza de la cobra, adornada con verde y azul de esmalte.

Jupiter pasó un dedo por el interior del brazalete. Estaba completamente liso.

—¿Lo llevaba ayer en el coche?

—Sí, lo llevaba. ¿Fue ayer? Oh, parece que haga ya tanto tiempo… —la enferma volvió la cabeza y cerró los ojos—. ¡Qué accidente tan estúpido! ¡Salirse una rueda de este modo!

—Se salió una rueda del coche, ¿eh? —se interesó Jupiter—. ¿No hubo nada más? ¿Nada en el coche?

La mujer volvió a abrir los ojos.

—¿Nada en el coche? No. Sólo la rueda. Se salió. La vi rodando por la carretera, hacia el puente y… y…

Hubo un susurro junto a la puerta, detrás de Jupe. El chico se volvió y vio cómo la enfermera le miraba muy enojada.

—Ya me voy —tartamudeó Jupe. Le devolvió el brazalete a la señora Compton—. Espero que le guste la violeta —dijo dulcemente, saliendo al corredor.

—Te dije que no estuvieses mucho rato —le riñó la enfermera.

—Lo siento… Sólo pensaba hablar con ella un segundo.

Fue hacia el ascensor, descendió y salió del hospital.

—¿Hubo suerte? —preguntóle Pete cuando Jupiter llegó a la camioneta—. ¿Te ha ayudado en algo?

—Sí, me ha ayudado mucho —asintió su amigo, trepando a la camioneta—. Tenía la serpiente consigo.

—¿Una serpiente? —Se asustó Hans—. ¿Puede tener una serpiente en el hospital?

—No es una serpiente de veras, Hans —le tranquilizó Jupiter—. Es un brazalete con la cabeza de una cobra.

—Puede tratarse de un truco —sugirió Pete—. Los Borgia tenían anillos con huecos secretos donde había veneno, y una aguja que salía disparada, matando a sus enemigos.

Jupiter meneó la cabeza negativamente.

—He examinado atentamente el brazalete. No tiene ningún truco. Es sólo un brazalete, que Hugo Ariel le entregó personalmente a la señora Compton. Y, aparte del brazalete, no había ninguna serpiente en el auto de la pobre mujer. El accidente se debió a que una rueda se salió y el auto perdió la dirección. Y si alguien puede jurarme que un brazalete inofensivo puede lograr que una rueda se salga de un coche, me comeré de buena gana todas las estufas de hierro que ha comprado mi tío Titus.



Capítulo 11

Los documentos secretos de Bentley

Cuando Jupe y Pete regresaron al Patio Salvaje y entraron en el taller, parpadeaba la luz situada encima de la imprenta, lo cual significaba que estaba llamando el teléfono del puesto de mando.

—Debe de ser Allie —observó Jupe—. Le di nuestro número privado.

Pete empujó a un lado el enrejado que ocultaba el Túnel Dos y se arrastró por el tubo ondulado hacia el puesto de mando. Cuando Jupe le siguió, trepando después por la trampilla que daba entrada al viejo remolque, Pete estaba ya telefoneando.

—Sí, tenía una serpiente, pero era sólo un brazalete —explicaba Pete—. Esto no pudo hacerle ningún daño.

Pete escuchó unos instantes. La voz de Allie llegó a los oídos de Jupiter como un murmullo excitado.

—La rueda se salió del coche —siguió Pete—. No ocurrió nada más. Fue un accidente, sí.

Allie calló unos momentos y luego dijo algo que obligó a Pete a fruncir el ceño.

—¡Pero nosotros acabamos de volver! —protestó.

El teléfono volvió a murmurar por algún tiempo. Pete suspiró y atrajo hacia sí un cuaderno y un bolígrafo para anotar unas señas.

—De acuerdo —asintió finalmente—. Después de cenar.

Colgó.

—¿Qué pasa? —Quiso saber Jupiter.

—Allie llamaba desde el teléfono de la cocina —le contó su amigo—. Me ha dicho que Ariel y su tía están encerrados en la biblioteca, y que Bentley ha ido de compras. Bentley le ha dado

unas cartas de referencias. Una es de una mujer de Brentwood, que tuvo que abandonar la ciudad cuando trasladaron a su marido a Kansas City, y la otra era de un profesor de Arcadia. Allie intentó llamar a Kansas City, pero la mujer no tiene teléfono… al menos que figure en el listín. También quiso hablar al profesor de Arcadia, pero el teléfono ha sido desconectado.

—No resulta muy tranquilizador —observó Jupe—. Debió indagar con respecto a Bentley antes de contratarle.

—Pues no lo hizo y quiere que ahora lo hagamos nosotros —declaró Pete—. Le dijo a Bentley que necesitaba rellenar un formulario para la Seguridad Social a fin de poder abonar el descuento del seguro social de su sueldo, y el criado le dio la dirección de su casa. Está en el 1854 de North Tennyson, en Santa Mónica. Allie quiere que vayamos allá ahora mismo y averigüemos si realmente posee Bentley allí una casa, así como cualquier otro dato que podamos conseguir.

—¿Y tú le contestaste que lo haríamos después de cenar, verdad?

—Exacto. ¡Si no llego pronto a casa para la cena, mamá me soltará una buena regañina!

—Tía Mathilda también se impacienta ya un poco —asintió Jupiter—. Sí, tienes razón. Después de cenar será la mejor hora para ir a Santa Mónica.

—Ya. Allie dice «rana» y nosotros saltamos —observó Pete.

—Es «nuestra» cliente —replicó Jupe—. No debió contratar a Bentley siguiendo sus impulsos, pero lo hizo, y ahora desea saber algo más de él. Y está en lo cierto. Llamaré a Bob y le pediré que se reúna con nosotros en la carretera, delante del mercado, a las siete. ¿Te va bien a ti esa hora?

—Sí, claro.

—Entonces, hasta las siete —dijo Jupiter.

Y a dicha hora, los Tres Investigadores iban ya montados en su bicicletas por la Coast Highway, hacia Santa Mónica. North Tennyson, cuando lo hubieron localizado con ayuda de un plano local, resultó ser una especie de patio abierto a la calle Undécima. El 1856 era un edificio estucado, con un tejado de tejas coloradas. Un cartel colocado en el jardincito indicaba que el número 1854, que era la dirección dada por Bentley a Allie, se hallaba al fondo.

—Un apartamento con garaje —anunció Jupe—, ya lo veréis.

Siguió por una estrecha avenida y no tardó en volver, asintiendo.

—Un apartamento arriba, encima de un garaje para dos coches.

—¿Cómo averiguaremos si Bentley vive realmente aquí? —inquirió Pete—. Ahora, está en casa de los Jamison.

—Preguntaremos por él en la otra casa —decidió Jupiter—. Podemos ser… veamos… sí, amigos de su sobrino Freddie. Acabamos de llegar de Westwood y hemos deseado visitarle.

—No está mal para iniciar una conversación —concedió Bob.

Jupiter se dirigió hacia la puerta principal del edificio de estuco y tocó el timbre. Esperó casi un minuto y volvió a llamar. Nadie acudió a la puerta.

—Se fastidió tu gran idea —sonrió Pete.

Jupiter cogió su bicicleta, la condujo por la estrecha avenida y regresó al garaje.

—Vamos a suponer que Bentley vive aquí —dijo—. Casi siempre es posible enterarse de muchas cosas, respecto a un individuo observando simplemente el sitio donde vive.

—¿Vamos a colarnos ahí dentro? —preguntó Pete.

—Podemos atisbar por la ventana —replicó Jupe.

Atisbar por la ventana del apartamento situado encima del garaje resultó muy sencillo. Un tramo de escalera que se iniciaba al lado del garaje en un pequeño rellano. Y allí, junto a la puerta del apartamento, había una ventana con la persiana levantada.

—¡Vaya suerte! —exclamó Jupiter, presionando la nariz contra el cristal.

Pete se colocó a su lado para mirar también, y Bob se alzó sobre las puntas de sus pies para ver por encima del hombro de aquél.

Los últimos rayos del sol poniente se reflejaban desde una ventana del edificio fronterizo, yendo a dar precisamente sobre la pared opuesta del interior del apartamento, donde había unas estanterías repletas de libros. Los muchachos divisaron una mesa de trabajo llena de carpetas de archivo y más libros, una máquina de escribir en una mesita auxiliar, una silla giratoria y una lámpara de pie. También había un diván cubierto con una tela marrón.

—Más parece un despacho que una vivienda —observó Pete.

Jupiter se apartó de la ventana.

—A nuestro misterioso criado le gusta leer —decidió—. También le gusta escribir.

Bob lanzó un silbido.

—¡Y vaya títulos! —exclamó—. Me refiero a los de la mesa. Tiene «Brujería, medicina antigua y magia». Esta obra es nueva. Nosotros la recibimos en la biblioteca esta misma semana, y su precio es de diez dólares con noventa y cinco centavos. También tiene, según he visto, «Vudú, rito y realidad».

—¿Algo sobre serpientes? —Quiso saber Pete.

Jupiter probó el tirador de la puerta, pero no giró. Después examinó la ventana.

—No está cerrada —anunció.

Miró a sus dos amigos. Pete inspeccionó el patio desierto que rodeaba al garaje, y Bob la casa de estuco.

—Iremos a la cárcel si nos atrapan —se asustó Pete.

—No nos dejaremos atrapar —le tranquilizó Jupiter, levantando ya el cristal de la ventana, casi sin el menor ruido.

Un segundo más tarde, Jupiter se hallaba en el interior del apartamento, con Bob y Pete a su lado.

Además de los libros de magia, que Bob había visto sobre la mesa, los muchachos examinaron las estanterías cargadas de relatos sobre ritos de los pueblos primitivos, volúmenes sobre folklore antiguos y varias obras referentes a la magia negra, tal como se practica actualmente en las ciudades modernas.

—Ese individuo debe estar muy a gusto con tía Pat y Hugo Ariel —comentó Pete.

—Si realmente se ha tragado todos estos libros, merece todos mis respetos —añadió Bob—. Hoy traté de leer algunos en la biblioteca y me resultaron sumamente pesados… ¡una lata!

—Ya, Bentley es una autoridad en ocultismo —estableció Jupiter —. Resulta rarísimo que una autoridad en ciencias ocultas se dedique a criado.

Jupiter se inclinó hacia la mesa de trabajo y empezó a leer las etiquetas de las carpetas allí amontonadas. Había un archivo rotulado como «Clientes de Mará», y otro señalado como «El Triángulo Verde». También había una carpeta etiquetada como «La Hermandad del Círculo Inferior». Era una carpeta muy gruesa.

—No me extraña que ésta fuese «nuestra» hermandad —Jupiter

abrió la carpeta—. ¡Oh, claro que sí!

—¿Qué pasa? —preguntó Bob con curiosidad.

Jupe extrajo de la carpeta dos hojas de papel.

—Aquí hay una serie de notas referentes a la señorita Patricia Osborne. Bentley la encuentra muy interesante. Por ejemplo, en esta hoja indica que la tía de Allie ha pertenecido a más de cinco sectas extrañas en los últimos diez años, que está suscrita a dos revistas astrológicas, y que estuvo en la India para estudiar bajo la dirección de un filósofo. El viaje por la India no duró mucho, ya que la señorita Osborne no halló grato el yoga. También una nota que indica que la tía de Allie se trasladó a casa de los Jamison en Rocky Beach en mayo, y que Hugo Ariel llegó allí hace poco.

—¿Algo más? —inquirió Pete. Jupiter sacó otra hoja de papel.

—Esto es un informe de una agencia de créditos. Hay una lista de los bienes de la señorita Osborne, que son muy escasos. No se considera una mujer rica.

—¿Está Bentley interesado en el dinero? —le preguntó Pete.

Jupiter estudió otros papeles de la carpeta.

—Así parece. Hay un informe similar relativo a Noxworth, el dueño de la charcutería. También tiene una propiedad en Los Ángeles. Por lo visto, vale mucho más de lo que indica su aspecto.

—¿La dama del vestido naranja?

—¿La peluquera Madelyn Enderby? —Jupe repasó el archivo—. Ha pertenecido a varias sociedades muy raras. La peluquería es de su plena propiedad y sus ingresos son cuantiosos. Posee una cuenta con un corredor de bolsa en el Valle de San Fernando.

—¿Hay alguien más que conozcamos? —Quiso saber Bob.

—La dama que posee la tienda de alimentos vegetarianos —asintió Jupe—. Esa tienda debe resultar muy lucrativa, ya que ha solicitado un préstamo para instalar otra. Aquí hay también varios informes sobre personas que no conocemos.

—Magia y brujería —Bob tocó los libros de la mesa—. Y dinero…

—Tal vez todo junto —observó Jupiter.

Pete abrió el cajón de la mesa. Estaba vacío, aparte de unos papeles unidos por clips y un magnetófono en miniatura. Había una cinta colocada en los rodillos.

—Me gustaría poseer este magnetófono —exclamó Pete—. Se

puede llevar en un bolsillo.

Bob cogió el aparato.

—Es estupendo —alabó—. Funciona con pilas. No tiene enchufe.

Apretó un botón de un extremo y se abrió un compartimiento. Dentro había un diminuto micrófono.

—Perfecto —ponderó Bob—. Un magnetófono en miniatura puede esconderse en cualquier parte, sobre todo si posee un micrófono muy sensible. Probablemente, ni el Servicio Secreto posee algo mejor.

—¿Qué habrá grabado en esa cinta? —preguntó Jupe—. Bob, ¿cómo retrocede la cinta?

Bob manipuló unos instantes en el magnetófono, hasta lograr que la cinta hubiese retrocedido hasta el final. Luego, cambió de posición la palanca. El magnetófono dejó oír unos crujidos y ruiditos preliminares, y después, los Tres Investigadores escucharon una voz que decía:

—Podemos empezar.

—¡Es la voz de Ariel! —murmuró Bob.

—Esta noche no estamos presentes todos los miembros de la hermandad —continuó la voz de la grabación—. Es posible que no logremos nada o que el doctor Shaitan nos envíe sus espíritus. La voz de la serpiente puede hablar a través de muchos kilómetros.

—¡Bentley espiaba en casa de Allie! —exclamó Pete.

—Debió esconder este aparato muy cerca del comedor —dedujo Bob.

Los chicos escucharon la voz áspera de Madelyn Enderby y las quejas de Noxworth, el dueño de la charcutería. Oyeron de nuevo el deseo expresado por tía Pat, respecto al alejamiento de Margaret Compton.

Después, terriblemente claro en el silencio de la habitación, oyeron el cántico. El mismo cántico que tanto había asustado a Marie, y que había inducido a Allie a pedir ayuda a los Tres Investigadores.

—La voz de la serpiente —susurró Jupe.

Bob sintió un escalofrío y dejó rápidamente el magnetófono sobre la mesa, pero la pavorosa cantinela sin ritmo ni melodía, prosiguió interminablemente.

La cinta llegó lentamente a su final. El terrible cántico se

desvaneció en un sollozo bajo, hasta extinguirse. Cuando la diminuta maquinaria ya emitió sólo un suave zumbido, Jupiter Jones se dio cuenta de que tenía frío. La luz del sol había desaparecido por completo y estaba oscureciendo rápidamente.

Al volver la cabeza, Jupiter divisó a un hombre recortado en el umbral. ¡Bentley!

Capítulo 12

El súbito traslado del nuevo criado

—¡Dios mío! —exclamó Pete.

Bob dio un brinco y rápidamente cerró el pequeño magnetófono.

Jupiter Jones no se movió, considerando diversas posibles explicaciones que ofrecer a Bentley. Decidió que no había ninguna.

—Ya nos íbamos —tartamudeó.

El hombre del bigote de morsa continuó en el umbral.

—¿Por el mismo camino que al entrar? —preguntó burlón—. Por la ventana, ¿eh?

Bentley parecía muy encolerizado. Ni vacilaba ni estaba asustado. Jupiter comprendió que Bentley había dejado ya de ser el criado estúpido y servicial. Y haría falta una carga de dinamita para moverle de la puerta.

Jupiter reflexionó aceleradamente.

—Bob, dame esa cinta —pidió de repente.

Su amigo sacó la cinta del magnetófono y se la entregó a Jupe.

—¡Esto es mío! —gritó Bentley.

Jupe sostuvo la cinta en alto.

—Diga, Bentley, ¿cómo grabó esto? ¿Escondió el aparato en el patio la noche en que la señorita Osborne tuvo invitados?

El falso criado se movió por fin. Saltó a través del apartamento en penumbra y asió a Jupe por la muñeca.

—¡Corred! —les gritó Jupiter a sus dos amigos.

Bob y Pete huyeron por la puerta abierta. Jupe soltó la cinta de repente y enganchó su pierna derecha por detrás de la rodilla izquierda de Bentley.

El falso criado se tambaleó, lanzando una maldición. La cinta

voló a través de la estancia. Jupiter la dejó ir por completo y echó a correr.

Cuando Jupe llegaba a la puerta, Bentley consiguió sujetarle por la camisa, pero Jupe logró libertarse y descendió velozmente el tramo de escalera.

Bentley no intentó seguirle. Se quedó en el rellano, sosteniendo un pedazo de camisa y viendo cómo los chicos escapaban en sus bicicletas pedaleando furiosamente.

Los Tres Investigadores no se detuvieron hasta hallarse a varias manzanas de distancia de North Tennyson.

—¿Nos hemos metido en un lío… o es Bentley quien lo está? —preguntó Pete—. Si llama a la policía, nosotros contaremos lo de las carpetas y la cinta grabada.

—La cinta y las carpetas pueden destruirse o esconder se fácilmente —le recordó Jupiter—. Nosotros somos culpables de asalto con escalo, y Bentley ya nos ha visto con Allie. Sabe, por tanto, dónde encontramos si quiere.

—Bien, ¿qué hacemos ahora? —inquirió Bob.

—Volver a Patio Salvaje, comunicarle lo ocurrido a nuestra cliente y esperar los acontecimientos. Seguramente, no nos pasará nada. Sabemos que Bentley se introdujo aquella noche en casa de los Jamison a escondidas, a fin de grabar la reunión prevista. Sabemos que posee un informe financiero relativo a la señorita Osborne y los demás. ¿No sería muy embarazoso para él tener que explicar por qué tiene tales informes?

—¿Chantaje? —insinuó Pete.

—Posiblemente —admitió Jupe—. Regresemos a nuestro puesto de mando y llamaremos a Allie.

—¡También podía habernos advertido que Bentley estaría esta tarde en su apartamento! —rezongó Pete amargamente.

—Quizá no lo supiera —defendió Jupe a la chica.

En el puesto de mando, las suposiciones de Jupe resultaron acertadas. El teléfono estaba llamando cuando los tres amigos penetraron en el viejo remolque a través de la trampilla. Era Allie la que llamaba.

—¡Oh, chicos, lo siento! —exclamó ella.

Jupiter colocó el aparato encima de un altavoz que él había dispuesto tiempo atrás a fin de que los demás investigadores

pudieran escuchar también las conversaciones telefónicas.

—Bentley nos ha pillado —explicó Jupiter breve y ásperamente.

—Lo siento —repitió ella—. Traté de avisaros, pero ya os habíais marchado. Me dijo que se había olvidado algo que necesitaba. Y yo no pude obligarle a quedarse en casa toda la noche…



—Ojalá lo hubieses intentado —suspiró Jupiter—. Me ha roto la camisa y ahora ya sabe que le espiamos. Seguramente has quedado sin criado.

—¿Crees que no volverá?

Jupiter vaciló unos instantes.

—Quizá sea lo bastante atrevido como para volver —replicó—, pero estuvimos en su apartamento y vimos lo suficiente para suponer que Bentley tratará de extorsionar a tu tía. Tiene un informe financiero relativo a ella. Además, fue él quien se ocultó aquella noche en el garaje. Y tiene una grabación de la reunión de la hermandad en tu casa.

—Esto no importa —objetó Allie—. Nadie podría extorsionar a tía Pat porque no tiene nada que ocultar.

—En tal caso, ¿por qué se muestra tan apesadumbrada por el accidente sufrido por Margaret Compton?

Allie no contestó.

—A propósito, ¿dónde está tu tía? —Quiso saber Jupe.

—Arriba, llorando.

—¿Y Hugo Ariel?

—En la biblioteca, ocupado en sus asuntos, seguramente.

—¿Has vuelto a oír el cántico misterioso?

—No, esto está tan tranquilo como un sepulcro… y también igual de alegre —repuso la joven.

—Bien, mantén los ojos bien abiertos —le indicó Jupe—, y avísanos si aparece Bentley.

Pero Bentley no apareció. Allie llamó a casa de los Jones al día siguiente por la mañana para manifestar que el criado no había vuelto. Aquel mismo día, más tarde, Jupiter y Bob se marcharon a Santa Mónica. Las ventanas del apartamento situado detrás del edificio de estuco estaban cerradas. Jupe volvió a llamar al timbre de la puerta principal. Una mujer andrajosa contestó esta vez a la llamada y le comunicó a Jupe que no podía entregar la medicina encargada a la farmacia por el inquilino del pequeño apartamento del garaje, puesto que ya no vivía allí. Se había trasladado inesperada mente aquella misma mañana sin dejar otras señas.

—¿Recuerda qué empresa de transportes efectuó el traslado? —preguntó Jupe—. En la farmacia, ese señor dejó una cuenta impagada y…

—Hizo el traslado él mismo —respondió la mujer. Salió, alquiló un coche con remolque y se marchó después de cargar todos sus enseres. Claro que no tenía muchos.

Jupiter le dio las gracias y fue a reunirse con Bob.

—Creo que por el momento no volveremos a oír hablar de Bentley —le comunicó—. De lo cual no sé si alegrarme o entristecerme.

Capítulo 13

Los diamantes de la emperatriz

—Empiezo a echar de menos a Bentley —le confesó Allie a Jupiter al tercer día después de la desaparición del falso criado—. Al menos se movía por la casa. Tía Pat no hace más que estar sentada en el salón y llorar, o bien se sienta a llorar en el patio. Ariel vaga por la casa, sin perder de vista a mi tía.

—¿Está por la casa esta mañana?

—No, ha ido a cortarse el pelo.

—¿De qué hablan él y tu tía? —preguntó el muchacho.

Él y Allie se hallaban apoyados en la valla, a espaldas de la propiedad, contemplando la yegua.

—No hablan.

—Temo que tu tía esté mezclada con algo siniestro —murmuró Jupe—. Bob ha investigado un poco sobre brujería, y muchas de las cosas raras que hace tu tía se hallan en esos libracos. Por ejemplo, trazar un círculo con un cuchillo en torno a la cama. También hay muchas fórmulas para invocar a los espíritus o hacer encantamientos, a base de cirios encendidos.

—Bueno, ahora ya no se enciende ninguna vela en casa —replicó Allie.

—La subasta de los bienes de Ramón Castillo tendrá lugar la semana próxima —le recordó Jupiter—. ¿Piensa asistir tu tía? La señora Compton no podrá ya pujar por aquella bola de cristal.

—No, la señora Compton no podrá asistir a ninguna subasta en varios meses. Se fracturó la pierna por dos sitios. Pero no creo que vaya tampoco mi tía —dijo Allie—. Está como aturdida. Se limita a llamar todos los días al hospital para saber cómo sigue la enferma,

aunque jamás habla con ella sino con una enfermera.

Allie dirigió la mirada hacia la casa. Frente a la misma acababa de detenerse un enorme coche negro. Del mismo salió un chófer de uniforme que se apresuró a abrir la portezuela posterior, y un elegante caballero ataviado con pantalón de corte y chaqueta negra surgió del auto llevando un paquete en sus enguantadas manos. Jupiter soltó un respingo. Una aparición tan majestuosa se veía muy raras veces en Rocky Beach, y jamás a las once de la mañana.

Allie entornó ligeramente los ojos.

—¡Van Storen y Chatsworth! —anunció—. Todo lo hacen a gran escala. No pueden entregar nada con sencillez. Supongo que el collar de mamá vuelve a estar en casa. ¿Vamos allí, a ver qué ocurre?

Jupe la siguió a través de la cocina. Tía Pat estaba en el vestíbulo, a punto de aceptar el paquete entregado por el mensajero de la joyería. Jupe observó que la túnica de color púrpura estaba arrugada y ligeramente manchada, como si tía Pat no se la hubiera quitado en varios días… o ya no le importase su forma de vestir. Cuando le entregó un resguardo al servidor de los joyeros le temblaron un poco las manos.

—¡Querida Allie! —exclamó su tía, con voz aguda y es tridente —. ¡Oh, Jupiter, buenos días!

El mensajero marchaba ya hacia el coche.

—El collar de tu madre, queridita —informó tía Pat—. Abre el paquete y comprueba si ha quedado bien.

Allie, en silencio, desenvolvió el paquete y abrió un estuche de piel negra. En su interior, reposando sobre un forro de raso blanco, había un collar de cinco centímetros de anchura. Contenía más de cien diamantes, todos muy resplandecientes a la luz del día.

—¡Es maravilloso! —se extasió Allie.

—Querida, es algo más: es histórico —la corrigió su tía.

—Y más pesado que el plomo —se quejó la muchacha—. Mamá sufre dolor de cabeza siempre que se lo pone —Allie cerró el estuche—. Yo prefiero las perlas. No es necesario llevar dos guardaespaldas cuando las llevas.

La señorita Osborne se apartó hacia la puerta.

—¿No acaba de llegar otro coche? —preguntó.

—Oh, sí, es el hombre-lobo de Rocky Beach, que regresa de la

barbería —repuso Allie.

—De prisa —murmuró la señorita Osborne rápidamente—, deja el collar de tu madre en la caja fuerte.

En el patio posterior resonó un portazo. Tía Pat miró hacia el fondo de la casa y ocultó sus manos entre los pliegues de la túnica.

—De prisa, querida.

—Bien, tía Pat.

Allie desapareció escalera arriba con el estuche un instante antes de que Hugo Ariel entrase oliendo a perfume capilar.

Allie, ya sin el estuche, reapareció en lo alto de la escalinata.

—Nos veremos más tarde —le susurró a Jupiter.

—De acuerdo —respondió el chico marchándose.

Jupiter estuvo atareado en el Patio Salvaje durante el resto del día. Sin embargo, trató de no alejarse mucho del taller para poder comprobar si el teléfono llamaba en el puesto de mando. Allie llamó a las cinco.

—¿Qué te ha parecido la representación de tía Pat esta mañana? —Quiso saber.

—Me ha parecido casi una profesional —repuso Jupe—. Y ha quedado patente que no quería que Hugo Ariel supiera que los joyeros acababan de devolver el collar.

—Debió llamar a la joyería después de haber concertado Ariel una hora con el barbero —razonó Allie—. La entrega debió quedar fijada para la hora en que Ariel no estaría en casa. Pero si tan importante es que Ariel se mantenga lejos del collar, ¿por qué ha querido tía Pat que nos lo devolvieran? Podía pedirles a los joyeros que lo guardaran hasta el regreso de mamá.

—A menos que lo necesite —apuntó Jupiter.

—¡Es mejor que no lo necesite! —chilló Allie—. ¡Es de mi madre!

—Cierto —asintió Jupiter—. Y como es de tu madre, y puesto que tú conoces la combinación de la caja, no te costará nada sacar el collar de allí. ¿Puedes permitir que Los Tres Investigadores lo guarden algún tiempo? Hay algo que desearía comprobar. ¿Puedes sacar el collar de la casa sin ser vista?

Allie no vaciló.

—A veces llevo un poncho, cuando monto a caballo. Debajo podría esconder el mundo entero.

—Bravo —aprobó Jupe—. Trae el collar al Patio Salvaje tan pronto puedas. Probablemente, por otra parte, estará más seguro aquí. Te aguardaré en el taller. Ahora, cuando cuelgues, llamaré a nuestro amigo Worthington. Le necesitaremos mañana.

Allie llegó al Patio Salvaje antes de las seis con el estuche que contenía el collar. Jupe lo cogió, y cuando la chica se hubo marchado lo dejó en la mesa del puesto de mando. Por la mañana, muy temprano, llegó Worthington con el «Rolls-Royce».

—Es una gran responsabilidad, maese Jupiter —se quejó el chófer cuando el muchacho le entregó el estuche—. ¡Un collar que había pertenecido a una emperatriz!

—Tú eres el único que puede hacerlo —replicó Jupiter—. Parecería muy raro que yo lo intentara, o Bob, o Pete.

Worthington asintió.

—Seré extremadamente cauteloso —prometió—. Y volveré hacia las dos.

—Te estaremos esperando —replicó Jupiter.

Eran casi exactamente las dos cuando Worthington regresó al Patio Salvaje. Jupe le esperaba en la puerta y le condujo al taller. Bob y Pete estaban allí junto con Allie, sentada sobre un cajón vacío.

—Hola, señorita Jamison —saludó el chófer, sentándose en la silla de Jupiter. Tras abrir el estuche, extrajo el collar que colocó sobre sus rodillas—. Es bellísimo pero falso.

—¡Falso! —Allie saltó del cajón—. ¡Es el collar de mamá! Perteneció a la emperatriz Eugenia… ¡Si casi no tiene precio…!

—No tiene precio… porque es falso —repitió Worthington—. Lo siento, señorita Allie, pero éste no es el collar de la emperatriz Eugenia sino una imitación. He visitado a tres peritos, diciéndoles que había hallado este collar entre los bienes de una abuela difunta. Y los tres me han contestado: que no tratara de asegurarlo, puesto que nadie asegura la bisutería.

—¿Bisutería? —Casi se ahogó Allie—. ¡Démelo!

Worthington le entregó el collar.

—¿Piensas discutir este asunto con tu tía? —preguntó Jupiter quedamente.

—¿Discutirlo con ella? Me marcho a casa y le pondré esta basura en la garganta y apretaré hasta que confiese dónde está el collar

auténtico.

—Casi podemos adivinar qué hizo con él —la interrumpió Jupiter—. Tú misma sugeriste lo más seguro. Tu tía encargó una imitación a Van Storen, y le ordenó que guardase el collar verdadero hasta la vuelta de tus padres.

Allie se dejó caer sobre el cajón.

—Esto es como descubrir que el tonto de la clase es Albert Einstein, el descubridor de la Teoría de la Relatividad. De modo que, al fin y al cabo, el collar está a salvo.

—Pero ¿por qué necesitaría tu tía una imitación? —preguntó Pete—. ¿Qué hará con ella?

Allie frunció el ceño.

—Todo este enredo debe estar relacionado con Ariel. Tía Pat ha tenido un gran cuidado de no dejarle ver el collar.

—Tal vez temía que lo robase —insinuó Bob.

—¡No importa! ¡Que lo robe! ¡Que se lleve esta bisutería barata y no vuelva nunca más!

—No creo que se trate de un simple robo —la atajó Jupiter—. Sospecho, sin saber cómo, que este collar está relacionado con el accidente sufrido por la señora Compton, con la hermandad y con el poder de la serpiente.

—¿Todavía canta la serpiente en tu casa? —se interesó Bob.

—No —replicó la joven—, en casa ya no canta nadie.

—¿Asustada?

—Sí, un poco.

—Opino que no corres ningún peligro —la tranquilizó Jupe—. Mientras Ariel no sospeche que eres una amenaza para él, no te molestará. Bentley también está mezclado en este asunto y puede volver a presentarse en cualquier momento, aunque no parece un hombre violento.

—No estoy asustada por mí —explicó Allie—. ¿Por qué tendría que estarlo? Ellos creen que no soy más que una chiquilla tonta. Estoy asustada por tía Pat. Esta noche, ella y Ariel asistirán a otra reunión de esa horrible hermandad. Les oí hablar de ello esta mañana. Ariel dijo que el doctor Shaitan ha convocado a los demás a la casa de Torrente Canyon, y tía Pat también ha de ir. Ella no quería y ha gritado mucho. Pero por fin se ha dejado convencer.

—¡Excelente! —exclamó Jupiter.

—¡No es excelente! —rectificó Allie—. Es horrible. No me gusta nada verla mezclada en este asunto.

—Pues temo que hasta que descubramos el secreto de esa hermandad, no la verás fuera de él —objetó Jupiter—. Worthington, si puedes…

—Encantado de efectuar otra visita a la casa de Torrente Canyon —asintió el chófer.

—Yo también iré —anunció Allie.

—¡No, Allie, por favor! —suplicó Pete.

—Se trata de mi tía —subrayó ella—. Y es el collar de mi madre el que está envuelto en este oscuro asunto. Yo también iré. Worthington, ¿dónde podemos encontrarnos esta noche?

—Tal vez —repuso el aludido—, en el aparcamiento que hay delante del mercado de Rocky Beach…

—De acuerdo. ¿A qué hora?

—Por ejemplo, a las siete y media…

—Perfectamente, a las siete y media.

Allie se marchó del taller, ocultando el estuche del collar bajo el amplio poncho.

—Una damita muy obstinada y voluntariosa —observó Worthington.

Los Tres Investigadores no le llevaron la contraria.

Capítulo 14

Los espíritus del doctor Shaitan

Worthington no tuvo motivos para cambiar de opinión aquella noche. Allie le aguardaba ya con los Tres Investigadores cuando el chófer apareció en el mercado de Rocky Beach, guiando el «Ford» de color gris. Estaba bastante tranquila, si bien su barbilla mostraba la determinación de estar en acción.

—Yo entraré en esa casa —le manifestó al chófer, cuando éste sostuvo abierta la portezuela para dejarla subir al auto.

—Sí, señorita.

—Todos entraremos —le aseguró Jupiter Jones—. Tenemos un plan.

—¿Cuál?

—Ya lo verás.

Allie tuvo que esperar bastante para verlo. Cuando llegaron a Torrente Canyon, encontraron que la calle estaba totalmente desierta.

—¡Excelente! —aprobó Pete—. Somos los primeros en llegar.

Worthington dirigió el coche hasta pasada la casa, y Bob saltó a tierra.

—Vigilaré desde aquel arbusto de aliagas que hay enfrente de la cancela.

—Bien —aceptó Jupiter.

Bob asintió y se encaminó hacia la residencia. Luego, se ocultó entre el arbusto, y estaba ya al acecho cuando llegó el primer coche.

Era el de Madelyn Enderby, que salió del mismo, cruzó hacia la verja y cogió el teléfono escondido en el hueco del muro. Bob iba ya a abandonar su escondite cuando llegó el «Corvette». Hugo Ariel iba

al volante. A la luz del crepúsculo, Bob apenas logró distinguir a la señorita Osborne. Ésta tenía la cabeza inclinada y se secaba los ojos con un pañuelo. Ariel le ayudó a salir del auto. Sonó el zumbador de la cancela, y Ariel, la señorita Osborne y Madelyn Enderby penetraron en la finca.

Unos minutos más tarde, se detuvo allí un «Cadillac» azul celeste. Bob vio a un individuo de pelo castaño dirigirse al teléfono del hueco. Tratando de no hacer ruido, Bob salió del arbusto y se acercó a la verja.

El hombre tenía el aparato junto a su oído, escuchando.

—Descenderé al círculo inferior —pronunció después.

Colgó el teléfono y se volvió.

—Buenas noches —le saludó Bob cortésmente—. Busco el número 1483 de Torrente Circle.

—Esto no es Torrente Circle —repuso el hombre—. Es Torrente Canyon. Te has equivocado de calle.

En aquel momento sonó el zumbador de la verja. El desconocido empujó la cancela y entró en el parque.

Bob regresó junto al «Ford».

—Descenderé al círculo inferior —murmuró—. Desde dentro dicen: «La noche es oscura», y hay que contestar: «Descenderé al círculo inferior».

—¡La contraseña! —Allie saltó del coche.

—Esté alerta —le advirtió Jupe a Worthington.

—Les aguardaré —prometió el chófer.

Los Tres Investigadores siguieron a Allie hacia la verja. Jupiter cogió el teléfono y se lo aplicó al oído.

—La noche es oscura —articuló una voz ronca.

—Descenderé al círculo inferior —respondió Jupiter. Su tono era tan profundo como un pozo.

El teléfono dejó oír el clic de colgado y Jupe metió el auricular en el nicho. Un momento más tarde, la cancela zumbó. Pete giró la falleba y empujó la puerta, y el portal se mostró ampliamente acogedor.

Los Tres Investigadores y Allie penetraron en el parque. La cancela se cerró a su espalda. Cuando Bob probó la falleba por dentro, no se movió.

—Hay una palanca escondida en la hiedra, a la derecha de la

puerta —comunicó Pete—. La noche que me caí de la tapia, aquel canalla la usó para abrir la cancela antes de arrojarme a la calle.

Bob estudió la hiedra.

—Ya la veo. Parece un interruptor.

—No lo toques —le previno Jupe—. Podría poner en acción un timbre de alarma. Ya sabemos dónde está. En caso de necesidad, podríamos usarlo.

—Ahora, vamos hacia la casa —propuso Allie.

—No, ahora aguardaremos —la retuvo Jupe—. Si esta reunión de la hermandad es igual a la que vimos antes, aún tiene que venir más gente.

Jupe tenía razón. Desde un rincón sombrío del parque, los muchachos y Allie vieron cómo la cancela se abría una y otra vez para dejar entrar a nuevos visitantes. Al cabo de quince minutos, otras ocho personas habían cruzado por el parque, entrando en la casa.

—Ocho, más Madelyn Enderby, la señorita Osborne y Ariel y aquél que yo oí hablar por teléfono, hacen doce, igual que la otra noche —contó Bob—. Ya deben de estar todos.

Así era. Cuando transcurrieron diez minutos más sin que zumbase la cancela, todos decidieron actuar.

—Ahora a vigilar —propuso Pete—. No quiero dejarme sorprender por el tipo de la otra noche.

Avanzaron lenta y silenciosamente por el césped. Al llegar cerca de la casa, vieron que se filtraba un diminuto resquicio de luz por entre los cortinajes corridos ante un gran ventanal. Fueron dando un rodeo al edificio, hasta llegar a la parte posterior.

—Allie, hay una puerta —susurró Jupe.

Fue avanzando entre las tinieblas, cuidando de no tropezar con algún objeto inesperado. Cuando llegó a la puerta buscó el tirador y lo encontró. Pero la puerta estaba cerrada.

Allie retrocedió e inspeccionó la fachada trasera.

—Allie —murmuró—. Hay una ventana, y si hay algo abierto, es aquélla. Está tan alta que no se han molestado en cerrarla.

—Probablemente da a una despensa o a un almacén —supuso Jupe—. Es muy pequeña —añadió después de observarla.

—Yo puedo pasar —dijo Allie.

—No, tú no —objetó Bob—. No eres bastante delgada.

—Tú, sí, Bob —asintió Jupe—. Ten cuidado.

—No temas.

Pete se colocó junto a la pared y Bob trepó sobre sus hombros.

—¿Está abierta? —inquirió Allie.

Jupiter la obligó a callar y escuchó cómo la madera chocaba contra madera. Bob gruñó, se izó cuanto pudo, se coló por la ventana y desapareció. Transcurrió casi un minuto. De pronto, la falleba de la puerta giró suavemente y se abrió la entrada posterior.

—Vamos —susurró Bob—. Todos están en una estancia de la parte delantera.

Los investigadores y Allie se encontraron en la cocina, guiados por un débil resplandor procedente de una estancia iluminada. Se detuvieron en el umbral de la cocina y se asomaron a un amplio pasillo. A la izquierda divisaron una escalinata, y frente a ella una arcada.

La luz provenía de allí.

Jupe retrocedió hacia la cocina. Fuera de la casa, la luna brillaba levemente por entre las copas de los árboles. Jupe apenas logró distinguir la forma de un fogón. Oyó el gotear de un grifo y observó que había una segunda puerta para salir de la cocina. Era como un agujero en la pared, a la izquierda de la primera puerta.

Jupe palmeó la espalda de Bob y le señaló la segunda puerta. El muchacho asintió. Jupe cogió a Allie por el brazo y la condujo por la puerta secundaria hacia una gran oscuridad. Pete y Bob les siguieron.

Iban tanteando el camino. Sin embargo, avanzaban constantemente, palmo a palmo. A su paso encontraban objetos extraños y desconocidos. Pete tocó uno y sintió el terciopelo. Era un sofá.

Al fin distinguieron una línea de luz. Procedía del resquicio debajo de una puerta. Jupe soltó el brazo de Allie, dio dos pasos al frente y deslizó los dedos sobre los paneles de madera hasta tocar una falleba. La giró sin hacer ruido. Jupe, luego, la atrajo hacia sí y la puerta se abrió unos centímetros.

Se asomó al ancho pasillo, delante de la arcada.

—La hermandad está reunida —exclamó una voz familiar al otro lado del pasillo. Era la voz de Hugo Ariel.

Jupe abrió la puerta unos centímetros más, y los otros se

agruparon a su alrededor. Entonces vieron una estancia donde unos cirios altos y negros ardían en unos candelabros de plata. En medio de la habitación había una mesa grande, redonda, cubierta con un paño negro. A su alrededor se hallaban doce personas, de pie detrás de sendas sillas. Hugo Ariel estaba a la cabecera de la mesa, dando frente al pasillo. Ante él había una silla que parecía un trono. Los brazos del sillón eran un par de cobras retorcidas y doradas. A su lado se hallaba Pat Osborne, con mirada apesadumbrada.



Toda la hermandad aguardaba en tensión, dentro de aquella estancia severa que, a pesar de estar todos inmóviles, parecía llena de movimiento. Jupe se dio cuenta de que el grupo estaba rodeado por una oscuridad movediza, ondulante. Negras colgaduras cubrían las paredes y ventanas, y se agitaban a cada corriente de aire.

Ariel cambió de postura, de pie detrás del trono.

—La hermandad está reunida —repitió.

Los muchachos y Allie oyeron unos pasos en la escalinata. Una forma se situó entre ellos y la estancia de los candelabros. Una figura que lucía una larga capa negra se detuvo en el umbral, penetró luego en la habitación y se dirigió al otro extremo de la mesa. Sentóse en el trono de las serpientes y, por primera vez, Jupiter y los demás pudieron distinguirle con toda claridad. Jupe oyó el leve respingo de Pete.

Si Hugo Ariel estaba pálido, el recién llegado mostraba el color de la ceniza. Su rostro era tan blanco que parecía resplandecer y flotar contra las tinieblas de su extraño atavío… ya que iba vestido de pies a cabeza con el color de la noche. Hasta su cabello estaba oculto por una caperuza negra, muy ajustada.

El recién llegado ciñó más la capa en torno a su cuerpo con unas manos blancas y relucientes, e inclinó ligeramente la cabeza.

Toda la asamblea tomó asiento.

El individuo del trono batió palmas dos veces. Hugo Ariel se alejó de la mesa para volver con una bandeja. En la misma había una copa de plata, que Ariel entregó al hombre del trono.

—¡Que Belial favorezca a los que estamos aquí! —exclamó el del trono.

Tomó la copa y se la llevó a los labios.

—¡Que Moloch nos oiga! —respondieron a coro los de más.

El hombre de la copa le pasó la copa a Pat Osborne, la cual la aceptó, con expresión llorosa.

—¡Que Belial favorezca a los que estamos aquí! —pronunció con tono vacilante.

Bebió y pasó la copa mientras los otros entonaban su plegaria a Moloch.

Una y otra vez fue repetida la invocación a Belial. Una y otra vez, el grupo entonó la súplica a Moloch. Por fin, la copa volvió a poder del individuo del trono, el cual se la de volvió a Ariel.

Después, éste exhibió un brasero de cuatro patas. Lo colocó sobre la mesa, delante del encapuchado, el cual extendió sus manos encima de las brasas.

—¡Asmodeo, Ababdon y Eblis, protegednos a todos! —exclamó.

Ariel le ofreció una bandeja de plata. El hombre ataviado de negro cogió algo de la misma y lo echó al brasero. Al momento se elevó una columna de humo, de olor perfumado, dulzón, que fue formando volutas en dirección a los investigadores, que lo contemplaban todo desde el pasillo.

—¡Que Belial nos oiga! —suplicó el de la capa—. ¡Que envíe el poder de la serpiente para custodiarnos! ¡Que veamos su figura! ¡Que oigamos su voz!

Entonces el de la capa calló. Todo el mundo guardaba silencio, y en medio del mismo, Allie y los muchachos oyeron el comienzo de un sonido amedrentador. Alguien o algo estaba cantando en susurros.

Allie se sobresaltó, y estuvo a punto de echar a correr. Jupe la cogió del brazo y la obligó a permanecer quieta.

El sonido subió de tono. Se elevó, sin palabras, hasta llegar a meterse en la carne y los huesos.

El hombre de la capa volvió a coger algo del plato, incienso con toda seguridad, y lo arrojó dentro del brasero. ¡Entonces, en medio de la columna de humo provocada con su acción, se movió una figura!

Bob dejó casi en suspenso su respiración.

—¡Belial nos ha favorecido! —proclamó el de la capa—. ¡La serpiente que nunca muere está entre nosotros!

Los callados observadores se echaron a temblar cuando vieron la cosa que se retorcía entre el humo. Era una enorme cobra, de matices verdes y azulados, una terrible cabeza aplastada, unos ojos rojos centelleantes.

La canción continuaba incesantemente, hasta convertirse en un ruido estridente, vibrátil, que obligó a Jupe a taparse los oídos. Al fin, compasivamente, comenzó a disminuir. El humo se fue aclarando. La terrible serpiente palideció y se desvaneció. El cántico susurrado cesó. Todo había terminado.

El hombre de la capa volvió a sentarse.

—El bien de un miembro de la hermandad es el bien de todos —

sentenció—. Unamos nuestras manos.

La señorita Osborne miraba fijamente ante sí, pero colocó su mano sobre la mesa. El hombre de negro la cogió.

Jupiter le pegó un codazo a Pete. Por la escalinata descendían unos pasos ligeros, y una forma oscura bloqueó la vista de los observadores. Era el hombre musculoso que patrullaba por el parque la noche en que Pete se cayó de la tapia. Se quedó en el pasillo, vigilando la estancia donde el encapuchado presidía a sus discípulos y al brasero. Al cabo de un momento entró en el salón de los ritos, se dirigió al extremo más alejado de la mesa y susurró algo al oído del presidente.

—¡Imposible! —exclamó éste—. Todos estamos presentes.

—Tiene que haber trece personas —insistió el otro—. La señorita Enderby, el señor Ariel y la señorita Osborne llegaron juntos. Los demás lo hicieron por separado. Pero yo abrí la cancela once veces. ¡Por tanto, tiene que haber trece miembros aquí!

El hombre de la capa se puso de pie.

—Por lo visto, hay un intruso en la casa —comunicó a sus seguidores—. La hermandad ha terminado su sesión. Volverá a convocaros en el momento oportuno.

Los investigadores se apartaron de la puerta, que Jupiter cerró silenciosamente.

—Nos buscarán —tartamudeó Pete.

En la otra estancia se produjo un gran arrastre de sillas, y confusión de voces.

—Estupendo —murmuró Jupiter—. El hombre que atiende la cancela sabe contar.

—¡Vámonos! —urgió Bob—. Dentro de dos segundos registrarán la casa.

—Idos vosotros —ordenó Jupe.

—Bromeas…

—No —la voz de Jupiter era tan baja que los otros apenas podían oírle por encima del alboroto formado por los miembros de la hermandad al marcharse—. Salid por detrás, por donde entramos. Haced ruido. Trepad por el muro. Que suene la alarma. Tienen que pensar que nos han asustado y hemos huido. Luego, id hacia el coche y decidle a Worthington que me reuniré con vosotros y él en la esquina de Torrente Canyon y Sunset Boulevard tan

pronto como pueda.

—De acuerdo, Jupe, pero ten cuidado —le avisó Pete.

—Lo tendré —prometió Jupiter.

Oyó cómo sus amigos pasaban por la cocina. Luego, la puerta de aquélla se abrió y se cerró de un portazo. Oyó gritos en el parque. Allie chilló, y Jupe escuchó poco después el timbre de alarma. El parque quedó iluminado por la luz de los reflectores, y desde la calle llegó el ruido de varios coches al arrancar.

Jupe aguardó unos instantes. La quietud no tardó en reinar otra vez… la quietud de una casa vacía. Jupiter abrió la puerta, miró a ambos lados del pasillo y penetró en el salón de las colgaduras negras, ocultándose entre los cortinajes. Poco después oyó unos pasos fuera de la casa. Los habitantes de la finca de Torrente Canyon entraron en el vestíbulo y cerraron la puerta principal.

—Unos chiquillos —observó una voz—. Unos chiquillos muy curiosos.

—Pudiste atraparlos, Max —replicó una voz. La misma del hombre que se había sentado en el trono, que añadió—: Seguro que huyeron escalando la tapia.

Jupiter Jones sonrió para sí. ¡Bob, Pete y Allie habían logrado escapar… y él intentaba ahora descubrir todo lo que pudiera del misterio de la serpiente!

Capítulo 15

El esquema del gran sacerdote

Jupiter halló un pequeño desgarrón en las colgaduras negras que parecían amortajar el salón de los ritos. Allí se quedó escondido e inmóvil para no revelar su presencia a los propietarios de la casa, aunque sus dedos no cesaban de ensanchar el roto de la cortina. No tardó mucho en poder atisbar por el agujero, divisando al hombre que se llamaba Max cómo tocaba un interruptor situado cerca de la puerta. Al momento se encendió una araña que colgaba del techo.

Jupiter casi exhaló un suspiro. A la luz de los candelabros, el salón de los ritos poseía una extraña fascinación. Pero esta fascinación había ya desaparecido. Jupe se dio cuenta, a la luz de la magnífica araña, que el paño que cubría la mesa estaba sucio de polvo, y que las colgaduras del cuarto eran baratas y de escasa calidad. Asimismo, los candelabros de plata estaban desportillados y llenos de porquería.

Si la estancia era ruin, los dos hombres que en la misma se hallaban, lo eran igualmente. El hombre del pelo gris, el que había arrojado a Pete del parque varias noches antes, iba de un cirio a otro, apagándolos. Desde sus ojos bajaban unas profundas arrugas hasta las comisuras de la boca. Empezaba asimismo a engordar, y la doble papada se apoyaba en la parte superior de su camisa oscura.

Su compañero seguía sentado en el trono, acariciando distraídamente la cobra labrada en uno de los brazos. Había empujado el sillón hacia atrás a fin de poder colocar más cómodamente los pies sobre la mesa. A la luz de la araña, Jupiter observó que su mortal palidez no era natural. En los surcos existentes en torno a su boca y su nariz se veía una sustancia

verdosa, parecida a la tiza.

—El sistema telefónico de la cancela es sumamente inútil —advirtió el hombre del trono.

Max apagó el último cirio y sentóse cansinamente.

—Sí, yo podría estar junto a la verja y comprobar quiénes van llegando, pero esto tampoco serviría de nada. No es posible dárselas de listo con unos chiquillos. Se meten por todas partes y acaban por hablar y contarlo todo. Aquí ya hemos enredado el asunto. ¿Por qué no damos por termina da la operación y nos largamos? Seguramente nos produciría buenos ingresos hacerte pasar por el doctor Shaitan en San Francisco, San Diego o Chicago. Larguémonos antes de que las cosas empiecen a alborotarse.

—Pero Max, todavía falta lo mejor —arguyó el falso doctor Shaitan.

De pronto, se quitó la capucha negra. Jupe casi se echó a reír. El gran sacerdote de la siniestra hermandad tenía un pelo rojizo. Un instante después, la negra capa también era arrojada a un lado. Shaitan sacó de su bolsillo un pedazo de tela y comenzó a enjugarse el rostro. Los polvos verdosos fueron manchando la tela, dejando al descubierto una tez rosada.

—No sé por qué tienes que desmaquillarte aquí —se quejó Max —. Estás llenando todo esto de polvo.

—Estoy meditando —el doctor Shaitan enrolló el pedazo de tela entre sus dedos—. Hemos tardado mucho en dominar a ese grupo de palominos. Esa Madelyn Enderby sólo creyó en mi poder cuando su portera se marchó a Dubuque, y el viejo Robertson nos entregó una buena donación cuando invocamos el poder de la serpiente susurrante para impedir que aquel contratista de obras levantase otro edificio contiguo al suyo. Pat Osborne todavía no está dominada por completo, aunque no tardará en estarlo y le sacaremos mucho jugo. Hugo Ariel se encargará de esto.

—Tal vez sea tanto el jugo que no logremos aprovecharlo.

—Nosotros sabemos aprovecharlo todo —declaró Shaitan—. Y venderlo todo. Se necesita solamente saber dónde están los mercados —sonrió—. Ellis realizó una buena labor con la Compton. Nadie sospechó nada. ¿Te fijaste esta noche en Pat Osborne?

—Está asustada —asintió Max.

—Muchísimo —sonrió satisfecho el doctor Shaitan—. Y aún lo

estará más si no efectúa pronto su oferta. A ese Noxworth no lo asustaremos fácilmente, pero es porque carece de escrúpulos de conciencia. Sin embargo, tiene mucho dinero. No en joyas sino en billetes magníficos. Procuraremos eliminar a su competidor y nos quedará tremendamente agradecido. Sí, Max, vale la pena quedarnos aquí algún tiempo más.

Max resopló fuertemente.

—Lo que me asombra son las cosas que desean esos zoquetes —declaró—. Pat Osborne quiere una bola de cristal que antaño perteneció a una estrella de cine, y Noxworth no puede resistir que la charcutería situada enfrente de la suya tenga más clientes. Al fin y al cabo, ¿por qué ha de importarle tal cosa si tiene más dinero del que podría contar en toda su vida?

—No es el dinero —objetó Shaitan—. Es el poder. Esas personas desean creer que obtienen poder, y nosotros hemos de convencerlas de que así es.

—¿Cómo piensas convencer a Noxworth? —Quiso saber Max—. ¿Haciendo que también sufra su competidor un accidente de coche?

El hombre que disfrutaba siendo el doctor Shaitan juntó las yemas de sus dedos y las estudió ensoñadoramente.

—Te falta imaginación, Max. No, la serpiente susurrante atacará lo de Noxworth de forma diferente. Será un poco más arriesgado, pero dará buen resultado. Y aunque así no fuese, Noxworth no podrá librarse de nosotros porque yo procuraré que él personalmente entregue la serpiente. Quedará subyugado a nosotros, lo mismo que Pat Osborne.

El doctor Shaitan bostezó.

—Estoy rendido —afirmó—. Me voy a la cama.

Se puso de pie y se dirigió hacia la puerta.

—Te dejas la capa —le indicó Max.

—La recogeré mañana por la mañana.

Los pasos de Shaitan se perdieron en la escalinata.

—¡Idiota! —murmuró Max.

Se levantó y fue hacia la puerta. El interruptor de la luz dejó oír un clic y el piso inferior de la finca de Torrente Canyon se quedó a oscuras. Jupe oyó cómo Max seguía al Gran Sacerdote de la hermandad escalera arriba. Resonó un portazo. El agua gorgoteaba en las tuberías, al fondo de la casa.

Jupiter salió de entre las colgaduras negras y anduvo de puntillas hacia el pasillo. Se dirigió al fondo de la residencia, alegrándose al comprobar que el doctor Shaitan y su ayudante se habían olvidado de cerrar la puerta de la cocina cuando regresaron a la casa. Jupe se deslizó fuera sin hacer el menor ruido y corrió hacia la verja. Al volver la vista atrás, divisó algunas luces en las ventanas del piso alto. La sombra de un hombre se recortó claramente detrás de una persiana. Jupiter sonrió. El doctor Shaitan tenía la cabeza echada hacia atrás. Estaba haciendo gárgaras.

A Jupiter le hubiera gustado poder fotografiar a aquel falso demonio en el acto de meterse en cama. De pronto se encontró junto a la tapia y buscó a la luz de la luna la palanca escondida entre la hiedra, que abría la cancela y le dejaría salir de la finca. La tocó con los dedos, respiró profundamente y la movió. La alarma no sonó. Los reflectores no se encendieron. En la casa se oyó un zumbido. Tal vez se debía al movimiento de la palanca, pero Jupiter no se de tuvo a averiguarlo. Fue hacia la cancela, hizo girar el tirador y empujó. La puerta se abrió.

En aquel momento los reflectores se encendieron.

—¡Eh, eh, chico! ¡Ven aquí!

Jupiter no volvió la cabeza siquiera. No lo necesitaba. Instantáneamente comprendió que aquella voz pertenecía al musculoso Max. Y echó a correr.

—¡Quieto! ¡Ven aquí! —gritaba Max.

Algo golpeó a Jupiter… algo grande. Cayó y empezó a rodar por el suelo, en la calle. Alguien más rodaba con él.

—¡Abajo, idiota! —le susurró una voz al oído.

Hubo un estruendo, y una bala silbó por encima de la cabeza de Jupe, yendo a hundirse en el arbusto de azaleas, al otro lado de la calle.

—No te muevas —le advirtió la persona que sujetaba a Jupiter.

El muchacho parpadeó cuando otra detonación conmovió la quietud de la calle, procedente de la finca, y otra bala silbó junto a él.

—¡Ahora! —gritó el captor de Jupiter, soltándolo.

El muchacho se puso de pie y vio a un hombre que corría hacia el sitio donde Torrente Canyon se convertía en un callejón sin salida. Antes de llegar allí, volvió la cabeza y le gritó a Jupe:

—¡Corre!

Jupe corrió en dirección opuesta. Corría con toda la premura que le permitían sus débiles piernas.

El «Ford» de Worthington estaba estacionado en la esquina de Sunset y Torrente y el motor estaba en marcha. La portezuela trasera se abrió de repente.

—¿Todo bien? —preguntó Bob.

Jupiter se coló en el coche.

—¡Adelante! —ordenó.

Worthington arrancó con tanta rapidez que Jupiter cayó contra el respaldo del asiento.

—¿Qué ha ocurrido? —Quiso saber Allie, instalada en el asiento delantero.

Jupiter se enderezó antes de responder.

—Había un individuo fuera de la casa, con un enorme bigote y cabello rubio. ¿No os parece que es alguien que ya conocemos?

—¿Bentley?

—Creo que sí —asintió Jupe—. Casi afirmaría que era Bentley. Y ahora me gustaría poder hablar con él para darle las gracias.

—¿Por qué? —indagó Allie.

—De no ser por Bentley, a estas horas yo estaría agujereado por distintos sitios de mi cuerpo. El amigo del doctor Shaitan perdió la paciencia con los intrusos juveniles… y empleó su carabina de cañón doble.

Capítulo 16

Problemas para tía Pat

—Es brujería, pero no lo es —proclamó Bob, Los Tres Investigadores estaban en su puesto de mando, revisando los acontecimientos de la noche anterior. Bob tenía su carpeta de archivo del caso de la serpiente susurrante. También tenía ante sí varios libros. Uno era «Brujería, medicina casera y magia», la obra que los muchachos habían ya visto en el apartamento de Bentley. Bob golpeó el volumen.

—Esos tipos actúan según este libro —afirmó—. Éste o cualquier otro libro sobre brujería. Todos son aproximadamente iguales, tanto si el autor escribe sobre vudú en las indias Occidentales o respecto a lo que sucede entre los aborígenes de Australia. Esa brujería o magia, actúa de la misma forma, aparte de que el modo como lo hacen esos individuos de la finca de Torren Canyon no puede dar ningún resultado positivo.

—¿Porque la víctima no cree en ellos? —preguntó Jupiter Jones.

—Exacto. Porque la víctima no cree en ellos.

—¿Puedes explicar esto? —se interesó Pete.

—Es muy sencillo —Bob blandió en alto el libro de magia—. Esta obra la escribió el doctor Henry W. Barrister, un profesor de antropología de la universidad de Ruxton. El autor ha estado en África, Sudamérica, México y Australia, y en todas partes encontró lo mismo. Cuando un brujo desea echar una maldición sobre alguien, puede emplear diferentes métodos. En el vudú, pincha una muñeca con alfileres. En México, se dirige a una cueva oscura, enciende cirios y pronuncia sortilegios. Después, corta un hilo, que es la existencia de la víctima. El brujo ha acortado la vida de la

persona escogida. La víctima no tarda en enterarse de que el hilo de su vida ha sido cortado; entonces, enferma y se muere.

—No lo entiendo.

—La víctima cree en el encantamiento —aclaró Jupiter—. Sabe que está encantada y cree que se va a morir… y se muere, efectivamente.

—¿Quieres decir que creer en una cosa así puede ser perjudicial? —indagó Pete, un poco pálido.

—Sí, si lo crees firmemente —replicó Bob. Volvió a golpear el libro del profesor de antropología—. El que escribió esto, vio cómo algunas personas enfermaban y morían de terror cuando un brujo les echó la maldición.

—Ya. Ariel y Shaitan hacen lo mismo —decidió Pete—, sólo que ellos usan una serpiente. Entregan la serpiente… ¡y pam! Una maldición para la persona que encuentra la serpiente.

—Así sucede —asintió Jupe—, pero, tal como ha señalado Bob, esto no es magia. La víctima no cree firmemente.

Margaret Compton no se asustó de la serpiente susurrante. Para ella no era más que un brazalete extraño. La tía de Allie sí cree que ocurrió el accidente por haberle sido entregada la serpiente a la señora Compton. Y por esto se censura a sí misma y está asustada. Es una mujer carente de malicia y no esperaba una cosa tan drástica ni fatal.

Jupiter hizo una pequeña pausa antes de continuar.

—Naturalmente, nosotros sabemos que el accidente no lo fue en absoluto. Anoche me enteré de muchas cosas. Ese individuo que se hace llamar doctor Shaitan dispuso con alguien llamado Ellis que se saliera la rueda del coche de la señora Compton cuando aquél se pusiera en movimiento.

—Y ahora, Shaitan y sus compinches proyectan eliminar al competidor de Noxworth —añadió Bob.

Jupiter se restregó la frente.

—Es la tienda que hay al otro lado de la calle, según dijo el propio Max. Y esa charcutería tiene más clientela que la de Noxworth.

—¡Otra charcutería! —exclamó Pete—. ¡Vaya tontería!

—Lo es para nosotros —se mostró de acuerdo Jupiter—, pero recuerda que la señorita Osborne desea la bola de cristal que

perteneció a Ramón Castillo. La señorita Enderby se peleó con su portera e invocó el poder de la serpiente contra ella. A veces, simples tonterías pueden despertar grandes sentimientos. Además, existe el afán de poder. Lo dijo Shaitan… Esas personas desean tener poder. Shaitan, en cambio, quiere dinero. No sé qué querrá Bentley. Éste es el gran interrogante de la cuestión. Se pone a trabajar como criado, desaparece cuando su interés por la magia y la hermandad es descubierto… ¿Cuál es su verdadero interés?

—Tal vez también el dinero —reflexionó Bob—. Quizás es un chantajista. Bueno, sea lo que sea, al menos te libró de recibir un par de balas.

—Yo me alegro de ello, sí. Debió ver la carabina en manos de Max. Saltó sobre mí y me apartó de la línea de fuego, sujetándose en el suelo hasta que Max hubo descargado el arma.

—De modo que Bentley es nuestro hombre misterioso —comentó Bob—; de todas formas, ya sabemos qué es la Hermandad del Círculo Inferior. Un puñado de personas supersticiosas, como la tía de Allie. ¿Qué haremos ahora?

—¿Contárselo todo a la policía? —sugirió Pete.

—¿Nos creerían? —replicó Jupiter.

—La señora Compton quedó malherida —le recordó Pete.

—Un accidente. Una rueda que se sale de un coche. Quién sabe por qué… Si lo hicieron diestramente, será imposible el demostrar que fue un acto provocado. Y aunque lográsemos convencer a la policía para que registrara la finca de Torrente Canyon, ¿qué hallarían? Dos hombres y unos cirios negros. No podemos ir a la policía. Al menos, por ahora. Necesitamos pruebas.

—¿Ariel? —sugirió Bob—. Seguro que es él quien aprieta los tornillos de tía Pat.

—Nunca lo admitiría, y ella jamás declararía en contra de ese sujeto —decidió Jupe—. La tiene aterrada. Sea lo que sea que quieren de ella, acabará por entregárselo. Está demasiado asustada para resistir largo tiempo.

—Todos adivinaron lo que quieren —murmuró Pete.

—Algo difícil de vender —recordó Jupe—, a menos que se conozca el mercado. No quieren dinero de la señorita Osborne. La tía de Allie no tiene mucho dinero. Pero quieren apoderarse del collar de la emperatriz Eugenia.

—Que está a salvo en casa de los joyeros —dijo Bob.

—¡Jupe! Jupiter, ¿dónde estás? —gritó una voz estridente, que llegó a oídos de los muchachos a través del ventano de ventilación del puesto de mando—. ¡Jupiter Jones!

—Es Allie —la reconoció Jupiter, poniéndose de pie.

Pete abrió la trampilla del túnel dos.

—Nunca estamos aburridos cuando esa chica está con nosotros —declaró.

Bob y Jupe siguieron a Pete por el túnel dos hacia el taller, y luego corrieron hacia el Patio Salvaje. Allie estaba junto al despachito. Se hallaba sollozando, y tenía una señal colorada en una mejilla.

—¡El doctor Shaitan! —exclamó—. ¡Está en casa!

Pete silbó.

—¿Él te hizo esto? —preguntó.

—¿Qué? —se extrañó Allie.

—Lo de tu cara. Alguien te ha pegado, ¿verdad?

Allie se echó el cabello atrás con ambas manos.

—Fue tía Pat.

—¡Bromeas! ¿Tu tía te pegó?

—No fue su intención —explicó Allie apresuradamente—. Estaba asustada, terriblemente asustada. Se asomó a la ventana y vio cómo se detenía el coche, y que del mismo saltaba el doctor Shaitan, con su capa y su caperuza negra, y todo lo demás. El otro individuo que vive en aquella finca de Torrente Canyon iba vestido de chófer. Tía Pat me ordenó salir de casa. Yo no la obedecí, y ella me cogió, me atizó una bofetada y me empujó hacia la puerta trasera en el mismo momento en que llamaban al timbre. Luego cerró la puerta tras de mí —Allie rió nerviosamente—. No sé qué le cogió.

—¡Ahora sí hemos de avisar a la policía! —declaró Pete.

—No podemos. ¿No lo entiendes? La señorita Osborne está sola con esos tipos. Tal vez se atrevan a hacerle daño.

—Entonces… ¡tenemos que ir a tu casa al momento, Allie! —anunció Jupe—. ¡De prisa!

Atravesaron la calle corriendo, pero sólo llegaron a tiempo de ver al coche negro que se apartaba ya del bordillo de la acera. Max iba al volante, con Ariel a su lado. Shaitan, con la capa ceñida en torno a su cuerpo, y la caperuza negra en la cabeza, estaba

arrellanado en el asiento posterior.

La puerta de la casa de Allie estaba abierta. La joven cruzó vivamente el umbral, dejando que la hoja de la puerta chocara contra la pared interior.

—¡Tía Pat! —gritó.

La señorita Osborne era como una sombra color lavanda en el saloncito verde-dorado.

—¿Allie? ¡Oh, Allie, cuánto lo siento, pobrecilla! ¡No quería pegarte!

Allie corrió hacia su tía.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, gracias —una lágrima resbaló por la mejilla de la mujer, y tembló sobre su barbilla sin que ella se diese cuenta—. El señor Ariel y… y…

—¿El doctor Shaitan? —apuntó Jupiter Jones.

La señorita Osborne tanteó con la mano hasta encontrar una silla y se sentó.

—¿Querían el collar? —preguntó Jupiter—. ¿Les entregó usted la imitación?

La señorita Osborne le miró fijamente, con el asombro retratado en sus pupilas.

—¿Lo sabíais?

—Hace tiempo que sabemos que se trata de una imitación. Sospechábamos que el doctor Shaitan deseaba apoderarse del collar de la emperatriz Eugenia, y por esto Hugo Ariel permanecía en esta casa. ¿La han amenazado, señorita Osborne?

La tía de Allie empezó a sollozar.

—¡Fue horrible! ¡Horrible! Dijeron que yo tenía que efectuar una oferta… —sacó un pañuelo del bolsillo de su vestido y se frotó los ojos.

Después se sonó la nariz con feroz determinación.

—Pero les engañé —añadió orgullosamente—. Fingí ceder. Les obligué a esperar. ¿Verdad que fui lista? Porque el objeto que les he entregado es de pasta, y el verdadero collar está a salvo.

—¿En casa de los joyeros? —Quiso saber Jupe.

—¿En casa de los joyeros? Oh, no… Me lo entregaron junto con la imitación. El auténtico está en un saco… un saco de piel. Primero me lo metí en el bolsillo de mi bata y luego lo escondí.

—¿Todavía está en casa? —suspiró Allie.

—Claro que está en casa. ¿Dónde, si no? Pero está seguro. Nadie lo hallaría jamás. Y yo nunca se lo diré a nadie. Ni siquiera a ti.

Allie se arrodilló al lado de su tía.

—Muy bien, tía Pat. No tienes por qué decírmelo. Pero hemos de avisar a la policía.

Su voz era muy gentil.

—¡No!

—Ahora ya tenemos pruebas —agregó Jupe—. Usted ha sido objeto de una extorsión. Tiene que contárselo todo al jefe de policía Reynolds.

—¡No!

—Señorita Osborne, esos individuos son peligrosos y todavía no han terminado sus asuntos de Los Ángeles. A menos que usted avise a la policía, pueden resultar perjudicadas gravemente varias personas inocentes.

—Una persona inocente ya quedó herida por mi culpa. ¡No! ¡No puedo avisar a la policía! ¡No quiero! ¡No sabéis lo que pedís! ¡No sabéis lo que ello significaría!

—Está bien, señorita Osborne —se conformó Jupiter—. Pero piense una cosa: ¿cuánto tardará el doctor Shaitan en descubrir que el collar no es más que una imitación? ¿Y qué ocurrirá entonces?

Pat Osborne calló, baja la mirada.

—Reflexione en esto, señorita Osborne —repitió Jupe—. Y no aguarde mucho tiempo.

Capítulo 17

Una advertencia de Pete

La señorita Osborne todavía estaba sentada en el salón, trastornada, cuando los Tres Investigadores se marcharon.

—La tía de Allie es tonta, verdaderamente tonta —comentó Pete.

—Siempre lo ha sido —remachó Bob—. Y nosotros no podemos obligarla a acudir a la policía.

—Sí podemos hacer una cosa —replicó Jupiter—. Conocemos los planes de Shaitan. Desea eliminar al competidor de Noxworth. Bien, localizaremos esa charcutería y avisaremos al propietario. Él ha de ser el segundo en recibir la serpiente.

—Pero ¿nos creerá? —preguntó Bob.

—Probablemente no —repuso Jupiter—. Sin embargo, podemos entregarle una tarjeta nuestra y rogarle que nos llame si de pronto aparece en su vida un objeto en forma de serpiente. Cuando dicho objeto llegue a su poder, sentirá curiosidad y supongo que nos avisará.

Los muchachos llegaron al Patio Salvaje y entraron en el despachito, donde Jupiter consultó la guía telefónica de Los Ángeles.

—El Minimercado de Noxworth —dijo Jupe— está en la esquina de Beverly y la calle Tercera.

—Tal vez haya dos charcuterías —reflexionó Bob—. ¿Llamamos a Worthington?

Jupiter frunció el ceño en honda meditación.

—No hace falta molestarle —decidió. Tras una pausa, agregó—: Podemos llegar a Los Ángeles en autobús. Una vez hayamos

localizado la tienda de Noxworth nos costará muy poco encontrar la otra. Aunque tengo la impresión de que será mejor no ir los tres. Si Shaitan apareciese por casa de Allie, la chica nos llamará otra vez. Yo me quedaré por si ocurre esto.

Bob se apoyó en un archivador.

—A mí también me gustaría quedarme —anunció.

—De acuerdo, iré yo —se ofreció Pete—. Pero si Allie os llama, acudid rápidamente al jefe Reynolds y al Departamento de Policía de Rocky Beach. No sabemos qué harán esos canallas cuando averigüen que el collar es falso.

Pete se marchó hacia la carretera donde cogió el autobús para Santa Mónica. Ya allí transbordó a otro para Los Ángeles, y a mediodía se hallaba en la esquina de Beverly y la Tercera.

Pete avistó inmediatamente el Minimercado de Noxworth. Se hallaba directamente enfrente de la parada del autobús, y el muchacho decidió que la tienda se armonizaba muy bien con su desastrado dueño. Los escaparates, lo mismo que la camiseta de aquél, necesitaban un buen lavado. El aparcamiento estaba lleno de papelotes, y hasta alguien había dejado caer una botella de gaseosa junto a la puerta, donde había diversos fragmentos de vidrio.

Pete escudriñó aquel lado de la calle. Una tienda de reparaciones de televisores compartía la manzana junto con otra tienda de comestibles. Unas letras cromadas, muy brillantes, anunciaban que en aquella charcutería H. Hendricks proporcionaba alimentos para buenos paladares. Dentro del local, un hombrón grueso, de cabello hirsuto y negro, estaba en volviendo unas latas de ensalada de patatas, mientras una parroquiana regordeta consultaba su lista de compras. El mostrador de formica estaba impoluto y libre de obstáculos. No había ninguna otra tienda de comestibles a la vista.

Pete estuvo seguro de haber localizado la tienda del competidor de Noxworth. Luego esperó hasta que la parroquiana salió del establecimiento y entró en él.

—¿El señor Hendricks? —preguntó cortésmente.

—Sí —repuso el hombrón, que estaba detrás del mostrador.

—¿Es usted el señor Hendricks? —insistió Pete—. Bueno, el dueño de la tienda.

El hombrón estudió a Pete, el cual comprendió que su

interlocutor poseía algo más que músculos. Su pelo era muy negro, sin una sola cana, y sus pupilas eran claras y firmes. En resumen, el señor Hendricks era muy capaz de cuidar de sí mismo.

—¿Necesitas trabajo, chico? —preguntó—. La semana pasada contraté a un muchacho, pero si…

—No busco trabajo —negó Pete—. Sólo quería asegurarme de que era usted el dueño de esta tienda.

—¿Te preocupas por saber quién te vende los escabeches? —se burló el hombre—. Está bien, yo soy Hendricks y esta tienda es mía. ¿Qué te pasa?

—He venido a hacerle una advertencia, señor Hendricks. Sé que le parecerá muy raro, pero va a ocurrirle algo malo. No sé exactamente qué, pero algo muy malo.

Pete dejó una tarjeta de Los Tres Investigadores encima del mostrador y escribió en la misma el número privado del puesto de mando. Tras reflexionar un instante, añadió el número del Patio Salvaje de los Jones.

—Si ve usted una serpiente… —empezó a avisar Pete.

—Llamaré al zoo —le atajó Hendricks.

—¡No me refiero a esa clase de serpientes! —protestó el muchacho—. No será una serpiente viva. Será una estatuilla en forma de serpiente, un alfiler, algo así. Será una cobra. Si alguien le entrega una cobra, llame a uno de esos números. Si uno no contesta, lo hará el otro.

Hendricks no tocó la tarjeta. Parecía esperar el final del chiste.

—Estamos seguros de poder ayudarle —continuó Pete rápidamente—. Es algo muy serio. Existen unas personas que desean perjudicarle. Cuando vea usted la serpiente, sabrá que va a ocurrirle algo malo. Si quiere usted colaborar con nosotros, podemos…

—¡Largo de aquí! —rugió el señor Hendricks.

—Señor Hendricks, sólo pretendemos ayudarle…

—¡He dicho que largo de aquí!

El hombre había juntado sus espesas cejas.

—Tal vez cuando vea la serpiente cambiará de idea —insistió Pete.

Hendricks hizo acción de salir de detrás del mostrador y Pete huyó hacia la puerta.

—¡Llame a cualquier hora! —Aún añadió.
—¡Fuera! —chilló Hendricks.
Pete voló a la calle.
De vuelta a Rocky Beach en el autobús, Pete decidió, desdichadamente, que no había estado muy afortunado al formular su advertencia. Estaba seguro de que Jupiter lo habría hecho mucho mejor. Jupe sabía ser muy convincente cuando quería.
Era ya por la tarde cuando Pete llegó al Patio Salvaje. Bob y Jupiter estaban allí. El primero miraba cómo el segundo reparaba un reloj de sol que Titus Jones acababa de adquirir.
—El competidor de Noxworth se llama Hendricks —anunció—. Bastante bruto.
—¿Le advertiste? —preguntó Bob.
—Le advertí, le dejé nuestra tarjeta con los números telefónicos del puesto de mando y del Patio. Bueno… me echó de la tienda.
—No te creyó —asintió Jupiter—. Era de esperar. Pero si recibe una serpiente, nos llamará.
—No creo que debamos aguardar su llamada —objetó Bob—. Tendríamos que acudir ahora mismo a la policía. ¿Cómo protegemos a un hombre que no quiere escucharnos?
Jupiter volvióse hacia la tapia del Patio Salvaje. En la calle acababa de detenerse un coche-patrulla, y el jefe de policía Reynolds estaba al volante.
—Vaya, creo que es la policía que acude a nosotros —comentó Jupiter.
El jefe del Departamento de Policía de Rocky Beach saltó del auto. Luego se aproximó a los Tres Investigadores con el aspecto del que está preocupado e irritado a la par.
—¿Queréis hacer el favor de decirme, cabezotas, en qué enredo os habéis metido ahora? —preguntó.
—¿Se ha quejado alguien de nosotros, señor? —Quiso saber Jupe.
—Hemos recibido una llamada del Departamento de Policía de Los Ángeles, precisamente de la División Juvenil. Me han preguntado si os conocía, y tuve que reconocer que así era. Tú visitaste a un comerciante llamado Hendricks este mediodía —acusó después, señalando a Pete.
Pete tragó saliva.

—Dejaste una tarjeta y unos números de teléfono —siguió el jefe de policía—, y por esto me llamó el Departamento de Los Ángeles. Creen que fuiste a asustar a ese Hendricks.

—¿Asustarle? —se indignó Pete—. No fui a asustarle, sino a advertirle.

—A Hendricks no le pareció una advertencia, sino una amenaza. ¿Puedes explicarte?

—Nos gustará mucho hacerlo —intervino Jupiter.

—Bien, os escucho —asintió el policía.

Jupiter decidió que la ética profesional no le permitía mencionar a Allie ni a su tía, mas todo lo demás sí se lo refirió a Reynolds. Le habló del hallazgo de una misteriosa finca en Torrente Canyon y de la magia especial que allí se practicaba. Admitió haber entrado fraudulentamente en la residencia y relató la conversación que sorprendió entre Shaitan y su cómplice.

—Creemos que el señor Hendricks está en peligro —añadió al terminar—. Cuando se invoque el poder de la serpiente…

El jefe de policía levantó la mano.

—Ya está bien. No hace falta ir tan lejos. En Los Ángeles abundan los chiflados que queman cirios y cantan a la luz de la luna. Si arrestasen a todos los que desean obtener esa clase de poder, no habría bastantes cárceles en la ciudad. Bueno, contaré todo esto a la policía de Los Ángeles, lo cual no me resultará muy fácil. Pero hacedme un favor. Manteneos alejados de las casas ajenas, o algún día recibiréis una verdadera andanada de proyectiles.

—Debiste contarle lo referente al collar de la señorita Osborne —observó Pete, cuando el policía se hubo marchado.

—No podía —replicó Jupiter—. Allie es nuestra cliente y tenemos que protegerla. Y la señorita Osborne hubiese negado toda la historia.

El teléfono sonó en el despacho del Patio Salvaje. Jupiter acudió a contestar. Regresó a los pocos segundos.

—Era Allie —explicó—. ¡Ha sido invocado el poder de la serpiente susurrante contra su tía! ¡Acaban de entregar una cobra dirigida a la señorita Pat Osborne!

Capítulo 18

Terror vivo

Allie aguardaba en el umbral cuando los muchachos llegaron a su casa. Tenía la cobra en sus manos. No se trataba de una joya, como la serpiente que había recibido Margaret Compton, sino que era una estatuilla dorada, de unos quince centímetros de alto. El cuerpo de la serpiente era un conjunto de anillos relucientes. Y la cabeza se erguía en la parte superior. Los ojillos rojizos parecían tener vida propia.

—¿Quién la entregó? —indagó Jupiter.

Allie abrió camino hacia el salón y dejó la estatua sobre la mesita.

—No lo sé —replicó—. Alguien tocó el timbre y dejó la caja en el porche. Luego se marchó a toda velocidad.

—Bien, no importa —decidió Jupe.

—No, claro. Lo que sí importa es que tía Pat cogió la caja antes que yo. Ya aun antes de abrirla estaba ya temblando. Sabía de qué se trataba.

—¿Y después…? —inquirió Bob.

—Vio la serpiente y leyó la tarjeta.

Jupe se apoderó de la cartulina que estaba encima de la mesa.

—«Belial reclama lo que es suyo. Un alma es más valiosa que los diamantes» —leyó en voz alta.

—Muy bien impreso, con gran nitidez, para asegurarse de que el mensaje sea bien comprendido —comentó Allie.

—¿No vio al mensajero?

—No, se desmayó. Nunca había visto desmayarse a una persona. Poco después abrió los ojos y empezó a sollozar y a gemir. La llevé

arriba y la dejé en la cama.

—¿Querrá acudir ahora a la policía? —preguntó Bob.

—No. Yo le dije que era su obligación, que ya tenía pruebas reales: la caja, la serpiente y la tarjeta. Pero me replicó que no serviría de nada, que ya era tarde y que lo único que podía hacer era entregarle el collar auténtico a Shaitan.

Jupiter sufrió un sobresalto.

—No lo hará, ¿verdad?

—No puede —repuso Allie—. Ya no lo tiene. Yo lo encontré.

Los Tres Investigadores la contemplaron asombrados.

—No hace mucho vimos una película en la televisión —explicó la joven—. Era una película de espionaje, y la protagonista ocultaba un microfilme en una caja de polvos para el baño. Tía Pat no es muy original en sus ideas. Cuando os fuisteis esta mañana, entré en el baño y encontré la caja de polvos.

—Supongo que habrás hallado un buen escondrijo —dijo Pete.

—Por si acaso me atropella un coche, o sufro cualquier otro accidente, antes de que mis padres vuelvan de Europa, el collar está en el saco de avena que tenemos en el garaje.

—No está mal.

—No. Y ahora soy yo la que decide, y esto es difícil. Tía Pat está en cama, mirando la pared. Temo que esté realmente enferma. Enferma de verdad, ¿entendéis?

—Podría empeorar todavía —advirtió Jupe—. Hace ya tiempo que no está bien, ¿verdad?

—No, desde el accidente de la señora Compton.

—Creo que no debes dejarla sola —opinó Jupiter, añadiendo—, ni estar tú sola para cuidarla. Llamaré a tía Mathilda y le pediré que venga a ayudarte.

Allie se animó prontamente.

—Oh, Jupe, tu tía es una mujer muy valerosa, ¿en? ¿Crees que si le contáramos todo el caso, convencería a tía Pat a ir a la policía?

—Tía Mathilda tiene un temple de acero —afirmó Jupe—, pero en este caso no creo que nos ayudara. Tu tía está aterrorizada por culpa de Ariel y Shaitan. No… será mejor contarle sólo a tía Mathilda que tu tía sufre un ataque de nervios y que tú no puedes cuidarla sin ayuda.

—Lo cual es cierto —admitió Allie.

—De acuerdo.

Jupe se dirigió al teléfono y llamó a su casa. Al cabo de quince minutos, tía Mathilda había llegado a casa de Allie. Se hizo cargo de la situación, frunció fieramente el ceño a la vista de Pat Osborne, acurrucada en la cama, y decidió que Allie necesitaba dormir la siesta y que los chicos tenían que irse de allí.

—Tú y tu tío cenaréis solos —ordenó tía Mathilda—. Yo me quedaré aquí esta noche, y mañana por la mañana ya veré qué tal se halla esa señora.

Tras lo cual, tía Mathilda desapareció por la puerta de la cocina a fin de explorar el refrigerador de los Jamison y su despensa.

Jupe oyó cómo ponía un cazo al fuego.

—Esta noche cenarás muy bien —le aseguró a Allie.

—No me gusta irme de aquí —rezongó Pete—. ¿Por qué no nos quedamos de guardia para estar seguros de que no sucede nada desagradable?

—La catástrofe ya se ha presentado —objetó Jupiter—. No creo que vuelvan a intentar nada por ahora. Además, tía Mathilda se queda aquí y no se asusta por serpientes susurrantes ni por nada que yo sepa.

Volvióse hacia Allie.

—Si tu tía no quiere contar lo ocurrido, tú sí. Y puedes ir a la policía. Hace un momento dijiste que eras tú la que tenía que decidir.

Allie sacudió la cabeza negativamente.

—Sería una pesadilla insoportable. ¿Y qué diría? ¿Que mi tía ha caído en poder de unos brujos? Está tan avergonzada… Cree que ella es la culpable de las heridas de Margaret Compton.

Se abrió la puerta de la cocina.

—¡Jupiter! —gritó tía Mathilda agudamente—. ¡Pete, Bob! Largaos ya y dejad que esa pobre niña descanse.

Los muchachos obedecieron, y cuando ya al atardecer Jupiter llamó a casa de los Jamison, la tía Mathilda contestó al teléfono con unos gruñidos. Le explicó a su sobrino que Allie dormía y que Pat Osborne estaba despierta, pero que ella, por su parte, dominaba la situación. Después, le ordenó a Jupe que se acostase y no volviera a llamar.

El muchacho se fue a la cama y durante largo tiempo es tuvo

tendido en ella, contemplando el techo. Por fin se durmió y soñó que recorría unos corredores oscuros y húmedos, alumbrados por cirios negros, en tanto unos objetos raros y de forma vaga se estremecían detrás suyo, persiguiéndole. Despertóse poco antes del amanecer y se acordó de la estatuilla en forma de cobra que se hallaba encima de la mesa del salón de los Jamison. También pensó en Pat Osborne, agotada y enferma de miedo.

En su cerebro volvió a ver a Shaitan, con su capa negra y su rostro blancuzco, lívido y reluciente. Dos noches antes, Shaitan triunfaba en medio de sus colgaduras negras y sus planes canallescos. Ahora, tenía mucha prisa. Había ido a visitar abiertamente a la señorita Osborne para amenazarla. ¿Por qué?

Jupiter decidió que ya sabía la respuesta. En medio del resplandor de los reflectores de la casa del Torrente Canyon, Shaitan y su cómplice habían tomado a Jupiter Jones por un chiquillo curioso. Pero Shaitan también había visto a Bentley, con su enorme bigote. Y éste había actuado velozmente para salvar a Jupe y desafiar a Shaitan. No había duda de que Bentley había asustado al falso mago.

Jupiter comenzó a dar vueltas en la cama. Si al menos encontrase a Bentley… Pero era como buscar una aguja en un pajar. El misterioso y falso criado era, al parecer, la clave de todo el asunto. Pero Jupiter no lograba planear ninguna estrategia que atrajera a Bentley, obligándole a descubrirse. Mientras tanto, Pat Osborne iba enfermando más a cada hora que transcurría. ¿Podría llegar a matarla, el terror que experimentaba hacia el doctor Shaitan? También había que pensar en Hendricks, el dueño de la charcutería del Boulevard Beverly. ¿Qué le ocurriría a Hendricks?

De pronto, Jupe se acordó del libro que Bob había sacado de la biblioteca pública: el libro de brujería. El autor era un profesor de la universidad de Ruxton, y esta población se hallaba a unos quince kilómetros escasos de Rocky Beach.

Jupiter sonrió de repente. Aun sin Bentley, tal vez hallaría la forma de ayudar a la tía de Allie. Y si Shaitan tenía prisa, tanto mejor. Los Tres Investigadores tenían que librar una batalla defensiva, y antes de saltar de la cama, Jupiter ya había proyectado el primer movimiento de la misma.

Capítulo 19

La serpiente vuelve a atacar

Los Tres Investigadores llegaron a la casa de los Jamison muy temprano. Allí vieron que tía Mathilda subía con la bandeja del desayuno para Pat Osborne, y que Allie estaba en la cocina tomando un jugo de naranja.

—Ya he decidido qué haré con el collar —les notificó la muchacha—. Lo devolveré a la joyería. Que sean los señores Van Storen y Chatsworth quienes tengan que preocuparse.

—¡Bravo! —aplaudió Bob.

—¿Y vosotros? —Quiso saber a su vez Allie—. ¿Qué vais a hacer?

—En Los Ángeles hay un tal Hendricks —le informó Jupe—. Posee una charcutería y estamos seguros de que él será quien recibirá la siguiente serpiente. Creo que esto ocurrirá con gran rapidez… tal vez hoy. Shaitan desea terminar cuanto antes su operación. Hendricks es el competidor de Noxworth, y éste tendrá que pagar su tributo a Belial. Nosotros nos vamos a Los Ángeles.

—¿Y tía Pat? Está muy enferma…

—Tía Mathilda está aquí —le recordó Jupiter—. Tú también. Puedes avisar a los joyeros para que envíen a alguien a recoger el collar, ¿verdad?

—Sí. Pero ¿y si viene Shaitan?

—No vendrá —afirmó Jupe—. Allie, tu tía cree en el poder de la serpiente y esto la ha puesto enferma. Shaitan la conoce y, por tanto, lo sabe. No vendrá. Aguardará a que ella le envíe recado.

—No creo que mi tía le mande llamar —negó Allie—. Apenas puede moverse. Está casi paralizada.

—Nosotros podemos ayudar a tu tía, Allie, pero antes hemos de pensar en Hendricks. Lo que hemos planeado para ayudar a tu tía tomará algún tiempo, pero en su caso el tiempo no apremia tanto. Lo de Hendricks es más urgente.

—¿Qué vais a hacer? —inquirió la joven.

—Vigilaremos la tienda de Hendricks —declaró Bob.

—Entonces, yo también voy —anunció Allie.

—Tú no —se opuso Pete—. Shaitan podría mostrarse brutal. Hendricks no es ningún niño.

—¡Yo también voy! —le desafió la muchacha—. Si tía Pat tiene tiempo y Shaitan no ha de venir, el collar está seguro donde está. No pienso estar aquí sentada mientras vosotros atrapáis a ese bribón. ¡Voy con vosotros!

Tía Mathilda entró con la bandeja del desayuno.

—Señora Jones, me marcho a Los Ángeles —le comunicó Allie rápidamente—. También quiero hablar con el médico de tía Pat. ¿Puede ir Jupiter conmigo?

Tía Mathilda pareció intrigada.

—Opino que lo mejor sería avisar al médico de tu tía —afirmó —. Mas ¿por qué no telefoneas? ¿Por qué tenéis que ir hasta Los Ángeles?

—No me acuerdo del nombre —mintió Allie—, y el número telefónico no está anotado en la agenda de tía Pat. Pero sí recuerdo dónde está su consultorio. Es un edificio de Wilshire, cerca de una iglesia. Junto a Western. Una vez allí, lo encontraré fácilmente.

—Existe un medio más sencillo —replicó tía Mathilda—. ¿Por qué no se lo preguntas a tu tía?

—¿No lo ha visto? No quiere hablar. Se lo pregunté pero se negó a decírmelo.

—Está bien —accedió tía Mathilda—, pero no perdáis todo el día. Jupiter, dile a Hans que os lleve en la camioneta. En autobús perderíais el día entero, y tu tío está abrumado de trabajo.

Allie abrazó a la buena mujer.

—Gracias, señora Jones.

Los muchachos no dijeron nada y siguieron a Allie fuera de la casa, dejando que tía Mathilda se desayunase con lo que la señorita Osborne no había tocado en absoluto.

Hans consintió en coger una camioneta para el viaje a la ciudad.

—Hacia Beverly y la Tercera —le dirigió Pete, trepando a la trasera del vehículo junto con Bob y Jupe.

Allie se instaló en la cabina al lado de Hans.

Ya en las señas indicadas, Jupe le pidió a Hans que diese la vuelta a una esquina y estacionase la camioneta en un callejón lateral. Hans obedeció, y luego abrió la portezuela para que saliera Allie.

—¿Voy con vosotros? —preguntó acto seguido.

—No —se apuso Jupe—. Aguarda aquí. Tal vez tardaremos un poco. No te inquietes.

—De acuerdo.

Hans sacó un periódico debajo del asiento y se dispuso a descansar.

Allie y los chicos volvieron a la calle Tercera, dirigiendo se hacia el aparcamiento de la charcutería de Hendricks.

—La tienda de Noxworth está allí —señaló Pete, indicando el mal conservado establecimiento del otro lado de la calle.

Allie arrugó la nariz, disgustada.

Se abrió la puerta de la charcutería de Hendricks y salió de ella un niño. Hendricks le siguió, gritando:

—¡No vuelvas hoy!

Jupiter llegó a la tienda en el mismo instante en que Hendricks insertaba una llave en la cerradura.

—Lo siento —se disculpó el tendero—. Ya he cerrado.

—Vaya, ha recibido la serpiente.

Hendricks se irguió, tendió la vista a su alrededor y descubrió a Pete.

—¡Tú otra vez!

—Señor Hendricks, queremos ayudarle —musitó el muchacho.

—¿De veras? Está bien, los «polis» ya me hablaron de vosotros. Sois un grupo de detectives aficionados y creéis que habéis desenmascarado a un brujo, ¿eh? Pues yo opino que estáis locos, pero no quiero correr riesgos y por esto cierro. Largaos de aquí.

—Usted ha recibido la serpiente —repitió Jupe.

Hendricks agarró fuertemente la camisa del muchacho.

—¿La has traído? ¡En tal caso, te retorceré el pescuezo!

Jupe no intentó soltarse.

—Ninguno de nosotros ha traído la serpiente, pero sabemos que

se trata de una cobra con ojos relucientes, seguramente de pedrería. ¿Cómo llegó?

Hendricks estudió el semblante de Jupiter y lo soltó. A continuación, abrió la puerta de la tienda y señaló al mostrador. Allí se veía una cobra dorada, duplicado exacto de la estatuilla recibida por la señorita Osborne.

—Entré en la trastienda un par de minutos —explicó Hendricks —. Cuando volví, esto estaba encima del mostrador.

—Entiendo —asintió Jupiter.

—Con que lo entiendes, ¿eh? Me alegro. Ahora, largo de aquí. He avisado a la policía, y no quiero que haya nadie por aquí, por si ocurre algo. De modo que ¡largo! ¡A paseo!

Una niña entró en la tienda. Hendricks la cogió del brazo y la obligó a dar media vuelta.

—Vete a casa con tu madre y quédate allí —le aconsejó.

La niña le miró aterrada.

—¡A casa! —repitió gruñendo el tendero.

La niña huyó a la calle.

—¡Parroquianos! —rezongó Hendricks—. Son como las termitas. No puede uno verse libre de ellos.

Un individuo que llevaba unos pantalones azules, muy manchados, y una chaqueta muy holgada, dobló con paso incierto la esquina del edificio.

—¿Café? —pidió.

Allie examinó al recién llegado con súbito interés. Había visto en su vida algunos tipos harapientos, pero éste parecía particularmente andrajoso. No debía llevar camisa, ya que su piel arrugada y fláccida se veía por debajo de la chaqueta, que llevaba desabrochada. Hacía meses que no se había cortado el pelo gris, y el pelo de su barba tenía varios días de existencia.

—¿Café? —repitió—. Eh, amigo, deme un bocadillo también. Llevo dos días sin probar bocado.

Hendricks hurgó en su bolsillo y extrajo un fajo de billetes. Apartó uno, y sin mirarlo, se lo entregó al vagabundo.

—Ya he cerrado. En la otra charcutería de enfrente le venderán lo que quiera.

—Usted es un buen hombre —alabó el mendigo calurosamente.

Cogió el dinero, dio media vuelta, tropezó y cayó sobre el

estante atestado de periódicos que estaba al lado de la puerta.

—¡Maldición! —gritó Hendricks.

El vagabundo había formado un amasijo de brazos, piernas y diarios.

—No… no pasa nada —balbuceó, logrando ponerse de pie torpemente.

Luego, se dirigió a la salida.

—¡Eh, señor! —le gritó Allie—. Aguarde un momento.

Se agachó para recoger un objeto negro, pequeño y cuadrado, que estaba en medio de los periódicos, que ahora formaban un montón que obstaculizaba la puerta del establecimiento.

El mendigo echó a correr.

—Allie —ordenó Jupiter con voz tranquila—, Allie, dame esto.

—¡Dios mío! —exclamó Hendricks.

La muchacha contempló el objeto negro que tenía en la mano.

—¿Qué es? ¿Qué pasa?

Hendricks le arrebató el objeto y lo arrojó a lo lejos. Lo arrojó a ciegas. El objeto trazó una curva en el aire, aterrizó en la acera de enfrente, rebotó dos veces en el suelo y fue a chocar contra la pared de la tienda de Noxworth.

Se produjo un destello y un gran estruendo, y los escaparates del Minimercado de Noxworth se derrumbaron hacia dentro.

Jupe captó un vislumbre de la cara de Noxworth, blanca de terror, de pie detrás del mostrador. Luego, Hendricks echó a correr calle abajo, persiguiendo al vagabundo.

—¡Era una bomba! —exclamó Allie—. Yo pensé que era una radio.

—Allie, querida muchacha, has llevado, por lo visto, una vida muy recluida —declaró Pete—. Ningún mendigo auténtico posee un transistor.



Capítulo 20

Se busca a un brujo

De vuelta a Rocky Beach, Allie sentóse en la trasera de la camioneta, junto con los chicos.

—Ahora, la policía interrogará a tía Pat, ¿verdad? —preguntó.

—Estoy seguro de que se mostrarán muy amables con ella —repuso Jupe—. Al fin y al cabo, no es ninguna criminal.

—Me hubiera gustado mantenerla al margen de este asunto.

—No era posible —objetó Bob—. Cuando la policía supo lo peligroso que es Shaitan, tuvimos que contado todo.

—Allie, eres muy grande —alabó Pete—. De no haber cogido aquella bomba, la tienda de Hendricks habría saltado por los aires —se echó a reír complacido—. No me hubiese gustado que le ocurriese nada perjudicial a Hendricks. ¡Vaya tipo! ¿Visteis qué paliza le arreó a aquel falso vagabundo? Y la forma cómo se sentó encima del terrorista hasta que llegó la policía.

—A mí me gustó más la expresión de Noxworth —replicó Jupiter—. Lo que menos esperaba era que sus escaparates se hiciesen mil pedazos.

La camioneta se detuvo delante de la casa de Allie. Tía Mathilda debía aguardarles con impaciencia, ya que la puerta se abrió inmediatamente.

—¿Dónde habéis estado? —preguntó tía Mathilda—. La señorita Osborne está mucho peor. Ahora está con ella el doctor Peter. Yo le avisé. ¿Encontrasteis a su médico de cabecera?

—No, tía —negó Jupiter, corriendo escaleras arriba.

Entonces, vio al doctor Peter.

—¿Tiene algún pariente esta señora? —le preguntó el médico.

Allie entraba en aquel instante en el dormitorio.

—Por el momento, yo soy la única pariente de la enferma —anunció.

—Tengo que trasladarla al hospital —advirtió el doctor Peter—. Pero ella se niega.

La señorita Osborne parecía una muñeca encogida bajo las manos del enorme lecho de columnas. Giró la cabeza del otro lado cuando su sobrina se acercó a la cama.

—Tía Pat, tienes que curarte —la riñó la joven—. Todo ha terminado, Shaitan es un ladrón y los policías le buscan por toda la región.

Pat Osborne no se movió.

Allie le cogió un brazo, agitándoselo.

—¡Tienes que ayudarte a ti misma! ¡Tienes que curarte! ¡Por favor! ¡Tienes que permitir que te lleve al hospital!

La señorita Osborne acarició la mano de Allie.

—El collar —susurró—. Cógelo, Allie, por favor.

Allie se apartó de la cama.

—No, no puedes entregárselo a Shaitan. ¿No me has oído? Por ahora, Shaitan ya debe de estar en la cárcel y no puede hacer daño a nadie.

—¿Tú le has traicionado? —Se horrorizó la tía, tapándose el rostro—. ¡Allie, sobre mí echará todas las culpas!

—¡Tonterías! —Se irritó la muchacha—. Vamos, tía Pat, tienes que ir al hospital.

Jupe tocó a Allie por el codo.

—Déjala tranquila —le recomendó. Luego, condujo a la joven al pasillo—. No quiere curarse, ¿no lo ves? Está más asustada de Shaitan en la cárcel que fuera. Sólo podemos hacer una cosa. Combatir al fuego con el fuego.

—¿Cómo?

—Tu tía ha sido embrujada.

—Jupiter Jones, ya sabes que Shaitan es un embaucador.

—Pero tu tía cree en él, y ese encantamiento la está matando. Bien, tenemos que detener el curso de su enfermedad. Tenemos que encontrar a otro brujo. Esto es lo que dicen los libros de brujería. Cuando se ha echado una maldición sobre una persona, sólo otro brujo puede contrarrestarla.

Allie se apoyó en la pared.

—¿Dónde hallarás un brujo?

—Creo saberlo —repuso Jupiter enigmáticamente, bajando ya la escalera.

En el vestíbulo, Bob y Pete se paseaban al lado de tía Mathilda, muy inquieta. El médico también se paseaba por el salón.

—Ese profesor de la universidad de Ruxton —preguntó Jupe—. El que escribió el libro de magia. ¿Te acuerdas de su nombre, Bob?

—Bannieseter, creo… No, no, Barrister, Henry Barrister.

—Creo que sí. Y Ruxton está precisamente sobre las colinas que dominan el valle.

Jupe echó a andar hacia la colina, con sus dos amigos.

—¿Vas a hacer lo que yo pienso que vas a hacer? —se interesó Bob.

—Sí —asintió Jupe—. Hemos tenido magia negra, y ahora necesitamos la magia blanca. Y el brujo bueno podría ser Barrister. Ciertamente, él conoce este tema.

Jupe descolgó el teléfono de la pared y marcó el número de informaciones.

—¿Tienen ustedes en lista a un tal Henry Barrister de Ruxton? —inquirió.

Bob colocó un cuaderno y un lápiz delante de Jupe. Éste cogió el lápiz y escribió el número que le dio la telefonista, tras lo cual musitó:

—Si estuviera en casa…

A continuación marcó el número de Barrister. Al otro extremo de la línea, el timbre repiqueteó una y otra vez. Luego, Jupiter oyó cómo descolgaban el auricular.

—¿Es el doctor Barrister de la universidad de Ruxton? —inquinó.

Tras una pausa, los muchachos oyeron cómo Jupiter exclamaba:

—¡Por fin! Me llamo Jupiter Jones, doctor Barrister, y necesito su ayuda. Es muy difícil de explicar por teléfono, pero en esta casa tenemos a una señora a la que han echado una maldición y nosotros…

Jupiter dejó de hablar y escuchó.

—Sí, está muy enferma —afirmó.

Volvió a escuchar.

—Ayer —dijo luego—. Le entregaron un paquete. Contenía la reproducción de una serpiente.

Al cabo de unos instantes, Jupiter volvió a hablar.

—Es usted muy amable.

Dio las señas de la casa de Allie y colgó.

—Ahora vendrá —les explicó a sus dos amigos—. Traerá a alguien que podrá curar el encantamiento.

—¡Diantre! —exclamó Pete—. Un sacerdote vudú, tal vez.

—Ya veremos —repuso Jupiter.

Se abrió la puerta de la cocina y se asomó tía Mathilda.

—¿Qué haces, Jupiter?

—He encontrado un médico, tía Mathilda. El doctor Barrister.

—¡Gracias a Dios! El doctor Peter no adelanta nada con la señorita Osborne. Quizás escuche a otro médico.

—Ojalá… Está ya de camino.

—Bien. Mientras tanto, iré a hacerle compañía a esa pobre señora. Uno de vosotros debería ir a ver la yegua.

Allie se presentó en la cocina.

—Yo me cuidaré de «Reinecita», tía Mathilda.

—El doctor ya viene —le informó Jupe.

—¿Encontraste uno? ¡Estupendo!

Tía Mathilda subió al dormitorio de la señorita Osborne, y el doctor Peter se despidió, prometiendo volver más tarde. Los muchachos salieron al porche y se sentaron en los peldaños de piedra. Allie no tardó en reunirse con ellos.

—¿Tardará mucho? —Quiso saber.

—No mucho.

Efectivamente, poco después un coche se presentó en la calle, en dirección a la casa de los Jamison. Se internó por la avenida enarenada y el motor se extinguió. El conductor saltó al suelo y se precipitó hacia el porche.

—¡Jupiter Jones! —gritó el recién llegado.

Jupe se sobresaltó, igual que los demás.

—Señorita Jamison, lo siento mucho —le dijo el médico a la joven—. No tenía idea de que el asunto llegase tan lejos.

Jupe se puso en pie.

—¿Quién es usted exactamente? —preguntó.

—Soy el doctor Barrister, y debí figurármelo. Creí que se trataba

de unos sencillos bribones…

Allie lanzó un respingo.

—Oh… usted se ha afeitado el bigote… —articuló al fin.

El hombre que había conocido bajo el nombre de Bentley se llevó una mano al labio superior y sonrió.

—No era auténtico. Pensé que si tenía que espiar un poco, necesitaba un buen disfraz.

Capítulo 21

La magia blanca de Mará

El doctor Barrister sentóse en el salón de la casa de los Jamison y examinó la cobra dorada.

—Una talla intrincada —comentó—, pero naturalmente, no se trata de personas primitivas. Una muñeca de cera no habría sido convincente.

—¿Importa mucho lo que utiliza un brujo? —inquirió Pete.

Barrister dejó la serpiente sobre al mesa.

—En absoluto, siempre que la víctima sepa que ha sido embrujada. Es el poder de sugestión el que actúa. La víctima queda aterrada y este terror acaba con ella.

—¿Puede usted ayudarnos? —preguntó Allie—. ¿Podría hacerle creer a tía Pat que la maldición ha quedado contrarrestada?

—Yo no. ¿Tengo aspecto de brujo?

Allie y los muchachos tuvieron que reconocer que no. Tanto si se llamaba Bentley como Barrister, seguía siendo una persona tranquila e inofensiva.

—Su tía me vio limpiando la alfombra con la aspiradora —continuó Barrister—. No creería en mí, pero pienso que si tendría fe en Mará. Mará es muy convincente. Está aguardando en el coche. Le he explicado todo el asunto y ya sabe qué ha de hacer.

—¿Es una bruja? —preguntó Bob.

—Es una gitana, y posee ciertos dones —respondió Barrister—. Por ejemplo, quita las verrugas y ha tenido algunos éxitos como adivinadora. También ejecuta unos ritos que sirven para que una maldición se vuelva en contra de quien la haya pronunciado. Vosotros tendréis que ayudarla, pero esto os gustará. Voy a

buscarla.

Salió del salón y no tardó en regresar acompañado de una mujer ya vieja, de rostro apergaminado, cuyo cabello estaba atado por innumerables cintajos. La blusa de Mará ostentaba un color rosa descolorido, y su amplia falda le llegaba hasta los agujereados zapatos. Todo en ella parecía polvoriento y ajado, pero también había en la anciana un aire de gran vivacidad. Sus negras pupilas resplandecían bajo unas espesas cejas.

Mará cogió la serpiente.

—¿Es esto? —indagó.

—Sí —asintió Barrister.

—Ah… —la anciana señaló a Allie y los chicos—. Trabajaremos juntos —añadió—. Vosotros tenéis que hacer lo que yo diga y no decir nada. ¿Entendido?

—Entendido —afirmó Jupe.

—¿Está arriba la enferma?

—Sí —repuso Allie.

—Pues vamos allá.

Mará dirigióse a la escalinata, llevando consigo la serpiente.

—¡Que el Señor nos ampare!

Al llegar al pie de la escalinata, tía Mathilda topóse cara a cara con Mará, llevándose un susto morrocotudo.

—No tema nada, tía Mathilda —le aseguró Jupe—. ¿Por qué no se espera con el doctor Barrister?

—¿El doctor Barrister? ¿Está aquí el médico de la señorita Osborne? ¿Por qué no me habéis avisado? ¿Qué estáis haciendo?

—El doctor Barrister se lo explicará —Jupiter volvióse hacia el profesor—. Es mi tía Mathilda, la señora Jones. Es ella la que cuida a la señorita Osborne.

—Encantado de conocerla, señora Jones. Venga a sentarse conmigo y se lo contaré todo. Ah, usted no querrá creerme, pero se lo contaré.

Tía Mathilda no se movió.

—Jupiter, quiero que me expliques ahora mismo…

—Señora, me marcho arriba —la interrumpió Mará, pidiendo paso.

—¿Cómo? —gritó tía Mathilda.

—Tengo que ejecutar una tarea muy importante —repuso Mará

—, y si usted no me deja pasar, lo lamentará.

Las pupilas negras de la gitana se clavaron en las más severas de tía Mathilda. Por unos instantes, ésta se negó a cederle el paso a la primera, pero por fin y ante el asombro de Jupe, se hizo a un lado. Sí, Mará debía de poseer algún don especial.

La gitana subió, y Allie la condujo a la habitación de su tía. Los Tres Investigadores las siguieron.

Pat Osborne no vio a Mará hasta que la gitana se acercó al pie de la cama, llamándola.

—¡Oh, ésta es la señora encantada! —exclamó—. Pues bien, escúcheme para que pueda seguir viviendo.

Bajo las mantas, Pat Osborne se estremeció.

—Más almohadones —pidió Mará—. Muchacha, ponle almohadas bajo la cabeza, a fin de que pueda verme.

Allie salió del cuarto y regresó con tres almohadones.

Con ellos, colocó a su tía en postura semisentada, recostada contra el montón de almohadas.

—¡Mire! —Le enseñó Mará—. ¡Esto es lo que le causa a usted el encantamiento!

Pat Osborne se estremeció.

—Belial… —murmuró—. ¡La serpiente es la mensajera de Belial!

—Bah… —se burló Mará—. Yo poseo diez espíritus, cada uno de ellos más poderoso que Belial. Y el que atrajo sobre usted la maldición de Belial la sufrirá a su vez.

La gitana se aproximó más a la cama y alargó la reluciente cobra hacia la enferma.

—Tiene que tomar esto en sus manos.

—¡No! ¡No, no puedo!

—Tiene que sostener esta estatua —repitió la gitana con voz firme. Cogió la mano de tía Pat y le obligó a aferrar la estatua de la serpiente—. Sosténgala con firmeza si quiere salvarse.

Por primera vez, una chispa de esperanza iluminó los ojos de tía Pat, y asió la serpiente.

De un pliegue de su ancha falda, Mará extrajo un saquito de tela verde.

—Verde es el color de la primavera —le dijo a tía Pat—. Y es el color de la vida. Ponga la maldad dentro de este saco.

Sin apartar la mirada del rostro de Mará, tía Pat obedeció.

—Bien —aprobó la gitana, anudando las cintas que sujetaban la abertura del saquito, y encerrando dentro a la serpiente.

—Cierra la puerta —le ordenó a Allie—, y enciende una vela.

No faltaban velas en la habitación. Las había encima de todos los muebles, verdes, púrpuras, rejas y blancas.

—Una vela colorada —pidió Mará—. El rojo es el color del poder.

Allie encendió una vela roja.

—Ahora, que nadie hable.

Nadie habló. Nadie más que Mará, y cuando lo hizo fue en voz alta y en un lenguaje que nadie entendió. Sostenía entre sus manos el saquito con la cobra dentro. Y ella se dirigió a la cobra con sus palabras, canturreando y susurrando. A veces sus palabras eran tan suaves como una letanía, a veces eran una terrible amenaza.

De pronto, la gitana acercó el saquito verde a su descolorida blusa, echó atrás la cabeza, hizo rodar sus ojos y cayó al suelo.

Tía Pat la miraba con los ojos muy abiertos. Mará tenía la boca entreabierta, y de su garganta surgía un sonido gutural junto con una serie de notas altas y extrañas.

Mará la gitana estaba cantando, cantando la canción de la serpiente.

Mientras aquel terrible susurro proseguía, Mará se retorcía espantosamente en el suelo. Su espalda se arqueaba tanto, que ella casi tocaba el suelo con la cabeza y los tacones. Luego, empezó a rodar, yendo de un lado a otro, sosteniendo el saco entre sus brazos, y con los ojos abiertos pero sin vida aparente.

Las cintas que adornaban su pelo se desataron, una tras otra. Cayeron y el largo cabello gris le ocultó el rostro.

La siniestra canción proseguía, cada vez más alta, más alta, penetrante, persistente, insoportable.

Pat Osborne sentóse muy erguida en la cama.

Mará se estremeció violentamente. Chilló y luego su cuerpo quedó exánime.

Allie y los chicos esperaban. Pat Osborne vigilaba. La gitana parecía dormir.

—¡Jupiter! —gritó tía Mathilda desde el pasillo—. Jupiter, ¿qué pasa ahí? ¡Abre la puerta!

Mará gimió y se sentó. Luego, abrió el saquito que no había

soltado un solo momento y sonrió.

—Le he visto —anunció—. Es un hombre vestido de negro. Su rostro es muy blanco. Forcejea. Está entre los anillos de la serpiente.

—¡Jupiter, abre ahora mismo! —repitió tía Mathilda.

Mará se levantó, y fue hacia la señorita Osborne con el saquito verde.

—Ha sucedido tal como le prometí.

Las temblorosas manos de la señorita Osborne abrieron el saquito. Miró adentro del mismo y sacudió la cabeza con perplejidad.

—Está vacío.

—Mis espíritus son muy poderosos —explicó la gitana—. La serpiente ha ido a matar a quien la envió. El poder de Belial ha quedado destruido, y Belial ha vuelto al seno de su amo. Ya no tiene nada que temer.

Fue a la puerta y la abrió.

—Ya puede entrar —le dijo a tía Mathilda—. Esa señorita que está en cama… vuelve a estar sana y salva.

Capítulo 22

El final de las serpientes

—Es como un milagro —les confió Allie a los Tres Investigadores—. Anoche, tía Pat tomó sopa, leche y galletas en cama, y dos huevos esta mañana. Y ahora vuelve a tener hambre.

Allie cogió dos tostadas y empezó a extender mantequilla por encima.

—No sé qué habría hecho sin tía Mathilda —añadió.

—Siempre está a punto cuando se la necesita —le informó Jupiter—. Sin embargo, esta mañana se ha quedado convencida de que todo el episodio de la serpiente no ha ocurrido jamás. Lo mismo da que el doctor Barrister se lo explicara detalladamente, no consigue creerlo. Ahora está en el Patio Salvaje, atendiendo a su negocio, como de costumbre, y procurando que Hans y Konrad no estén mano sobre mano.

Allie dejó las tostadas sobre una bandeja y llenó un vaso de leche.

—¿Por qué no has ido tú al Patio Salvaje? —Quiso saber después —. Creí que a tu tía también le gustaba verte allí trabajando.

—El jefe de policía Reynolds estuvo esta mañana en el Patio Salvaje —le explicó Jupe—. La policía de Los Ángeles quiere vernos otra vez. Y ahora nos vamos los tres hacia allí.

—¿Tenía algunas novedades el jefe de policía?

—Naturalmente, el falso vagabundo, que sé llama Ellis, está en la cárcel —respondió Bob.

—Buen sitio para un terrorista —comentó Allie.

—El jefe de policía nos ha dicho que ese tipo cantó de plano —añadió Pete—. Noxworth también. La policía ha capturado a Hugo

Ariel y a Max. Estaban ambos en Torrente Canyon. Noxworth ignoraba que le hubiesen dado dinero a Ellis para colocar una bomba en el establecimiento de Hendricks. Creía, eso sí, que a éste le ocurriría algo que obligaría a cerrar la tienda.

—Con lo cual ya lo sabemos todo… —concluyó Allie—. Con excepción de lo que ha sido del jefe.

—El doctor Shaitan —aclaró Jupe.

Allie sentóse a la mesa.

—¿No lo han atrapado?

—No estaba en Torrente Canyon —explicó Jupiter—. Desapareció, dejándolo todo detrás, incluso el coche. El jefe Reynolds opina que se habrá marchado al Canadá.

Allie encajó los pies en los travesaños de la silla.

—¿Y vosotros qué pensáis? —indagó.

—Tú aún eres nuestra cliente —dijo Jupiter—, y no podremos considerar concluso el caso hasta que el doctor Shaitan se halle en la cárcel.

—Pues tendréis que esperar mucho… mucho tiempo —gruñó una voz desde el umbral.

Allie estuvo a punto de caer de la silla. Los muchachos se quedaron inmóviles donde estaban.

El hombre que se hacía llamar Shaitan estaba ante ellos, de espaldas al pasillo. Iba ataviado exactamente igual que la noche de la reunión en Torrente Canyon; sin embargo, la capa estaba llena de polvo y muy manchada. En la mano empuñaba un revólver.

—Siempre he sido muy descuidada con las puertas y no las cierro nunca —gimió Allie con amargura—. Cualquiera puede entrar en casa.

—Muchas personas han entrado estos días —afirmó Shaitan—. Pero ya se han marchado, ¿verdad? Se han marchado todas, excepto vosotros, bribones, y esta tonta de Osborne.

—Está usted muy bien informado —se admiró Jones—. ¿Ha estado acaso vigilando la casa desde la loma que hay detrás del prado?

Shaitan se inclinó ante Jupiter.

—Fue muy cansado —reconoció—. También lo fue andar por senderos montañosos hasta Rocky Beach. Sin embargo, decidí que sería más seguro abandonar mi coche cuando vi que la policía

llegaba delante de mi casa.

—Sólo por curiosidad, ¿cómo consiguió salir de su finca? —preguntó Pete—. La policía cogió a Ariel y a Max.

—Por suerte, me hallaba en el jardín de atrás cuando llegaron.

—De modo que escaló usted la tapia y dejó a sus compinches abandonados a su suerte —comentó Bob.

—¿Por qué no? —preguntó Shaitan—. Bien, supongo que esa estúpida mujer está arriba. Vosotros cuatro, id delante de mí —ordenó, amenazándoles con el revólver—. Cuando haya mantenido una pequeña charla con la señorita Osborne, me aseguraré de que nadie salga de esta casa por algún tiempo.

—¡Usted no verá a mi tía! —exclamó Allie con rápida decisión.

—¡Allie, tiene un revólver! —Le recordó Pete.

—No me importa. Ya ha hecho bastante daño. ¡No la verá de nuevo!

Deliberadamente, se llevó las manos a las caderas y miró fijamente a Shaitan.

—Sé lo que usted quiere —le espetó—. Usted desea el collar de la emperatriz Eugenia. Bien, no está aquí y tía Pat no sabe dónde está, de forma que se ha perdido. Ya ha conseguido usted todo lo que buscaba.

—Si está en un banco o en la joyería, es fácil de recobrar —repuso Shaitan con calma—. La señorita Osborne telefoneará. Y si está escondido aquí, yo lo encontraré.

—No está en ningún…

—¡Allie! —gritó Jupe, previniéndola.

Los ojillos de Shaitan fueron de Allie a Jupe, y de nuevo a la joven.

—Ibas a decir que no está en ningún banco —afirmó—. ¿Está en la joyería? Oh, no… No está allí. ¿No está tampoco en esta casa? Veamos… ¿dónde podría esconderse un collar tan valioso? —les indicó a los muchachos con el gesto que se acercasen a Allie—. Vamos, vosotros lo sabéis.

—No lo sé —replicó Allie.

—Claro que lo sabes. Sabes en qué sitios no está, y por tanto has de saber dónde está.

Su mano derecha seguía empuñando el revólver, pero su mano izquierda salió como disparada al frente. Sus dedos se engarfiaron

en el hombro de Allie.

—¿Dónde está? —repitió.

—¡Quítele las manos de encima! —chilló Pete muy disgustado.

—¡No se lo diré! —le retó Allie—. ¡Ya puede usted irse a paseo!

—Me lo dirás —le aseguró Shaitan.

Su mano apretó con más fuerza, sacudiendo a la muchacha brutalmente.

—¡Basta ya! —gritó Bob.

En el patio posterior, la yegua de Allie comenzó a encabritarse en su establo. Todos oyeron con claridad sus excitados relinchos.

—¿Qué pasa? —exigió Shaitan.

—Es «Reinecita», mi yegua.

—Oh, la yegua «Appaloosa» —asintió Shaitan—. Sí, la conozco. Tú quieres mucho a ese animal y ella… está en un establo situado en el garaje.

Nadie le contestó.

—Claro, no está en la casa sino en el garaje. Sí —continuó Shaitan—, el collar está escondido en el garaje, donde nadie puede cogerlo sin perturbar a la yegua. Esto es lo que hiciste, ¿eh?

Allie se zafó de su presa.

—¡Todos fuera! —ordenó Shaitan. La yegua seguía relinchando.

—¡Vamos! —volvió a ordenar Shaitan—. ¡Al garaje y entregadme el collar!

—¡Yo no iré! —se negó Allie, sollozando.

—Obedece, Allie —le aconsejó Jupe—. No estás hecha a prueba de balas.

—No irá muy lejos —predijo Bob.

—Eso ya lo veremos —se burló Shaitan.

Amenazándoles con el revólver, les obligó a salir por la puerta trasera, en dirección al patio. Las puertas del garaje estaban parcialmente abiertas. Jupe acabó de abrirlas y entraron todos.

—¿Dónde está? —preguntó Shaitan.

«Reinecita» inclinó su poderosa cabeza y relinchó al ver a su amita.

Shaitan miró a la yegua.

—No lo escondiste en el establo —decidió—, ya que ese animal hubiese podido pisotearlo o tragárselo. Veamos… ¿En el heno? Tal vez… ¿en el saco de avena?

Allie se estremeció ligeramente.

—¡En el saco de avena! —proclamó Shaitan—. ¡Lo metiste en el saco de avena!

Al momento, ordenó a los muchachos que se aproximasen al establo. Luego, empujó a Allie hacia el saco de avena.

—¡Sácalo de ahí! —le ordenó con tono helado—. Mete tus manos en el saco y saca el collar o te romperé el brazo.

Cautelosamente, sin mirar a la yegua, Pete descorrió la aldaba que cerraba el establo de «Reinecita».

—¡Cógelo! —repitió Shaitan.

Asió la muñeca de la joven y le retorció el brazo detrás de la espalda.

—¡Oh, me hace daño! —se quejó la joven.

Pete se apartó a un lado y miró a la yegua. Ésta tenía las orejas aplastadas contra su cabeza.

—¡Vamos, «Reinecita»! —susurró Pete, abriendo la talanquera del establo.

«Reinecita» se movió con una furia inusitada. Sus cascos batieron enconadamente el suelo de cemento del garaje, y se encabritó delante de Shaitan, resoplando y chillando como sólo un caballo asustado y furioso puede chillar.

Shaitan soltó a Allie.

—¡Aparta de aquí! —gritó, apuntando a la yegua con el revólver.

—¡No! —Allie se agarró a su brazo.

El revólver se disparó y el estruendo de la detonación pareció reventar casi el garaje; sin embargo, los muchachos oyeron distintamente cómo la bala agujereaba sólo el piso de cemento.

Los cascos de «Reinecita» pisoteaban el pavimento. Luego, alargó el cuello, abrió su enorme boca y sus dientes se clavaron en el brazo de Shaitan.

El falso brujo chilló y soltó el revólver, que empezó a resbalar por el cemento. Jupe se agachó sin apartar los ojos de Shaitan, el cual trataba de librarse del animal. El muchacho recogió el arma.

—Todo listo, Allie —declaró—. Saca en seguida de aquí a la yegua.

Allie corrió velozmente a abrazar a «Reinecita» por el cuello.

—¡Calma, chiquita, calma!

La yegua soltó a Shaitan, y el siniestro falso gran sacerdote se acurrucó en un rincón del garaje, manteniendo el brazo herido pegado a su cuerpo.

Jupe saltó rápidamente, situándose entre Shaitan y la puerta.

—No intente escapar —le advirtió—. No soy buen tirador y podría hacerle más daño de lo preciso.

Shaitan vio el revólver en manos del muchacho y no replicó. Continuó sentado, sosteniéndose el brazo y jadeando.

Bob se colocó detrás de Jupe.

—Llamaré al jefe Reynolds —dijo—. No tardará ni cinco minutos en llegar.

—No hay prisa —le indicó Jupe burlonamente.

Pete le sonrió a la yegua. Allie la estaba acariciando en el cuello, en tanto la conducía lentamente a su establo.

—Siempre me pareció que ese animal sabía morder —proclamó Pete—. Pero nunca supuse que lo hiciese tan a tiempo.

Capítulo 23

El señor Hitchcock formula varias preguntas

—Os envié a buscar —explicó Alfred Hitchcock— porque siento una gran curiosidad.

El famoso director de cine golpeó sobre un montón de periódicos que había en su escritorio y miró inquisitivamente a los Tres Investigadores.

—Me he enterado de lo referente a la bomba de Los Ángeles. Y sé que aquel intento de delito tuvo como testigos a tres muchachos de Rocky Beach, y a un chica de la misma edad. No se han publicado los nombres de los menores.

Bob empujó una carpeta sobre el escritorio del director de cine.

—Éramos nosotros —declaró.

—Solucionando un caso, ¿eh? —Sonrió Hitchcock—. Ya me lo temía…

Abrió la carpeta y leyó todas las notas compiladas por Bob referentes al caso de la Serpiente Susurrante.

Nadie habló en la oficina, ni se oyó otro ruido que el crujido de las hojas. Finalmente, el señor Hitchcock levantó la vista.

—Esto no está completo —decidió.

—Todavía estoy trabajando en ello —asintió Bob.

El señor Hitchcock lanzó un resoplido.

—Es asombroso lo que llega a creer la gente —se extrañó—. Supongo que la cobra que visteis en la casa de Torrente Canyon era producida por un efecto especial.

—Sí, tenían unos proyectores instalados en el techo que

reflejaban las imágenes de la serpiente contra la columna de humo —explicó Pete—. Y le aseguro que el efecto era estupendo. Ni se necesitaban lentes especiales para convencer a aquella gente de que estaban viendo a una verdadera serpiente. Sí, con aquellos movimientos resultaba muy convincente. Era como una cobra tridimensional.

—Incluso a nosotros nos engañó —admitió Jupe—, y aquellas personas deseaban creer en la serpiente. Naturalmente, la serpiente tenía que susurrar, lo cual cubría el ruido hecho por los proyectores.

—Usualmente, todo tiene un motivo —asintió el señor Hitchcock —. ¿Cómo susurraba la serpiente?

—Era Ariel —explicó Jupe—. Nosotros creíamos que hacía el susurro con algún aparato. No era así. Resulta que es ventrílocuo y podía hacer aquel rumor sin mover los músculos de la cara. Gracias a Mará supimos cómo se hacía.

—Mará posee talento, ¿eh?

—Mucho —admitió Jupe—. Sabe realizar grandes imitaciones. El doctor Barrister le hizo escuchar la grabación tomada la noche de la reunión en el comedor de casa de los Jamison, mientras iban en el auto hacia Rocky Beach. Y la gitana aprendió a susurrar como la serpiente antes de llegar.

Jupiter se acercó al escritorio para continuar sus explicaciones.

—Mará también efectuó un acto muy hábil con el saco verde en el que la señorita Osborne metió la estatua de la serpiente. Ella no quiso reconocerlo, pero el doctor Barrister está seguro de que la gitana tenía un segundo saquito verde escondido entre los pliegues de su falda, y que hizo el cambio mientras rodaba por el suelo, entregándole luego el saquito vacío a la tía de Allie, y guardándose el que tenía la serpiente.

—Un truco muy viejo —afirmó el señor Hitchcock—. ¿Os contó el doctor Barrister por qué estaba tan interesado en la señorita Osborne y la hermandad?

—Está escribiendo una obra sobre la psicología de las supersticiones —replicó Jupiter Jones—. Conoce los cultos más extraños que existen en Los Ángeles, porque éste es su oficio. Incluso ha tomado parte en muchos. Y la señorita Osborne también ha asistido a la mayoría. Él la había visto a menudo… muchas veces

antes de convertirse en el criado Bentley. Luego, la señorita Osborne los abandonó todos. Ella, lo mismo que Madelyn Enderby.

—¿Y esto le intrigó?

—Sí, porque no se avenía con su carácter. La señorita Osborne debía estar probando algo especial con aquel grupo tan extraño, lo mismo que la señorita Enderby. Barrister pensó que tal vez descubriría un culto nuevo, de forma que le pidió a su esposa que fuese a peinarse a la tienda de la señorita Enderby. Por fortuna, a Madelyn Enderby le gusta charlar, y habló mucho respecto a la hermandad. De este modo, el doctor Barrister se enteró de los nombres y todas las señas. Investigó a todos los miembros y descubrió que todos eran individuos adinerados.

—¿Entró en sospechas? —inquirió el señor Hitchcock.

—Al principio, no. Pensó que se trataba de un grupo de personas aburridas que pagaban dinero para reunirse en una casa y escuchar susurrar a una serpiente. Lo cual no es muy raro. Pero consiguió hacerse invitar a la casa. Sólo era posible ingresar en la hermandad por invitación, y nadie le invitó… ni a él ni a su esposa. Probablemente, Shaitan se enteró de quién era y decidió que sería peligroso.

—Naturalmente —asintió el director de cine.

—Por tanto, el doctor Barrister decidió por su parte vigilar, y cuando Hugo Ariel se trasladó a Rocky Beach, fue también allá para espiarle. Entonces, se sintió fuertemente interesado en Pat Osborne. Esa mujer es un sujeto maravilloso para un profesor que desea escribir un libro sobre la psicología de las supersticiones, y además, era diferente de los demás miembros de la hermandad, ya que carecía de dinero. Shaitan, claro está, sabía que sus parientes eran muy ricos.

—¿Fue Madelyn Enderby la que contó que la criada de los Jamison se había marchado? —preguntó el señor Hitchcock.

—Sí, ella misma. Fue entonces cuando el doctor Barrister tuvo la inspirada idea de aplicarse un bigote de morsa y de infiltrarse en la casa para observar a la señorita Osborne. Luego, la señora Compton sufrió el accidente, la señorita Osborne envió el collar a los joyeros, y el doctor Barrister empezó a inquietarse.

—Fue entonces cuando comenzó realmente a rondar por la casa de Torrente Canyon —continuó Bob—. Estaba allí cuando Allie,

Pete y yo saltamos por la tapia. Vio los reflectores y oyó la alarma. Estaba allí también, afortunadamente, cuando huyó Jupe de la finca.

—Un buen elemento en favor vuestro —admitió el señor Hitchcock—. Lástima que le asustaseis y abandonase su empleo de criado cuando registrasteis su apartamento de Santa Mónica. ¿Por qué lo alquiló? ¿No decís que su casa está en Ruxton?

—Fue una añagaza —explicó Pete—. Deseaba un lugar cerca de Rocky Beach, por si acaso alguien se interesaba por él y sus actividades. Asimismo, era un sitio tranquilo donde podía trabajar plácidamente. En su casa tiene cuatro hijos y…

El señor Hitchcock sonrió.

—Una parte del disfraz, como el bigote —observó.

—No lo necesitaba en realidad —repuso Jupe—. No creo que la señorita Osborne se fijara mucho en él, con o sin bigote. El doctor Barrister posee esa clase de caras en las que nadie se fija.

—Y cuando necesitasteis un brujo blanco, le llamasteis a él —rió el señor Hitchcock.

—Fue como un milagro —asintió Jupiter—. No tuvimos que explicarle nada, puesto que ya lo sabía todo, y además poseía una grabación del susurro de la serpiente, por lo que pudo preparar bien a Mará. La policía utilizó sus archivos para entrar en contacto con los miembros de la hermandad, invitándoles a comprobar los rostros de los criminales.

—¡Hubiese tenido que estar allí! —exclamó Pete—. Hubiese tenido que ver sus caras cuando vieron a Shaitan sin capa ni caperuza. Parecía un mendigo. Su verdadero nombre es Henry Longstreet, aunque también es conocido como Henry «el Hurgón», porque había sido ratero. Ariel se llama en realidad Johnny Boye, y una vez fue arrestado por vender un falso barniz cromador en un aparcamiento. El llamado Max es un antiguo ladrón, y Ellis, el que colocó la bomba y dispuso el accidente de la señora Compton, también posee buenos antecedentes. Todo lo hizo por dinero.

—Allie se lo contó todo a su tía —agregó Jupe—. Pero no sirvió de nada. Ahora suele sentarse en el patio, dispuesta a trasladarse a Hollywood para consultar con Mará.

—Vaya, no tiene enmienda —observó el director de cine—. ¿Y qué fue de la portera de la señorita Enderby?

—No le ocurrió nada —explicó Bob—. Se marchó a Dubuque porque su hermana la invitó. Probablemente, fue una suerte para ella, pero la señorita Enderby se imaginó que aquel viaje se debía a las malas artes de Belial, y nadie la contradijo.

—¿Y el hombre que estaba preocupado porque iban a levantar un rascacielos al lado de su casa?

—El terreno resultó poco estable para un rascacielos —repuso Jupe—, y todos lo relacionaron con Belial.

—Ah, una cosa estupenda —intervino Pete—. ¿Sabe la bola de cristal que fue el principio de todo el caso? Allie la compró. Su tía no la quiso después de lo ocurrido, y la joven se la llevó a la señora Compton, que aún sigue en el hospital.

—Un bello gesto —asintió el señor Hitchcock.

—Sí, en efecto —corroboró Pete—. Allie es magnífica, aunque me alegraré de que en otoño vaya al colegio. De este modo, podremos volver a utilizar la Puerta Roja Rover… y además, siempre nos está espiando. Es capaz de urdir las mayores mentiras con más rapidez que nadie, y siempre quiere salirse con la suya.

—Así parece —asintió el señor Hitchcock—, aunque tal vez haya en esto compensaciones. Por ejemplo, si se lo pedís con buenos modos, tal vez os deje montar en su yegua.

—Muchas gracias —se asustó Pete—, pero si tengo que montar a «Reinecita», prefiero quedarme en casa.

FIN



MARY VIRGINIA CAREY. (New Brighton, 1925 - California, 1994) fue una escritora conocida principalmente por sus novelas juveniles, muchas de ellas para la Factoría Disney, adaptando películas como «Mary Poppins» o «Merlín el encantador», y también por las series de libros «Alfred Hitchcock y Los Tres Investigadores», con los que consiguió un gran éxito internacional… Nacida en Inglaterra, el mismo año de su nacimiento su familia emigró a los Estados Unidos. Asistió a la universidad de Mount St. Vincent en Riverdale (Nueva York) y terminados sus estudios, empezó a trabajar como periodista. En 1955 obtuvo la ciudadanía estadounidense. Ese mismo año se unió a la Walt Disney Productions, donde trabajó durante catorce años como escritora. Fue miembro de la asociación de escritores PEN y de la Mystery Writers of America.

Hasta su muerte en 1994, Mary Virginia Carey vivió en Ventura, California.

Notas

[1] Baby Fatson en inglés significa Bebé Gordinflón. (N. del T.) <<

[2] La Agencia Pinkerton, fundada en el siglo pasado, es la mejor y más famosa agencia de detectives de Norteamérica. (N. del T.) <<